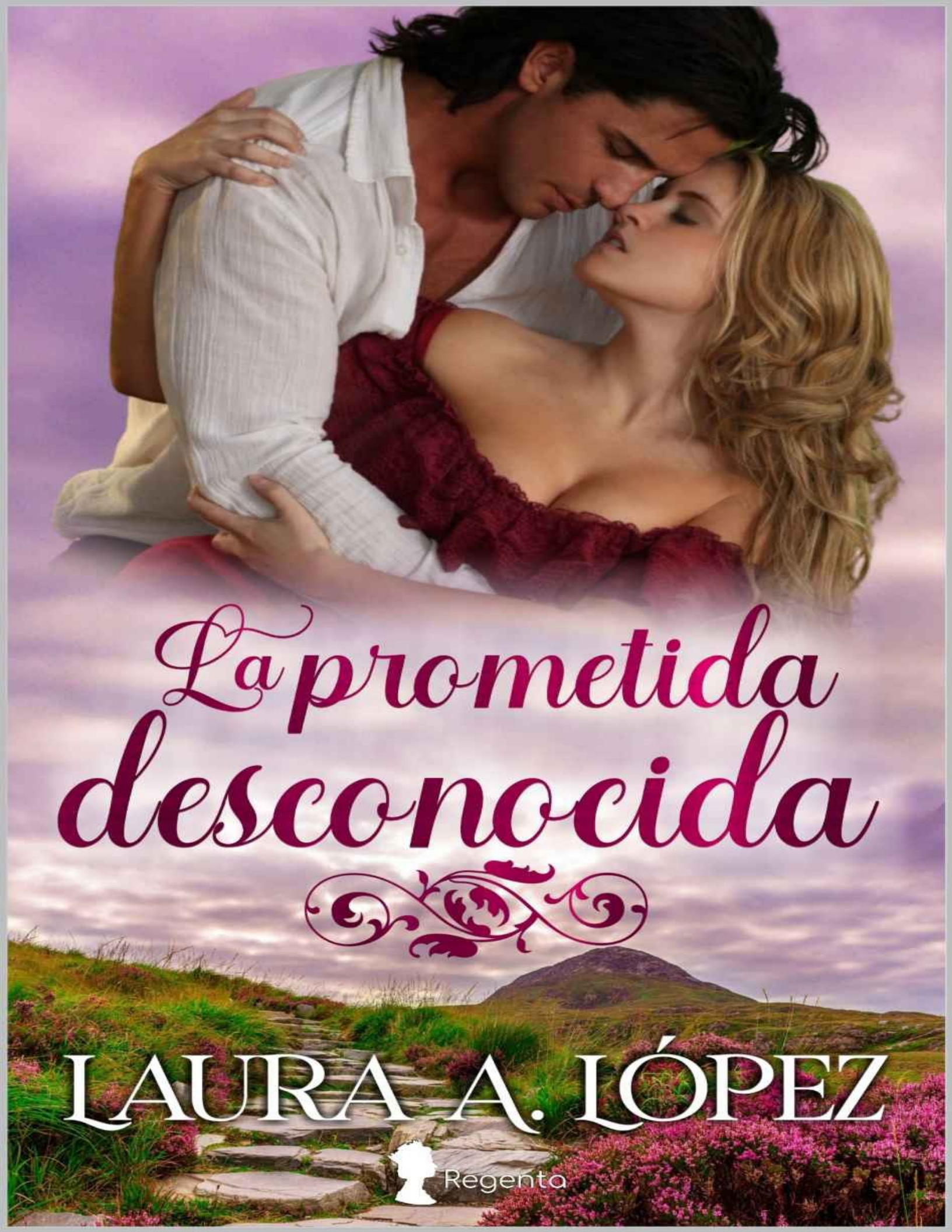

La prometida desconocida
LAURA A. LÓPEZ
Regenta

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Biografía
Si te gustó La prometida desconocida, podría gustarte:

Advertencia:

La autora no se hace cargo de su probable falta de paciencia con la protagonista.

¡Qué lo disfrute!

Haz click o pincha para seguirme en redes:





La prometida desconocida

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.
SAFE CREATIVE: 2110169536413



Capítulo 1

Amelie estaba cansada de escuchar el interminable monólogo de su vecino, el señor Paul Ajax. Lo tenía entre ceja y ceja sin evitar que su mente le hiciera gestos cada vez que decía alguna cosa que lo involucraba. Su rostro por fuera era el de una dama bella, de cabellos marrones y ojos verdes, cuya paciencia era infinita, mas en su interior se revolcaba, presa de un espíritu homicida. Aquel estaba pendiente de la salud de su padre que días atrás había llegado fatigado a su residencia. Le dijo que se cruzaron en la propiedad y que él se notaba muy pálido y sin aliento.

Esa información proporcionada por parte de su vecino hipócrita, llegaba de manera tardía. Su padre falleció anoche. El cadáver todavía estaba fresco en su habitación y ella no sabía qué hacer con él al igual que los criados.

La muerte de su padre solo significaba una cosa para ella: la ruina. Una ruina inminente en todos los aspectos. La propiedad iría para aquel pariente suyo tan despreciable y ella debía casarse si no deseaba vivir en la miseria. Pensar en abandonar su tan valiosa soltería era algo que no concebía de ninguna manera y su padre era el gran culpable de eso.

La crió de una manera tal que hasta cumplir las órdenes más sencillas conllevaba una lucha de pareceres. Era implacable cuando se trataba de llevar la razón, aunque era la forma en que su progenitor la hizo fuerte. También siempre la estaba preparando para cuando él no le faltara, se pasaba diciéndole: «cuando ya no esté».

Se quedó al lado de él hasta que dio su último aliento. Debía ser fuerte. Ya había perdido a todos los miembros de su familia, solo quedaba ella y la querida ama de llaves que era como su madre.

Por fuera evitaba que se notara la devastación por la cual estaba pasando. Primero su madre murió por unas fiebres, la siguió su adorado hermano Alan, muerto en nombre de su majestad en una batalla. Su padre era lo único que le quedaba hasta una noche antes y aquel vecino tan inoportuno no dejaba siquiera despedirse de él.

Pensar en su dolor, seguido de la indecisión sobre qué hacer con el cuerpo de su padre, cuidar su propiedad, además de preocuparse por su primo y por el ambicioso vecino que deseaba desposarla. Con sus veinte años cumplidos era considerada una solterona. No tenía interés en ser la esposa de nadie y tampoco estaba en condiciones. Su educación era escasa porque había decidido concentrarse en las labores del campo antes que en alguna otra actividad. Tuvo muchas institutrices que la abandonaron años después al notar su nulo progreso en sus modales. No iban a manchar su nombre con la hija mimada de un caballero que la consentía hasta el cansancio. Esas fueron las palabras que dijeron antes de abandonar Allmery House. Solo una institutriz quiso arriesgarse para educarla, pero fue la que peor acabó.

—Y me pongo a su disposición para lo que necesite. Sabe usted que puede contar conmigo para lo que desee, tiene mis manos a su antojo... —dijo su vecino a la par que cogía la mano de ella entre las suyas.

Rio nerviosa por aquel gesto y con su otra mano libre agarró las de él y se liberó de aquella incómoda demostración de superioridad masculina.

—Gracias, señor Ajax. Puede expresar sus deseos sin tocarme en la próxima ocasión. A mi querido padre le disgustará saber que lo hizo hoy.

—¡Oh, disculpe, disculpe, mi querida señorita Sallow! —se apresuró a excusarse el hombre, zalamero.

—Tengo asuntos que atender, señor Ajax. Mi padre y yo agradecemos que hubiera dejado sus quehaceres para visitarnos. Le haré saber que usted estuvo aquí —concedió a modo de una apresurada despedida.

Le sonrió, forzada; como siempre lo hacía, y se levantó para indicarle lo que debía hacer: irse y dejarla en paz.

Él pareció entenderlo; sin embargo, en el umbral de la puerta volvió a quedarse para dirigir nuevamente unas palabras.

—Y no olvide...

Ella no lo dejó terminar, cerró la puerta con fuerza y caminó hacia el centro de la estancia.

—Lo mejor de las visitas es cuando se vean —proclamó. Colocó sus manos en la cintura y negó con la cabeza.

—¿Ya se fue ese hombre? —inquirió su ama de llaves que miraba mientras levantaba una y otra vez la cortina para observar.

—No hagas eso, Kate. Puede pensar que alguien lo está invitando y deseará volver, no queremos eso, ¿no es así?

—No, señorita Amelie. ¿Qué haremos con el difunto?

Las mujeres subieron con los pies pesados hacia la planta superior de la residencia. En verdad que la pregunta que le hizo su criada era muy difícil de responder. Tampoco tenía clara la idea de cómo hacer para enterrar a su padre sin tener que comunicárselo al pueblo entero dentro de Yorkshire.

—¿Por qué nadie cubrió a mi padre? —interpeló con desazón.

—Al menos no siente frío.

—¿Qué haré sin usted, padre? No me voy a casar con el vecino, ni tampoco le dejaré esta propiedad a ese primo tan desagradable.

—Señorita, ¿me permite un humilde consejo?

—Me lo darás de todos modos. Habla.

—Usted solo retrasa lo inevitable. ¿Por cuánto tiempo piensa que sus vecinos, el administrador y su primo se darán cuenta de que está absolutamente sola y en situación de abandono?

—No soy una mujer débil que no sabe hacer nada...

—¡Ah, pero sí que mi señorita Sallow gusta de lo que cada chelín le puede ofrecer! Piense, si está en posición de doncella por no querer casarse perderá la buena vida a la que está acostumbrada.

—¡No creas que he olvidado cada detalle! Sin dudas me desconoces. Mi dote...

—Su dote la tiene el administrador y se la dará a su esposo.

—¡Es cierto! No contemos con mi dote. Tenemos estas tierras muy prósperas.

—Me temo que empeora la situación, señorita Sallow —insistió su criada con los brazos en jarras—. Estas tierras le pertenecen a su primo a quien usted nunca ha tratado bien.

Amelie alzó la nariz con prepotencia.

—Quizá dos opciones no sean posibles, pero tengo más ideas.

—¿Alguna otra descabellada?

—Ahorrar...

El ama de llaves frunció el ceño, después abrió los ojos, para culminar con una mueca de aprobación.

—Parece ser algo razonable, señorita Sallow.

—Sí, solo tengo que decir que mi padre sigue vivo por diez años mientras desvió los ingresos

de las tierras.

—Tan buena que parecía la idea. Usted está desorientada. El administrador lo notará.

—No me voy a casar con el vecino. Es el único hombre con recursos que conozco, pero no estoy desesperada. Debe existir más gente en este condado que sea decente y agradable a la vista y el olfato.

—Tendrá que dejar la vida de campo para conocer caballeros. A esto iba a llegar en algún momento. Si hubiese aprovechado las enseñanzas de su institutriz —mencionó la criada, ensañándose con Amelie para que entrara en razón.

Aquella muchacha estaba acostumbrada a vivir en sus propias leyes porque no había salido a conocer el mundo. La pobre ingenua no sabía lo que podía encontrar a unas millas de distancia. La pérdida de su familia la fue volviendo más decidida y alejada del resto. Se refugió en su dolor y aún aparentaba una fuerza que no sentía al dejar a su padre sin enterrar.

Estaba segura de que la muerte que más le había dolido era la de su hermano. Él la amaba y ella sin dudas también. Siempre estaba dispuesta a cualquier cosa que él le pidiera porque la apoyaba en toda encomienda que ella deseaba llevar a cabo. El dolor más grande para Amelie era no tener una tumba donde llorar por él. Un campo de batalla era su morada, un lugar desconocido que no lo había visto nacer ni crecer, pero lo vio morir.

—Esa sería una opción, algo que llevaría a cabo si las aguas comenzaran a querer tragarme. ¿Qué mujer desea perder la libertad una vez que la conoció? No seré propiedad de un esposo y si tengo uno, él será de mi pertenencia, no yo suya.

—Señorita, es vano lo que dice. Que la providencia acompañe sus intrigas, yo por mientras me preocuparé para que no muera de hambre.

Con la ayuda de dos lacayos a los que pidió absoluta reserva sobre la situación, llevaron a su padre hasta el centro de la propiedad, alejado de los ojos curiosos para enterrarlo. Lo envolvieron en una sabanilla.

Aquellos criados con palas intentaban cavar una fosa profunda para dejar el cuerpo. Era una suerte que la tierra estuviera blanda y que facilitara la excavación por tal motivo.

Una vez que alcanzaron una profundidad razonable, aquellos trabajadores tomaron sus sombreros entre las manos para despedir a su patrón. Amelie miró desolada que no podía enterrar a su padre junto a su madre por temor a lo que podía deparar el futuro si se llegaba a saber sobre su muerte.

—Sabrá entenderlo, padre. —declaró antes de que comenzaran a enterrar el cuerpo.

Capítulo 2

Después de aquel evento tan triste de enterrar a su padre, debía pensar en qué camino seguir. Debía engañar a muchas personas y entre ellas se encontraban: su vecino, su primo y el administrador. Solo conocía a esos hombres y suponía que al más difícil de engañar sería el señor Powell, el administrador de la propiedad, un señor muy amable que visitaba con frecuencia a su padre.

—¿Y ahora qué, señorita? —preguntó el ama de llaves.

—Debo imitar la letra de mi padre. Charles, el cochero se asemeja a mi padre y cada vez que alguien se acerque a la propiedad, aquel deberá usar las prendas que le pertenecieron...

—Señorita, considero correcto comunicarle lo que ocurre a su primo Alec Sallow. Él sabrá qué hacer con usted.

—Sin duda me echará de la propiedad como si fuera que nunca viví aquí. Traerá a su tonta esposa y querrá mandar si no me expulsa.

—¿Acaso no le agrada la señora Beatrice? Oh, es tan cruel. Su primo es un hombre honorable a quien usted maltrata.

—¡No puedo creer que defiendas a quien me despojará de lo que me pertenece! Se adueñará de estas tierras que, a la muerte de mi hermano, me corresponden a mí como dote, o al menos eso dijo mi padre —expresó, dudosa.

—Señorita Amelie, le pertenecerá a su esposo, no a usted. Recuerde que las mujeres no pueden heredar. Lo mejor es que busque un esposo, se convierta en una dama y se dedique a ser una excelente esposa y madre.

—¡Pero si eso no me interesa! ¡No deseo un esposo que me mande! Me moriré callada, debiéndole respeto como si yo fuera su esclava. Nunca seré su igual.

—No me haga repetir que las mujeres no son iguales a los hombres. Ellos son superiores, y lo sabe. Debería resignarse a que su futuro siempre dependerá de un hombre. Si su hermano estuviera vivo, dependería de él. Si su padre no hubiera muerto, lo mismo. Le queda su primo o buscar un esposo.

—Lucharé por mi libertad. Maldito Napoleón que hizo que mi hermano pereciera. Espero que arda en averno —deseó triste.

Amelie llevaría a cabo sus ideas para vivir de manera independiente hasta donde le permitieran las mentiras que empezaría a decir.

Un año había pasado desde el fallecimiento del señor Sallow, y Amelie pudo continuar trabajando por las tierras, además de desviar los fondos que pudiera para vivir si algo salía mal. Sin embargo, al administrador no le convencían las firmas que llegaban del señor Sallow y también las cartas, se notaban diferentes.

El señor Powell apareció por sorpresa un día en las tierras de Amelie.

Los sirvientes alertaron a la muchacha, que puso a funcionar su estratagema como lo hacía con los demás.

Charles, el cochero fingía ser el señor Sallow, pues el cabello blanco y el porte era muy parecido. Lo colocaban cerca de una ventana con las prendas que le pertenecieron al padre de Amelie y en la lejanía, nadie diría que aquel no era el padre. Su vecino no se había dado cuenta de que la figura que lo saludaba desde esa ventana cada vez que aparecía por ahí, no era el verdadero.

—¡Es el administrador, señorita Amelie! ¡Estamos perdidas, le dije que eran malas ideas!

—No me alteres, Kate. Fue solo un año en el que pude desviar el dinero, me faltan nueve años —espetó Amelie, molesta.

—¡Debió buscarse un esposo o aceptar al señor Ajax!

—¡Primero muerta! ¡Calma, Kate, calma! —exclamó, intentando recuperar la respiración y la compostura.

Por supuesto que Amelie estaba más que asustada por lo que el administrador podría decirle. No había noche en que el sueño le resultara sencillo de conciliar, pues buscaba alternativas para continuar con su soltería. Entre tolerar a su primo y a su esposa como dueños de lo que fueron sus dominios y conseguirse un esposo, prefería al incauto que deseara casarse con ella, salvo su vecino. Tenía una exigencia dentro de lo malo que podría pasarle.

El administrador descendió de su carruaje y miró a su alrededor. Nada parecía diferente a los que percibía cada vez que iba a esa propiedad.

—Sea bienvenido, señor Powell —saludó Amelie al hombre elegante, alto y delgado que llevaba un libro forrado en cuero negro bajo el brazo.

—Señorita Amelie, que placer poder saludarle. La propiedad parece muy próspera.

—Sí, estamos sembrando para la próxima cosecha, señor Powell. Me permito preguntar, ¿qué lo trae por aquí? —indagó Amelie, que con un gesto nervioso se estrujó los dedos a causa de ansiedad.

—Es un asunto que deseo tratar con su padre, señorita.

—Él está un poco deteriorado de salud, me encargo de todo, puede decirme lo que desea. Sabe que soy capaz de comprender un libro contable, señor Powell.

El señor Powell miró hacia la casa y distinguió a la figura de quién parecía ser el señor Sallow.

—¿Tanto para no recibirme? Lo veo en su despacho.

Amelie se maldijo por dentro. Aquella no era la ocasión ideal para hacer creer a un hombre que quería ser atendido por su padre, que él no podría ser recibido. Había sido una tonta.

—Acostumbra a hacerlo desde que enfermó, pero está tan débil y agitado que no le es posible hablar. ¿Le gustaría pasar al salón y conversar conmigo sobre eso que lo trae aquí? —solicitó Amelie, amable.

—Sí, señorita Sallow. Sé que su padre confía en usted a plenitud, por supuesto que puedo tratar estos asuntos con usted —aceptó el administrador.

Ella creyó que por ese día, salvaba el asunto de ser descubierta, pero aún debía saber cuál era la razón de aquella visita, aunque lo sospechaba.

El señor Powell pasó la puerta de la residencia hasta el salón. Observó a su alrededor y no notaba cambios. Le parecía muy extraño.

—Siéntese, señor Powell. El ama de llaves nos traerá un té —dijo Amelie, sentándose frente al hombre.

Trataba de no delatar sus nervios y ansiedad por conocer la situación que lo llevaba hasta ahí.

—Señorita Sallow, su padre me ha pasado los últimos pagos que realizó y también lo que percibió. Existe una merma considerable de los ingresos. La producción de la finca no ha variado. Falta justificar ciertos gastos para que las cuentas cuadren. Tanto él como usted, son personas que conocen de números y me he quedado muy sorprendido por el desorden en las cuentas... —manifestó el administrador.

—Es a causa de la escasa salud de mi padre.

—Tengo que además decirle, que las firmas y letras de las cartas comerciales, no coinciden con los registros que poseo de su padre.

—Ha perdido un poco la movilidad. Lo hemos estado atendiendo.

—¿Ha tenido gastos en el boticario por medicinas que le dio el médico a su padre?

Amelie había olvidado colocar algo como eso para sustentar su mentira que llevaba un año.

—Puede que eso sea parte de la diferencia que usted constata, si me deja, es probable que encuentre lo que está percibiendo.

El administrador entrecerró los ojos un poco. Amelie nunca daba ese tipo de respuestas inseguras. Era una mujer involucrada en el negocio de la familia, capaz de superar a cualquier varón en aquel menester. Sin embargo, ella, ese día, no podía darle razones de nada.

—Siento tener que preguntarle algo, señorita Amelie, ¿se encuentra bien?

—Quizá esté un poco dispersa —justificó sin mucha seguridad.

—Está usted en edad de casarse. Tal vez eso le resta eficiencia últimamente.

—¡No! Un caballero nunca me sacaría el sueño, salvo que se tratara de mi padre o de mi hermano, que hoy ya no existe —lamentó.

—Recuerde que su padre no durará para siempre, señorita Sallow. Necesitará de un hombre que la respalde. En una última carta que recibí hace más de un año por parte de su padre, me comentó su preocupación por usted y me comunicó su deseo para que lo ayudara a buscar un buen candidato para usted.

—Yo puedo escoger a un candidato digno, de hecho, tengo en mente a varios, tan solo me queda decidirme para tranquilidad de mi amado padre.

El señor Powell hizo una mueca que dejaba entrever su escepticismo sobre la afirmación de Amelie. La conocía desde que era una pequeña niña mandona y si su memoria no le fallaba, oyó decir a esa muchacha —hasta el cansancio— que su intención era la de permanecer soltera y su edad de casarse ya casi había pasado por completo.

—¿Está segura de que su padre no podría recibirme hoy, señorita Sallow? Me disculpará, pero según tengo entendido, usted no desea contraer matrimonio.

Ella se quedó pálida del susto. Nunca el señor Powell la había enfrentado y menos con tanta seguridad. Debía aprender a callar sus pensamientos. Debió tener en cuenta los consejos de su padre, cuando su hermano murió. Le dijo que él no era eterno y que dejara su capricho para buscar un esposo que la cuidara. Era muy tarde para eso.

—¿Desconfía de todo lo que le digo, señor Powell? —preguntó indignada.

—No desconfío de usted, pero es difícil tratar algunos asuntos con mujeres, cuando es un varón quien debería estar al frente.

Capítulo 3

Amelie se sintió ofendida, mas intentó recuperar la calma con una sonrisa muy irónica, que no pudo controlar.

—Le aseguro que no tendrá quejas de mi administración en la próxima ocasión, señor Powell. Como comprenderá, mi hermano está muerto y mi padre apenas puede hablar por su extraña enfermedad. Estoy haciendo lo posible. Solo ha faltado colocar algunos ingresos y egresos, pero no volverá a ocurrir. No soy una persona que le robaría a su padre o a sus propias arcas.

—Comprendo, señorita Sallow. Vendré en unas pocas semanas para verificar los libros y esos gastos que me dijo, espero verlos —aseveró el hombre.

—Por supuesto que así será.

El administrador procedió a retirarse del lugar, no sin antes decirle algo más a Amelie.

—Recuerde las preocupaciones del señor Sallow, señorita. No olvide buscar un esposo. Según entiendo, a su padre no le queda mucho tiempo si lo que tiene es una extraña enfermedad.

—Lo haré, se lo prometo.

—Espero saber el nombre del hombre en la próxima oportunidad que esté aquí.

Ella asintió. Lo despidió desde la puerta con la mano extendida. Cuando se fue, bajó el brazo lentamente y aquel movimiento de despedida se fue perdiendo. Entró a su salón y recostó su peso en ambos brazos que colocó en la espalda de un sillón.

—¿Qué voy a hacer? —se preguntó, nerviosa.

—Señorita Sallow, se lo dije, no alcanzará los diez años. El administrador no es un tonto para pasar por alto sus malos registros.

—¡Es que no sé qué hacer! Estuvo a poco de descubrir mi mentira. No tengo idea de cómo solapar esos desvíos.

—Deberá inventar algo.

—Una suba generalizada de los implementos para la producción, de las semillas o la mano de obra. Debo pensarlo.

—O mejor piense en un esposo.

—No, esa será mi última opción.

—Debería ser la primera. A esta mentira de que su padre aún vive, le queda muy poco —insistió su ama de llaves.

Amelie se lamentó por eso. Sabía que su sirvienta tenía razón. No le quedaba más que inventarse otra cosa para continuar en la propiedad.

—Se me acaban las ideas. Debo mantener esto hasta que pueda hacer algo. No tengo a dónde ir. Tolerar a mi primo y a la esposa de él, siendo los grandes señores de esta propiedad, me llena de tristeza y frustración. No sobreviviría, metería la cabeza en los comederos de los animales antes que soportar eso.

—Su orgullo no la deja tranquila, señorita. Quizá su primo no sea una mala persona como usted lo pinta. Tiene una fortuna personal que lo ampara.

Nada podía convencerla para que dejara de satanizar a su primo. Lo veía como un enemigo al cual no podría enfrentar por su condición de mujer. Cuando le decían que buscara un marido, se sentía débil y desvalida, cuando en realidad ella era fuerte y decidida. Estaba convencida de que podría juntar un buen dinero para vivir de eso en el futuro, pero no deseaba dejar el hogar que la vio nacer y crecer.

Con el pasar de los días, Amelie intentó hacer cuadrar los números para que el administrador

no se diera cuenta de sus movimientos. No deseaba que supiera que estaba realmente sola. Así se sentía cada día que pasaba. Su ánimo decaía y más estaba cabizbaja cuando su vecino iba para charlar con su padre. Se quedaba sin las excusas necesarias para continuar.

Cuando ella decía que estaba enfermo, aquel a toda marcha deseaba verlo u ofrecía ir por el médico, evidenciando de esa manera su interés por ella, pues estaba segura de que no había mayor preocupación por su padre, solo saber si estaba próximo a su muerte para el vecino poder ofrecerse como su esposo y cuidador de las tierras y así extender sus dominios.

De entre todos los resultados posibles de lo que hacía, ninguno era bueno para ella. Primero: estaba su primo; segundo, el vecino y tercero, un prometido.

Cuando su desesperación la aquejaba, le resultaba mejor pensar en inventarse un pretendiente que le daría tiempo de ahorrar un poco más de dinero, aunque si deseaba mantener su nivel de vida como hasta entonces, necesitaba un esposo.

—Muerta, muerta es como quiero estar —anunció Amelie después de que distinguió al administrador, que regresó después de un mes.

—¡Hoy la descubre! —exclamó el cochero.

—¿Qué hará, señorita Amelie? —inquirió su ama de llaves.

—Matarlo, es la única forma de no perder mi presente y mi futuro —contestó con seriedad. No parecía ser una broma o algo de lo que podía arrepentirse.

Sus criados la observaron, consternados. Amelie estaba perdiendo su buen juicio a causa de que se encontraba muy presionada por no perder su única forma conocida de vida.

—¿Lo dice en verdad, señorita Sallow? —preguntó su cochero, asustado.

Con aquella pregunta que le hizo su sirviente, Amelie pareció pensarlo. El administrador no tenía culpa de que ella estuviera temerosa de enfrentar un probable matrimonio o la presencia de su primo en su hogar.

—No podría hacerlo. Solo que... dependo de él —replicó Amelie.

—Es mejor que se lo diga, señorita. Quizá él no la delate si le dice cómo ocurrieron las cosas. Arriésguese... —opinó el ama de llaves.

Para Amelie contar su secreto era muy delicado siendo que dependía de los varones de su familia y ella no deseaba que el encargado que le tocara, fuera su primo. Si el administrador llegaba a decir lo que ella le contaba en confidencia, se vería obligada a buscar un hombre que la mantuviera.

—Pensaré sobre la marcha —resolvió.

El señor Powell miró hacia donde debería estar el señor Sallow, pero el lugar estaba vacío. No estaba la figura de la última vez que la visitó. Él estaba en aquel sitio por la carta que había recibido del vecino que, preocupado, le comentó sobre las interminables cosas sospechosas de la propiedad. El administrador golpeó la puerta y esperó una respuesta.

Kate, el ama de llaves, respiró y abrió la puerta bajo la aprobación de Amelie que le hizo un gesto con la cabeza.

—Buen día, señor Powell —saludó Kate, pidiéndole con un gesto de la mano que pasara.

—Buen día, ¿se encuentra el señor Sallow? —curioseó el hombre, esperando una respuesta que fuera falsa.

—Mi padre está en el patio, si quiere lo llevo hasta ahí —dijo Amelie, con el rostro lúgubre.

—Señorita Sallow, es un gusto saludarla. Le ruego que me lleve junto a él.

—Por supuesto. ¿Me ofrece un brazo?

Amelie iba en silencio para guiar al administrador hasta donde había enterrado a su padre. No tenía más opción. Se pondría en las manos de la buena voluntad de un hombre que la conocía

desde pequeña.

—Este campo está vacío, señorita Sallow, es probable que su padre esté en otro sitio —alegó el señor Powell.

—No, está ahí, donde se encuentra usted parado —afirmó Amelie, soltando al hombre que la llevaba—. Mi padre ha muerto, señor Powell.

Él miró bajo sus pies y ahí no parecía existir algo que fuera recientemente enterrado. El pasto era igual en todo el sitio.

—¿Qué me está diciendo, señorita Amelie?

—Tengo que confesarle que mi padre murió hace más de un año y no quería decírselo. Sabe mis razones, estoy sola.

El señor Powell se llevó una mano a la boca. Ahí estaban todas las respuestas que él necesitaba. El vecino de Amelie, el señor Paul Ajax tenía razón sobre que algo muy extraño ocurría en la propiedad. Las cartas comerciales que no coincidían y la extraña desaparición del dinero.

—Usted no puede estar sola aquí, señorita Sallow. Deberé avisarle a su primo para que se apresure a auxiliarla.

—¡No! Es eso lo que deseo evitar. Él me expulsará de mi propiedad o es mejor decir, de su propiedad —lamentó—. Le aseguro que puedo hacerme cargo de todo. En un pequeño momento de desesperación fue que desvíe el dinero por un año. Temía por mi futuro si me expulsan de aquí.

—Si no quiere depender de su primo, tendrá que buscarse un prometido.

—¡Oh, por favor! —gruñó tapándose el rostro.

—Ni siquiera tiene un prometido, señorita Sallow, ¿no es así? El señor Ajax me envió una carta, donde contó que sus actividades en la propiedad eran sospechosas y que nunca veía a su padre, salvo sentado cerca de una ventana a la que ninguno de sus lacayos dejaba que se acercara. Ese hombre me da mala espina, es mejor que no permanezca sola. Su primo o un pretendiente cuidarán de usted.

Ella tampoco se fiaba de su vecino. ¿Qué podría hacer? Su primo o un prometido.

No conocía a ningún otro caballero, por lo que ese cerebro arisco que tenía, debía darle un nombre. El señor Powell no sabía que su prometido en realidad no existía.

—En este tiempo que usted no estuvo por aquí, conocí a un caballero muy galante —mintió, nerviosa.

—¡Oh, esa es una buena noticia! —expresó el administrador más tranquilo—. ¿Le ha pedido matrimonio?

—Sí, y yo le dije que lo iba a pensar —continuó mintiendo.

—¿Cómo se llama el caballero?

Amelie no sabía qué responder a eso.

—Pues... —se quedó muda por un minuto—. Es el conde de...conde de Carlisle.

Capítulo 4

—¡Un conde! —exclamó el señor Powell—. Déjeme felicitarla, señorita Sallow.

—Oh, gracias. Solo le ruego que hasta que el caballero regrese, no le diga nada a mi primo.

—Pero si su primo, el señor Sallow debe aprobar su matrimonio para que le entregué la dote que le pertenece, señorita.

—¿Puede decirme algo en confidencia, señor Powell?

—Todo depende.

—Quisiera saber, qué incluye la dote para mi futuro esposo.

El hombre levantó una ceja, sonrió y se acercó con complicidad a ella.

—Dinero y una propiedad...

—¿Es está? —preguntó esperanzada.

—Pues está establecido que fuera otra. Esta debía quedar para su hermano, pues de las fincas, es la más productiva. La otra es una propiedad ociosa que imagino que su padre deseó que su esposo la hiciera productiva tal como esta finca.

—Entiendo... entonces este ya no es mi hogar.

—Una vez muerto su padre y hermano, le corresponde a su primo. Señorita Amelie, ¿cuándo vuelve el conde de Carlisle?

—En un año, pero mantendremos correspondencia —mintió con naturalidad—. Le ruego discreción con respecto a este tema. Mi primo y yo no tenemos una buena relación. Me expulsará de aquí si sabe que no tengo a nadie que me respalde.

—Pero, usted debe al menos esparcir el rumor de un compromiso. Ese vecino suyo, el señor Ajax es un peligro. Imagino que piensa que esta propiedad le queda a usted en dote. Su interés no es algo muy normal y por eso he vuelto, mi preocupación por usted ha ido en aumento durante este tiempo. Debí seguir mi instinto la última vez que estuve aquí.

—Disculpe por haberlo engañado, pero espero que me comprenda. Soy alguien que pretendió ser libre en un mundo dominado por los hombres. Para mí, tomar la decisión de casarme es algo difícil.

—Pero el conde debió tener algo especial para que usted le dijera que lo pensaría. Será usted una condesa. Le recomiendo que tome algunas lecciones antes de que vuelva su noble prometido.

—¿Qué insinúa, señor Powell?

—No insinuó, sino que le advierto que al ir a Londres o codearse con otras mujeres, usted impactará contra una pared. Su padre le ha dado atribuciones que ningún esposo le daría. Es mejor que se acostumbre a que dejará sus funciones de dirigir una propiedad a su antojo —aclaró el administrador.

—Comprendo...

Amelie estaba en una encrucijada. Se inventó un prometido que no existía, no se le ocurrió nada más que decir. Prefería lidiar con una mentira que con su primo y la esposa de éste en cuerpo presente.

***

Lord James Howard, conde de Carlisle huyó de Inglaterra tiempo atrás a causa de Napoleón, Irlanda se convirtió en un refugio solitario y tranquilo para el último miembro de su familia que quedaba con vida. Él y su fiel sirviente Alfred, eran inseparables. Aquel más que un simple mayordomo o ayudante, era su consejero.

Regresaría a Inglaterra, pues Gran Bretaña estaba dentro de la coalición de países que enfrentaban a Francia. La caída de Napoleón era inminente después de haber perdido la mayor parte de su tropa. Al menos esa era la información que le había llegado desde su país.

Recordó que dejó un compromiso que sus padres le habían arreglado con una dama. Lady Daphne Cecil, hija del conde de Exeter debía estar esperándolo en Londres. A él no le hacía mucha ilusión casarse con una desconocida y menos a alguien que no había escogido. Simplemente temía que la niña a la que vieron sus padres hubiera tenido muchos cambios y no fuera tan encantadora como le dijeron que sería. En fin, de cierta forma se ahorró buscar una prometida y era más que bienvenido no tener que dedicarle pensamientos a eso.

—Milord, el carruaje está listo para salir —informó su sirviente.

—Excelente —dijo y miró la casa de alquiler que lo acogió por esos años en paz y tranquilidad.

—También extrañaré este lugar. Cumplimos con los designios de su abuelo. Lo cuidamos de la guerra y es momento de regresar.

—Mi abuelo hubiera deseado ser enterrado en Inglaterra, pero a veces no se escoge donde morir —lamentó James.

—Es así, milord. Lo acompaño...

James subió al carruaje para dejar Dublín y regresar a Londres. Una de sus máximas pasiones era la lectura. Tenía muchos libros dentro de su carruaje para poder distraerse cuando se aburriera del paisaje verde que le esperaba. Su plan era sencillo: regresaría para conocer a su prometida e iría a una de sus propiedades rurales hasta que iniciara la temporada. Tardaría unos días en llegar, pues no tenían apuro alguno. De su parte, no tenía mucho ánimo por conocer a Daphne. Conocía a muchas damas elegantes, hermosas y educadas que le habían fascinado y esperaba que al menos la muchacha que era su prometida se les pareciera en gracia y elegancia para llevarla de su brazo.

—Nos quedaremos en una posada, milord —anunció Alfred, su fiel sirviente.

—Sí, estoy muy cansado —admitió sintiendo el cuello dolorido. Era probable que tuviera tortícolis por andar durmiendo en un carruaje. Estaba fatalmente aburrido en el trayecto, tanto, que los libros que escogió no resultaron ser de su agrado.

Una vez que se instalaron en la posada, James pudo descansar, mientras Alfred cuidaba de que tuviera buen sueño y estuviera tranquilo.

—Descanse, milord. Iré a buscarle un poco de comida y un buen baño, si usted lo desea. No querrá parecer cansado frente a su prometida —musitó su sirviente.

—De todas maneras se me hará difícil colocar una sonrisa en el rostro. Los nervios por saber si es bella e inteligente, me consumen. No quisiera salir huyendo, desesperado, romper el compromiso y desairar a la dama.

—Confiemos en el buen gusto de sus padres. No hay mucho que hacer, milord.

—Siempre me levantas el ánimo, Alfred—aludió sarcástico.

—Siempre estoy para lo que requiera, milord—replicó Alfred, dejándolo solo en la habitación.

Sin duda Alfred y su opinión importaban mucho ante los ojos de James porque sabía que aquel servidor solo quería su bien. Haría lo que fuera por él y no era capaz de mal aconsejar.

Al día siguiente, James despertó con más fuerza para enfrentar lo que quedaba de viaje. Si bien su cuello aún parecía doblado y le dolía, estaba decidido a llegar a Londres.

En Londres, Daphne, la hija del conde de Exeter leía con mucha rabia lo que el periódico decía sobre su prometido lord James Howard, conde de Carlisle.

—¡Qué humillante! —gruñó la muchacha de baja estatura y de cachetes rojos y cargados—. Él es mi prometido, ¿cómo pudo comprometerse con esta muchacha? ¡Oh, qué decepción!

—¿Es esto lo que deseabas, George? —reprochó su esposa al conde de Exeter—. Es por eso que no estaba de acuerdo en comprometer a una niña tan pequeña con un extraño.

—Pero si arreglamos su vida, querida —discutió el conde.

—¡No quiero ser el hazme reír de Londres! —chilló Daphne, caprichosa.

—¡Resuelve este asunto! —mandó la condesa a su esposo.

—¿Qué quieres que haga, Daphne? —preguntó el conde.

—Qué rompa el vergonzoso compromiso que me une a este caballero que ha deshonrado mi nombre. Ha preferido comprometerse con una tal Amelie Sallow en Yorkshire.

—Está bien, le escribiremos una carta para romper el compromiso. Aún debe estar en Irlanda. Fue lo último que supe sobre él —dijo el conde de Exeter.

James llegó a Londres y no perdió el tiempo para observar todo a su alrededor. Para disfrutar de la vista, salió con Alfred en dirección a la residencia del conde de Exeter. Su elegante bastón daba vueltas dentro del carruaje, casi golpeando a su hombre de confianza en varias ocasiones.

Alfred le arrebató el bastón a James y lo dejó en un lugar.

—Se hará daño y a mí también me lo causará —aseguró Alfred.

—Son los nervios.

—Tiene treinta años, milord.

—Considero que una sola vez me casaré y la mujer debe ser de mi agrado. Si no es de esa forma, deberé romper el compromiso que hicieron mis padres.

—Su mente anda afanosa desde que decidió regresar a Londres. Le sugiero que beba brandi, lea un buen libro y tenga paciencia para la próxima temporada si resulta que la dama no es agraciada. En todo caso, podemos regresar a Irlanda si no desea terminar el compromiso por vergüenza.

James suspiró al sentir que el carruaje se había quedado. Significaba que llegaron a destino. Por fin conocería a la dichosa lady Daphne Cecil. Descendió con Alfred que iba un paso atrás de él. Golpeó la puerta y esperó moviendo los pies.

—Buenas tardes, dígame, ¿a quién anuncio? —preguntó el mayordomo de la residencia.

—Soy lord James Howard, conde de Carlisle. Vine a conocer a lady Daphne Cecil, hija del conde de Exeter.

Los ojos del mayordomo de la residencia del conde de Exeter, se desorbitaron. Sabía de nombre quien era el caballero y sin duda lo debía hacer pasar.

—Pase, milord, lo anunciaré.

James le entregó a aquel sirviente su sombrero y su bastón. Dio unos pasos y observó que la residencia gozaba de buena decoración, por lo que imaginaba que el conde de Exeter atravesaba una excelente situación económica. Después miró hacia la muchacha que tenía unos bucles poco favorecedores para su rostro rojo, redondo y rechoncho. Él rezaba para que aquella no fuera su prometida.

—Milady, su prometido ha venido a visitarla —anunció el mayordomo.

Daphne levantó sus ojos azules para mirar al atractivo joven de cabellera castaña y ojos aguamarina.

—¿Qué hace usted aquí? —chilló la muchacha, estridente.

—Su prometida se parece a un cerdo y grita como uno. Es el momento de irnos, milord —recomendó Alfred, que se acercó a él para decirle esas palabras muy cerca del oído.

James vio que todos sus miedos se hicieron realidad. Aquella mujer no era lo que esperaba.

—He regresado de Irlanda para conocerla… —Logró articular pese a su sorpresa.

—¿Con qué cara viene aquí después de echar mi buen nombre a la humillación? —increpó Daphne, molesta.

—¿Qué?

—¡Qué sinvergüenza! Le dije a mi padre que terminaba nuestro compromiso. Usted no puede estar comprometido con dos mujeres.

—¿Dos mujeres? Ni siquiera la conozco a usted, ¿cómo conocería a otra?

—Milord, diga que sí está comprometido con otra —Le volvió a susurrar Alfred.

—¿Entonces niega estar comprometido con la señorita Amelie Sallow de Yorkshire?

—¡Oh, milord, dígale que sí, no le dé tiempo a recapacitar sobre romper su compromiso! —insistió su sirviente.

James estaba consternado por toda la información que recibía de la pequeña cerdita que resultó ser su prometida. ¿Quién era la tal Amelie Sallow?

Capítulo 5

Alfred tenía razón. Si decía que no conocía a esa muchacha Amelie, Daphne quizá quisiera casarse con él, y eso no era algo que deseaba. Nunca tendría un heredero con una mujer.

—Mi querida señorita Amelie Sallow, por supuesto que la recuerdo. Pensé que usted no me iba a descubrir en la fechoría —Aceptó James exagerando la situación. No quería que esa dama recapacitara y no rompiera el compromiso.

—¡Largo de aquí! ¡Padre, padre! —llamó, enfurecida la joven.

—No se preocupe, me iré para no escandalizarla. Le ruego me disculpe por el desliz.

Él observó a Daphne que estaba colorada del coraje. Lo mejor era huir a gran velocidad.

—Ve por mi sombrero y bastón, Alfred —mandó James.

—A la orden, milord —Se apresuró a cumplir el mandato.

James hizo una inclinación de cabeza para despedirse y huir del lugar raudamente. Alfred también lo siguió apresurado. Aquellos parecían estar corriendo. Fue la visita más corta en la historia de las visitas a prometidas de las que se sabe en Inglaterra.

—Milord, temí que usted dijera que no conocía a la señorita Amelie Sallow —pronunció Alfred mientras subían al carruaje para abandonar el sitio.

—Yo también sentí miedo de no conocer ese nombre. No la conozco, pero me ha salvado de un pésimo matrimonio. Siento que amo a la señorita Amelie.

—Yo también, milord. Averiguaré quién es la muchacha y de dónde salió para que pueda usted ser agradecido.

—Sí. Solo que no comprendo cómo es que estoy comprometido con ella —expresó, sonriente.

Él estaba feliz después de haber pasado un susto con lady Cerdita. Aquello hubiera sido un error completo. Dios había sido generoso al colocar a esa prometida desconocida en su camino para romper ese compromiso del que tanto dudaba.

—Por algo estaba tan nervioso, Alfred. Cuando vi a milady, creí que moriría ahí mismo. Era la mujer de mis pesadillas.

—Yo lo hubiera abandonado si continuaba con ese compromiso. No la soportaría. Menos mal no le dio tiempo de recapacitar y que se diera cuenta de que ella era la más perjudicada con esta ruptura. ¿Quién más se casaría con semejante muchacha? No tenía nada de atractivo. Ese vestido rosa la hacía ver más parecida a un cerdo que a una dama —opinó Alfred.

James rio como si nunca lo hubiera hecho. Quizá fuera la felicidad de que no se casaría con esa mujer y que podría buscar a alguien de su agrado.

—Le debo la vida a la señorita Sallow. Averigua todo lo que puedas. Sabemos que es de Yorkshire. Tal vez le hagamos una visita de agradecimiento —habló James.

Unas horas después de llegar a su residencia, James pudo comprender las implicancias de que lady Daphne acabara con el compromiso. Estaba eternamente agradecido con quien le había librado de tal mal para involucrarse en algo que desconocía.

Alfred le consiguió los últimos periódicos de Londres y pudo conocer a su otra prometida desconocida.

—¿Por qué soy el prometido de esta señorita, Alfred? Es algo hilarante, pero a la vez me resulta misterioso.

—Usted tiene una propiedad en Yorkshire, una que no visita desde hace muchos años. ¿No cree que puede ir a quedarse el otoño y el invierno en aquel lugar?

—¿Le envío una carta o la conozco personalmente?

—Ya que me lo pregunta. La señorita Sallow puede ser una señorita de unos cuarenta años, de aspecto espectral que dio su nombre para librarse de algún pretendiente indeseado que aspirase a su dinero. Es una opción.

—Puede que tengas razón. Pasaremos unos días más en Londres y después iremos a Yorkshire. Veremos qué hacer una vez que estemos ahí —resolvió James.

***

Amelie se dio cuenta de que no podía fiarse de la palabra del señor Powell sobre mantener en silencio su supuesto compromiso. El administrador creyó conveniente hacer alarde del nombre del prometido para que estuviera protegida. La prometida de un conde sería respetada en la región. Era cierto que obtuvo respeto; sin embargo, su vecino, el señor Paul Ajax no estaba muy contento al saber aquello. Se presentó en su residencia y le preguntó hasta los últimos detalles de ese compromiso.

Ella mintió con mucha naturalidad. Se estaba haciendo experta en mentiras. Tenía el apoyo de su administrador, aunque era con la condición de que pronto su supuesto prometido apareciera.

—¡Señorita Amelie, señorita Amelie! —la llamó Kate, el ama de llaves.

—Dime...—dijo sin mirarla. Tenía los ojos fijos en los papeles que debía entregarle al señor Powell.

—Hay una carta de su primo, el señor Sallow—contó.

—Oh...—lamentó Amelie. Un escalofrío la recorrió al pensar en lo que podía contener aquel escrito.

Kate le entregó la carta y Amelie la miró, confusa.

—¿La abrirá?

—Sí, Kate. No importa lo que tenga que decirme. En cualquier momento deberé enfrentarlo.

Rompió el sello y se dispuso a leer.

Estimada Amelie Sallow.

Me complace enviarle esta misiva para hacerle llegar nuestras más sinceras felicitaciones por su compromiso con el conde de Carlisle. Su padre debe estar desbordado de emoción porque ha hecho un excelente trato. La última carta que recibí de mi tío con respecto a él y a su salud no era muy agradable. Estaba preocupado porque usted quedara sola. Con la muerte de su hermano y sin nadie que se encargara de usted si él fallecía, me pidió que me ocupara si llegaba a quedar desamparada.

Sabe que puede contar conmigo y con mi amada Beatrice, que está en cinta y por el avanzado estado del embarazo, no podemos saludarla en persona, pero ella le envía sus sinceros deseos de felicidad. Pronto iremos a visitarlos. Envíele también a su padre un saludo muy cordial. Recuerde a su padre que es importante mantener correspondencia. Ha pasado más de un año desde la última vez que conversamos.

Me despido repitiendo mis deseos de felicidad y haciéndole saber que no se encuentra sola. Beatrice y yo estaremos esperando ser bien recibidos en nuestra próxima visita.

Alec Sallow.

Amelie apartó la zalamera carta que leyó en voz alta para que su ama de llaves escuchara.

—¡El señor Sallow tendrá un hijo! Qué bendición —opinó Kate, complacida.

—Ya ha hecho un heredero para las tierras de mi padre. Miserable de mí cuando ellos pisen esta propiedad. Me descubrirán, me echarán y moriré bajo un árbol, pobre y abandonada.

—Señorita Sallow, está exagerando. Me parece que su primo es muy amable con usted y verdaderamente desea su bienestar. Es usted la mala de esta historia.

—¡Oh, Kate, tú no tienes un dios, sirves a varios! Lamerás sus botas para quedarte aquí mientras a mí me echan a los perros.

—¡Uy! —gruñó la mujer—. Debería estar buscando un buen candidato de verdad y no inventar un pretendiente que ni siquiera sabemos que existe. ¿Ha pensado que en algún lugar quizá exista un conde de Carlisle?

—Sí, pero no apareció en estas semanas por lo que tienes dos opciones: es un anciano loco de atar o el título volvió a su majestad. Puede que también haya muerto en las batallas, tal como mi hermano.

—Es probable. De todas formas, las mentiras tienen patas cortas, señorita. Se le juntará el ganado y no podrá retenerlos en el corral de sus mentiras.

—Supongo que deberé vivir como una simple muchacha pobre con lo que pude sacar de la finca. ¡No quiero perder mis caballos caros, ni los muebles ornamentales, ni las finas cortinas que escojo cada año! —espetó molesta.

—Entonces búsquese un esposo que pueda solventar sus gustos.

Amelie sabía que sus mentiras alguna vez se descubrirían, que en unos meses el mundo en el que vivía se caería sobre su cabeza, aun así era muy testaruda. Pensaba que existiría algún milagro. El único milagro que podría salvarla de la ruina era que su padre y su hermano resucitaran.

Luchaba por no resignarse al verdadero futuro que le esperaba: someterse a la voluntad de su primo y casarse con alguien que le cortaría la libertad que tanto amaba.

—Odio ser mujer, Kate —expresó Amelie con desazón en sus palabras—. ¿Por qué no puedo tener dinero y vivir a mis anchas?

—El mundo fue hecho por los hombres para ellos mismos. No puede luchar contra lo establecido. Debe aceptar su realidad y dejar de mentir. Esto se hará más grande y morirá usted aplastada por el peso de sus mentiras.

—Prefiero mentir a perder todo lo que poseo.

—De nuevo con eso, señorita Sallow. Usted no tiene nada. Todo lo que ve a su alrededor, primero fue de su padre, después de su hermano y por último de su primo. Lamento tener que decírselo, pero no puede dar vueltas siempre sobre el mismo asunto sin intentar cambiar algo.

—¿Cambiar qué o cómo? Si todo lo que hago debe ser aprobado por los hombres. Es contra lo que lucho todos los días. Las leyes me imponen soportar a un nuevo varón por encima de mí. ¿Qué puedo esperar? Solo quería vivir tranquila.

Capítulo 6

James abandonó Londres unos días después de estar en el sitio y se dirigió a Yorkshire para instalarse en esa alejada residencia. Era conveniente estar a buena distancia de cualquier conflicto. Esperaba interesarse en esas tierras, pues desde que tenía memoria, no la había visitado con frecuencia por lo que desconocía el estado general de la residencia. Quizá estuviera muy maltratada y sin arrendatarios que trabajaban las tierras. Eso le hacía pensar en una gran erogación a la que debía recurrir.

Podría irse a otras propiedades de amplia riqueza, pero tenía sus expectativas puestas en Yorkshire por varios motivos y, entre ellos se encontraba conocer a su salvadora: Amelie Sallow. No podía siquiera imaginarla. Como le dijo Alfred, quizá se tratara de una solterona de unos cuarenta años que fuera rica y que alguien quisiera arrebatarle dinero o tierras. Esperaba que ese no fuera el caso de la mujer en cuestión.

Cuando James bajó del carruaje, solo pudo notar la deteriorada fachada de la residencia. ¿Dónde estaba el administrador que no se ocupó de aquello?

—Esta no parece una residencia digna para milord —Evidenció Alfred, levantando una ceja —. Mejor suba, no sabemos qué alimañas pueden estar dentro.

—La única alimaña que quisiera tener es una cocinera que me alimente. El pueblo más cercano está lejos y siento que desfalleceré si intento mover un músculo para regresar al carruaje.

—Se le dará de comer; si hay cocinera y algo que cocinar. Con mucha suerte, tendrá un poco de agua y paja.

James miró a Alfred y le sonrió. En ocasiones pensaba que aquel sirviente era más quisquilloso que él.

—No perdemos nada por probar...

—Perdemos tiempo, milord. En fin, deje que golpee la puerta —dijo Alfred. Sacó un pañuelo impoluto y lo colocó en su puño antes de golpear.

Después de un minuto, apareció la delgada figura de una doncella.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó la muchacha, servil.

—El conde de Carlisle ha venido a quedarse en la propiedad —anunció Alfred, ceremonioso.

La doncella miró a James de pies a cabeza. Sus ojos se quedaron muy abiertos por la sorpresa de tener en el lugar al mismísimo conde.

—¡Oh, pasen, por favor! —expresó, emocionada—. Pediré a unos mozos que vayan por sus baúles, milord.

—Tengan cuidado con las pertenencias de milord —advirtió el desconfiado acompañante de James—. Debo supervisar.

—Calma, Alfred. Lo que debes hacer es descansar —mandó James sin perder detalle de la impecable residencia que lo recibía—. Señorita, pídale a la cocinera que nos prepare algo.

Los muebles eran antiguos, pero bien cuidados. Era diferente a lo que se podía ver por fuera. La residencia daba un aspecto espectral al salir por la puerta, y dentro tenía ese aroma que perteneció a su abuelo, aquel aroma a viejo y familiar.

—No tenemos cocinera, milord. Me encargo de la comida y de los quehaceres. Nadie vive aquí salvo los pocos criados más jóvenes que quedan. La mayoría eran sirvientes casi de la misma edad de su abuelo. Soy la nieta de la cocinera. El administrador de la propiedad dice que es importante no gastar el dinero en contratar más criados —Justificó la muchacha con seguridad.

—¿Cuántas personas se ocupan de la propiedad? —Siguió James con su indagación.

—Dos mozos que se encargan de los caballos, un jardinero y yo, mi nombre es Edwina.

—¿Hay tan pocas personas en esta propiedad? ¡Oh, su abuelo debe estar revolcándose en su tumba, milord! —musitó Alfred.

—Yo me revuelco vivo por eso. Edwina —James la llamó por su nombre—. Pida al administrador que contrate más personas y también que me urge una conversación entre nosotros.

—Sí, milord. Me alegra que esté usted aquí —Culminó la doncella con una reverencia antes de cumplir con lo que James solicitó.

James decidió esperar la comida en el salón. Estaba casi acostado en el sillón. Todo le recordaba mucho a su abuelo, aquel aroma de la casa, el viejo conde lo tuvo hasta su último aliento.

La pintura de un joven casi idéntico a James se encontraba colocada sobre la chimenea. Qué elegante y qué atractivo fue aquel caballero que conquistó a su condesa, procreó a su hijo y después crió a su nieto.

No podía dejar de apreciar aquel sitio, quizá todo tuviera aún un toque de su abuelo en cada cosa. Sus gustos estaban reflejados en la antigua elegancia de la estancia, mas nunca hubiera aquel viejo conde, dejado que los años carcomieran los ladrillos y que la maleza subiera como enredadera por el techo del que fue su refugio. El administrador de la propiedad dejó aquello a su suerte y a que fuera devorado por el olvido.

Cuando Edwina sirvió el suntuoso almuerzo, él continuó con sus recuerdos. El viejo conde era estricto con la formalidad de la mesa. Los cubiertos debían estar acondicionados de manera exacta, como las colocó la muchacha de la casa. Pese a ser joven, percibía en ella el poder del conocimiento de su abuela. La instruyó en lo que se refería a los gustos de un anciano senil, pero amable.

—¿Su abuela le enseñó a preparar la mesa y a elaborar esta deliciosa comida? —preguntó James, degustando su pitanza.

—Sí, milord. Ella adoraba al conde. Siempre era halagada por su deliciosa comida.

—¿Necesita más ayuda en la casa?

—Con usted aquí, la necesitaré.

—¿Un ama de llaves y otra doncella?

—¿Puedo entonces ser su cocinera? —curioseó Edwina. Sus ojos brillaban de emoción al pensar en que tendría mucho tiempo para preparar más recetas, pasteles, galletas y otras delicias que pudieran deleitar al conde.

—Con semejante plato, por supuesto.

Alfred que estaba siempre muy cerca de James, pudo percibir el delicioso aroma de la comida. Sus ojos comenzaron a empañarse al regresar a los viejos tiempos de acompañar al abuelo, en ese entonces le tocaba hacer lo mismo con el nieto.

James tenía en su mente organizar esa propiedad que estaba en mal estado. Su fiel Alfred tenía que averiguar sobre la prometida desconocida que apareció para salvarlo. Nunca olvidaría la mentira que fue más bienvenida que afortunada.

El eficiente sirviente Alfred, consiguió saber la ubicación exacta de la señorita Amelie Sallow. Le dijeron que era una solterona que nunca salía de su propiedad. Era ermitaña y no deseaba conocer a las personas. La buena fama no rondaba a la no muy querida señorita Amelie. De hecho, muchos pensaban que era imposible que ella contrajera matrimonio si no conocía siquiera a sus vecinos.

—Tengo noticias sobre la señorita Sallow, milord —dijo Alfred, sonriente.

—Déjame adivinar... ¿solterona? —inquirió James, curioso.

—Por supuesto, milord. Puedo asegurar que utilizó el título de usted para que alguien la dejara en paz.

—Un favor, por otro favor. Estoy complacido, Alfred. Debemos ir para agradecerle a la muchacha.

—Puedo representarlo, milord. No hace falta que usted baje del carruaje si vamos a esa propiedad. No está muy lejos de aquí. Además, es mejor cuidar sus ojos de otra posible visión terrorífica. Desconocemos la edad de esta señorita.

—Mmm... imagino a la señorita Amelie Sallow como alguien joven, apasionada y atrevida para echarse al hombro semejante hazaña de utilizar mi título —alegó James, pensativo.

—Le describiré a la señorita Sallow desde mi perspectiva y según la información compilada —refirió el sirviente con aire misterioso—. Engreída, caprichosa, de unos cincuenta años, ataviada con un vestido rosa pálido que la hace lucir como la prima de su desafortunada prometida anterior. Esta dama ha sido una víctima de la naturaleza que la hizo más fea que una oruga.

—Qué creativo, Alfred. Me convenciste de no bajar del carruaje, solo veré donde vive. Tú serás el viejo conde de Carlisle, le ofrecerás nuestra ayuda para lo que requiera, puede pedir lo que sea y le será concedido.

—¿Lo que sea, milord?

—Lo que sea —confirmó para que a Alfred no le quedaran dudas.

—Eso suena peligroso.

—Me salvó de lady Cerdita, ¿qué no merece un premio de altura, mi estimado Alfred?

—Sin duda. Usted dispone el día en que iremos y se lo haré saber al cochero.

—Iremos mañana por la mañana. Seremos el hermoso despertar de esa dama.

***

Amelie miraba el amplio campo que se extendía ante sus ojos. Tenía en la mente que pronto debía abandonar ese lugar, aquel paisaje que la vio nacer y crecer. Estaba profundamente entristecida, que ese día no notaba su propia chispa, eso que la mantenía alegre, revoltosa y regia.

Cada día parecía recibir peores noticias. Nada mejoraba para su permanencia en esa casa. No tenía futuro y debía admitirlo. Sin un esposo, ella no sería nada. Su mentira de que era la prometida de un conde la salvaría por un año como mucho. Después se descubriría que estaba en una red de mentiras que la mantenían presa. Al menos no tenía que cargar el peso de seguir con el engaño de que su padre estaba vivo frente al administrador.

—Señorita Sallow... —La llamó el cochero, que estaba acompañado por un arrendatario—. Este señor pide conversar con su padre.

El cochero era tan cómplice de Amelie al igual que el ama de llaves que mentían con la misma convicción de su patrona. La adoraban pese a los defectos que pesaban sobre ella.

—Buen día, señor —saludó Amelie, sonriente—. Mi padre está enfermo y muy poco puede solucionar los inconvenientes de las personas, si me lo dice, puedo ayudarlo. Estoy encargada de la propiedad.

El hombre la miró con desconfianza. ¿Qué podía hacer una mujer por ellos?

—¿Qué sabe de puentes, mi señora?

Amelie no tenía idea sobre lo que el señor deseaba, además, los puentes le eran ajenos en su totalidad.

—No sé nada, señor, pero si me cuenta lo que ocurre, puedo contratar a quien lo sabe.

Capítulo 7

Amelie no se daba tiempo de dudar de sus capacidades de solución. Si algo ella desconocía, conocía a quien podía solucionarlo. Era una mujer práctica, inteligente, capaz de hacer lo que fuera por no quedar como incompetente. Sin duda se creía la indicada para seguir dirigiendo esas tierras en la ausencia de cualquier varón.

—Señorita Sallow, el puente se ha desmoronado. Hay una carreta que llevaba víveres y ha caído al agua. Hemos hecho lo posible junto a los demás para sacar lo que había dentro y rescatar a las personas y caballos —Se explayó el señor.

—No se preocupe, buscaré a alguien que se encargue del asunto. Esperemos reparar todo para mañana —dijo ella para tranquilizar al afligido hombre que estaba frente a ella.

—Muchas gracias, señorita Sallow. Le estaremos muy agradecidos...

El hombre continuó hablándole sobre más problemas en la propiedad. Ella no sentía que aquello que le contaba fuera en realidad muy grave. Era cuestión de arreglar, cambiar e invertir recursos en la infraestructura de las tierras.

Una vez que aquel señor se retiró, ella se sentó en el despacho de su padre para pensar las diversas soluciones que podía dar.

—Hay que buscar en el pueblo a alguien que haga puentes, también a alguien que se ocupe de las plagas en los cultivos... —mencionó Amelie, tranquila—. Mi padre tenía muchas cosas anotadas en un cuadernillo. No dudo que los nombres de esas personas estuvieran ahí.

Pasó un par de horas buscando hasta encontrar lo necesario. Envío a su cochero para que buscara a esas personas y que hicieran lo que el arrendatario pidió.

La señora Kate estaba preparando el almuerzo y en parte limpiando la gran casona, cuando distinguió un carruaje que le era ajeno por completo.

—¡Señorita Sallow! —Entró la mujer al despacho, donde ella se quedó dormitando.

—¡Sí, sí! —exclamó pensando que era antigua institutriz que la pilló flagrante durmiendo—. Kate, me asustaste.

—Hay un carruaje, uno muy elegante, tirado de cuatro caballos... —comunicó la mujer.

—¿Quién podría ser?

—Quizá su primo, el señor Sallow.

—¡Qué desgracia! —lamentó Amelie, entristecida.

Ambas salieron del despacho para mirar por la ventana. Un hombre de unos sesenta años descendió del carruaje. Era elegante y de un porte señorial.

—¡No me queda duda, no me queda duda! —repitió el ama de llaves mientras vio al hombre acercarse.

—¿Dudas de qué?

—Un carruaje elegante, un hombre de unos doscientos años, arrugado como una uva añeja... ¡Debe ser el conde de Carlisle, su falso prometido que viene a ponerla en su lugar! —expresó la mujer.

Amelie quedó tiesa. ¿Podía ser posible que el famoso conde de Carlisle existiera y tuviera tanta edad?

—¡Usted y sus pésimas ideas, señorita Sallow! —recriminó Kate, lamentando lo que ocurría —. Debe venir para colgarla de la copa de un árbol, después la apuñalará y beberá su sangre... ¿cómo cree que vive un ser que parece una uva seca? Es evidente que de la sangre joven de sus enemigos.

La muchacha arrugó el ceño por lo que decía Kate. Aquella estaba muy afectada por los problemas que le daba con sus ánimos de no contraer matrimonio.

—Kate, eres demasiado exagerada. Es un señor viejo, tampoco es un vejestorio, o se conserva muy bien con la sangre de sus enemigos, ¡qué cosas estoy diciendo! —farfulló Amelie—. Tú serás Amelie Sallow, Kate.

La mujer tenía el mentón en el suelo. Amelie quería enviarla al matadero.

—¡Señorita Sallow, es su responsabilidad! Tiene muchas agallas para mentir y robar, pero no es capaz de asumir sus errores.

—Te lo ruego, Kate, hazlo por mí...

Ellas escucharon que el caballero golpeaba la puerta-. Se miraron entre ellas. Las pupilas de Amelie se dilataron para intentar convencer a Kate de que hiciera el favor de hacerse pasar por ella.

—¡Estoy metida en líos por su causa! —gruñó la mujer, sacándose el delantal que tenía atado en la cintura.

El ama de llaves se arregló para recibir al extraño. Era una señora delgada y de buen ver, aunque muy mayor para ser la señorita Sallow.

Alfred estaba parado frente a la puerta, esperando a que le abrieran. Insistió con los toques en la madera, cuando se abrió y distinguió a una mujer de unos cincuenta años.

—Buenas tardes, busco a la señorita Amelie Sallow —dijo Alfred, serio.

—¿Quién la busca? —preguntó Kate, observando al estirado caballero frente a ella.

—El conde de Carlisle, su supuesto prometido...

Amelie estaba escondida detrás de una de las amplias cortinas del salón escuchando todo. Ella palideció cuando aquel hombre dijo que era su prometido.

Kate estaba sin palabras, mirando al hombre con temor. Parecía muy rígido y poco amable.

—Soy yo, milord —Asumió el ama de llaves.

—¿Me invita a pasar para explicar este asunto? —indagó Alfred.

—Sí, pase, por favor, milord. Le pido inmensas disculpas por mi atrevimiento...

Alfred pasó a la elegante estancia de aquella residencia campestre. Era muy hermosa para una familia que no tuviera dinero.

—Cuénteme sobre su atrevimiento, señorita Sallow —pidió Alfred.

—Yo, milord... —Kate no sabía qué decir. La verdad del asunto sería suficiente—. Inventé su nombre para librarme de un mal hombre y de la ruina, milord. No pensé en hacer un mal mayor, le ruego clemencia...

Las sospechas del mayordomo de confianza del verdadero conde de Carlisle eran correctas en muchos aspectos. La pobre estaba desesperada y se notaba en su rostro.

—Ya veo, señorita Sallow. He venido hasta aquí para presentarle mis respetos y agradecerle que usted también me librara de un mal matrimonio. No hay nada mejor que conservar la soltería ante un pésimo compromiso. Le ofrezco mi ayuda para lo que requiera. No dude en acudir a mí si lo necesita. Sabré recompensar su buena obra.

Tanto Amelie como Kate estaban asombradas con lo que aquel decía. Era increíble que algo bueno resultara de una pésima idea. Aquel conde resultó ser un hombre extraño y agradable.

—Le agradezco que usted sea tan compasivo, milord. No dudaré en acudir a usted si lo necesito. Dios dirá... —musitó Kate con una mano en el pecho.

—Tengo una propiedad en Yorkshire, muy cerca de aquí. Estaré estos meses por aquí.

—Es muy amable, lord Carlisle.

Unos incómodos momentos después, Alfred se levantó del sillón donde reposaba para

conversar con la mujer.

—Es todo lo que deseaba decirle, señorita Sallow. Ha sido un placer. —Se despidió Alfred.

—Gracias, milord. No olvidaré su amabilidad —habló Kate, acompañándolo a la puerta.

Alfred caminó hacia el carruaje. Una vez que estuvo en movimiento James quería saber lo que ocurrió.

—Alfred, ¿cómo es la señorita Sallow?—curioseó ansioso.

—Mi pronóstico no estuvo muy errado, milord. La señorita Sallow debe tener cincuenta años. Es muy bonita para esa edad y tiene pretendientes. Le dije que era una solterona que deseaba librarse de alguien. Me lo ha contado todo.

James pareció decepcionado. Imaginó de otra manera a Amelie. No significaba que fuera malo, sino que estaba decepcionado por saberse incapaz de hacerse una mala imagen de un nombre que le agradaba.

—Es una lástima que sea de esa edad.

—¿No me diga que milord se hizo ilusiones con una desconocida? Me siento muy apenado por despedazar sus sueños.

—No, Alfred. Soy un insensato imaginando gente, es todo. ¿Le dijiste que estaba a su disposición?

—Sí, milord. También que vive en Yorkshire para que acuda si tiene necesidades, aunque lo dudo. Vive en una casa muy elegante, bien arreglada.

—Es suficiente agradecimiento. Regresemos a la casa, tengo muchas decisiones que tomar y recorrer esa propiedad...

Alfred asintió, pues sabía que James tendría demasiado trabajo en aquel sitio.

***

Amelie salió de su escondite. Kate seguía muy sorprendida.

—Así que... bebe la sangre de sus enemigos —dijo ella con los brazos cruzados bajo el pecho mientras observaba a su distraída criada.

—Es un hombre muy amable, señorita Sallow...

—¡Alguien se ha enamorado de un conde! —alentó Amelie a Kate.

—¡Por supuesto que no, señorita Sallow! Dije que era muy amable. Supongo que escuchó. Vi sus pies bajo la cortina.

—Lo escuché. ¡Al menos no está enojado! Y tampoco creo que se enoje si seguimos usando su nombre para mi seguridad.

—Usted no aprende, señorita.

—Él dijo que estaba para mí en lo que necesitara y yo lo necesito.

—¡Ay, señorita, usted no entiende!

—Entendí perfectamente. Favor con favor se paga y yo le hice uno más grande de lo que él me hizo —alegó riendo.

El ama de llaves no quiso seguir deseando convencer a Amelie para que enderezara su camino, era irreverente y muy testaruda para darse por vencida.

Por momentos, Amelie pensaba que todo mejoraría, aunque en otros, consideraba que pronto caería en desgracia por la futura visita de su primo. Sus días estaban contados como la dueña de esa propiedad. Rezaba al cielo por un milagro, pedía indicaciones a su padre y hermano que estaban muertos. Se sentía sola y sin el apoyo de los seres que la habían amado. Deseaba guardar sus debilidades solo para que el espejo la viera como realmente se encontraba.

Capítulo 8

Pasaron dos semanas del encuentro de Alfred con Amelie, ella no acudió a pedir ayuda aún. James estaba tranquilo al haber ofrecido su ayuda por el favor que le hizo de manera inconsciente.

James seguía ocupado en los asuntos de la propiedad. Primero quiso ocuparse de la residencia. El administrador hizo caso omiso a su pedido de más criados en su propiedad. Después fue a las caballerizas. Los caballos que se encontraban en el sitio eran viejos, incapaces ya de realizar arduas tareas de arrastre para la siembra. Los gallineros estaban sin suficientes gallinas y las vacas no existían. Aquello era un verdadero desastre, ¿qué ocurría en esa propiedad?

—Milord, ¿me permite decirle lo que considero conveniente? —Alfred se acercó a James con la clara intención de hacerle saber lo evidente.

—Me dirás que el administrador ha estado despellejando mi finca. Lo sé y estoy muy enfadado. Lo más difícil del mundo es enfadarme y eso lo ha logrado. Alfred, que el letrado venga. Quiero que me diga todo lo que mi abuelo me ha heredado. Esto no puede seguir ocurriendo. ¿Cuántas fincas más deben estar en la miseria en lugar de producir?

—Es bueno que se diera cuenta. Le mandaré una carta. Él debe estar en Londres.

—Yo iré junto a ese administrador —dijo James que abrió el cajón del escritorio. Sacó de él un arma.

—¿Lo matará, milord? No deseo que usted se ensucie. Lo haré en su nombre.

—Alfred, eres muy amable. Solo llevaré el arma para mi protección. Ese hombre es un sinvergüenza, no se sabe de qué es capaz si ha estado desangrándome. Los libros de contabilidad fueron asentados por última vez hace cinco años. Esto es tierra de nadie.

—Sí, milord. Pobre de sus empleados que deben vivir además con sueldos de miseria.

—¡No puedo creerlo! —gruñó, impotente—. Las cosas van a cambiar, lo harán, lo juro. Me quemaré las pestañas por este lugar tan hermoso que me recuerda al abuelo.

—Así debe ser, milord. Ha estado mucho tiempo ocioso —Echó en cara el acompañante de James.

—Lo sé, lo sé...

—Si se consiguiera una esposa, sería excelente. Supongo que la condesa de Seaford deseará compartir este sitio con usted —agregó Alfred, jocoso.

James sonrió al recordar a la esplendorosa lady Emeline Armstrong-Jones, hija del conde de Snowdon. Él se sintió atraído por ella desde la primera vez que la vio y aunque se había casado con el conde de Seaford, enviudó hacía muy poco tiempo. Esa noticia no pasó desapercibida por él. Sin embargo, por su compromiso con lady Daphne no se permitió alegrarse. En ese momento, el cielo parecía estar abriéndose para él. ¿Sería correcto invitar a una viuda a su residencia? Era un hombre soltero y ella una mujer libre.

—Le escribiré a ella. Es la mujer ideal para ser mi esposa.

—Lo sabía, es una sabia decisión. Su abuelo también deseó que se casara con ella, pero la mala elección de sus padres lo impidió.

Él no dudaba en que lady Seaford iría a su encuentro. Ambos tuvieron aquel flechazo a primera vista. También se habían besado a costillas del viejo esposo de la muchacha. Tuvo que olvidarse de ella cuando le pidió encarecidamente que se fuera, pues su esposo sospechaba que sus intenciones con ella no eran honorables. Emeline era una dama en todo el aspecto de la

palabra. Unas pocas veces sucumbió a sus encuentros clandestinos para conversar o besarse. Respetaba mucho a su esposo y la reputación del mismo.

Alfred acompañó a James hasta la residencia del administrador de la finca. La casa del hombre era casi una mansión, mientras la casa del conde para el que trabajaba se caía a pedazos.

La sangre de James hervía. Alfred mientras golpeaba la puerta para que le abrieran.

Un ama de llaves que se notaba de buen pasar, les abrió la puerta.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó la mujer.

—Dígale al señor Williams que el conde de Carlisle ha venido para conversar —respondió James, dejando a Alfred con las palabras en la boca. Aquel siempre presentaba al conde cuando estaba a su lado, pero la molestia que albergaba en su corazón, no respetaba rutinas.

—Pasen al recibidor, los anunciaré...

La mujer se retiró para buscar al hombre que estaba en su despacho. Cuando supo de quién se trataba el que se presentó en el sitio, se puso muy pálido.

James estaba por estallar al pasar la puerta. El lugar era de lujo para un simple administrador. Pensaba que no solo lo estaba embaucando a él, sino también a otros.

—Lord Carlisle, le dará un soponcio si continúa mirando por los alrededores y más si le digo que reconozco cierto jarrón que era de su abuelo —mencionó Alfred, señalando un jarrón que se notaba muy antiguo y elegante.

El pañuelo que tenía en el cuello asfixiaba a James con lo último que le dijo Alfred. No estaba seguro de querer discutir algo con el administrador. Era mejor darle un tiro al hombre.

—Lord Carlisle, sea bienvenido a mi humilde morada —lo recibió su administrador.

—Por sobre todo humilde, ¿no es así? —increpó James, mordaz.

El hombre rio nervioso.

—En qué puedo ayudarlo, milord.

—Solo quiero hacerle unas preguntas, o mejor dicho, una sola. ¿Qué estuvo haciendo con la propiedad? Está en ruinas. Usted es el administrador, o al mejor hasta que golpeé la puerta de su humilde morada, lo fue.

—Todo está en orden, milord. Hubo algunos tropiezos por las inundaciones que afectaron los plantíos.

—¿Piensa que soy un idiota? Las tierras son productivas, solo que yo no recibo rentabilidad de las mismas porque tengo caballos viejos, no tengo suficientes criados, no tengo vacas, ni gallinas, ni semillas para el sembradío, pero mis tierras están aradas. ¿Cómo es que lo logra? ¿Es usted brujo? La información que recabé de los arrendatarios es evidente. Le pagan lo que corresponde. ¿Dónde está lo que corresponde a mis tierras? ¡Dónde están las ganancias, maldita sea! —exclamó. Cogió al hombre de sus prendas.

—Lord Carlisle, sea usted amable con el hombre.

—El arma, Alfred.

—No me refería a esa amabilidad, milord —contradijo a James, pero aun así sacó el arma de su casaca y se la entregó.

—Hable ahora, o calle para siempre... —mandó James, amenazante.

—Milord, saque el arma de la boca del hombre, no puede hablar —interrumpió Alfred y James alejó un poco el arma.

—Yo, yo... milord...

—¡Está despedido! —exclamó James, arrojando al hombre al suelo—. No quiero escucharlo. Alfred, coge el jarrón de mi abuelo y vámonos. Y usted, señor Williams, tiene un día para devolver las ganancias. Si no aparece para mañana en mi propiedad con ese dinero, lo mataré sin

compasión. Ha defraudado la confianza de mi abuelo, y por supuesto, yo no pondría siquiera una semilla en su mano.

Alfred se llevó el jarrón. James al salir de la residencia todavía tenía el arma en la mano.

—Milord, si me permite, le guardaré el arma. Es peligroso, está usted nervioso y puede dispararse en el pie.

James se lo entregó después de subir al carruaje. Alfred cogió el arma y la guardó, aquel seguía aferrado al viejo jarrón.

—Ese hombre se merecía que lo matara. Es un sinvergüenza, un amigo de lo ajeno. ¿Cómo levantaré la finca de Yorkshire?

—Con su inteligencia y sus recursos. Es un hombre rico con otras propiedades a las que puede sacarle un poco de dinero para poner a trabajar esta. Si ese hombre pudo hacerse de dinero con tierras ajenas, usted puede hacerlo con más razón porque esas tierras le pertenecen.

—Mi abuelo debe estar revolcándose en su tumba sabiendo esto.

—Más le debe dar rabia al difunto que su jarrón estuviera ahí. Qué atrevimiento.

Alfred siempre lo hacía reír y lo animaba a continuar. Era el sirviente más fiel que tuvo el gusto de conocer y deseaba que fuera eterno. No imaginaba la vida sin su consejería.

James sabía que contaba con los recursos necesarios y mucha capacidad para llevar a cabo sus planes de levantar la finca y devolverle el esplendor que tuvo en épocas de su abuelo.

Cuando regresaron a la propiedad, James comenzó su misiva para invitar a lady Seaford en los meses de invierno en la propiedad, quizá de aquello surgiera el momento propicio para pedirle matrimonio. Eso le ahorraría además buscar otra candidata.

Alfred por su parte, hacía una carta muy extensa para el letrado que se ocupaba de los asuntos del conde. No sé dejaría nada en el tintero. Su preocupación por James era sincera y deseaba ayudarlo a conseguir un poco de paz, algo que no tenía desde que regresó a Inglaterra.

Capítulo 9

En la finca de Amelie, por el contrario a la propiedad del conde de Carlisle, se respiraba un aire de tranquilidad.

Amelie mantenía satisfechos a sus arrendatarios, las ganancias eran excelentes y ella olvidó que su existencia pendía de un hilo muy frágil que se llamaba voluntad masculina. Si bien, seguía desviando un poco de los fondos para que el administrador no lo notara, eso le daba cierta paz.

Se dedicaba enérgicamente a las actividades del campo. Se vestía como un mozo para mayor comodidad. Hacía trabajo de hombres y se sentía plena y feliz, eso fue al menos hasta que recibió la inesperada visita de su administrador, el señor Powell.

Cada vez que lo veía llegar, parecía tener el peso del mundo en sus hombros. Su pecho latía desenfrenado por saber qué noticias podía llevarle.

En esa ocasión el señor Powell se notaba muy nervioso, tanto, que temblaba y su sombrero lo daba vueltas en sus manos con mucha insistencia.

—Buen día, señor Powell... —saludó Amelie, amable.

—Oh, señorita Sallow...

—Oh, señor Powell, ¿qué me quiere decir? —preguntó temerosa.

—Oh, señorita Sallow —reiteró el hombre.

—¡Hable, señor Powell! —exigió la muchacha.

—Su primo, el señor Alec Sallow, se presentó en mi despacho para preguntar por su padre.

Amelie palideció. Si Alec sabía que estaba sola, aparecería en la residencia sin dilación para echarla.

—¿Y usted qué respondió?

—Señorita Sallow, espero que algún día me perdone. El señor Sallow ha sido muy convincente en su preocupación por usted y me convenció de que le contara la verdad sobre su padre.

—¿Qué ha hecho, señor Powell? —indagó, quebrantada. Unas lágrimas salieron de los ojos verdes para mojar sus rosadas mejillas.

—Por favor, señorita Sallow...

—¡Por favor, nada, señor Powell! —exclamó desdichada—. Mi primo no tarda en venir y echarme de la propiedad. No podré soportarlo, no puedo con esta humillación. Es intolerable. ¿Cómo pudo traicionar la confianza que le he dado?

—Entienda que está usted sola y su mentira de que el señor Sallow está con vida, no la salvará por mucho tiempo. Es mejor que su primo se ocupe de usted hasta que el conde de Carlisle venga para casarse.

Ella se maldijo al haberse inventado esa mentira de que estaba prometida con alguien, pero más se arrepintió de confiar en el señor Powell.

—¿En cuánto tiempo vendrá Alec, señor Powell?

—Me dijo que estaría aquí como mucho en una semana.

—¡Una semana! Confié en usted y en que me guardara el secreto. Me ha decepcionado.

—Lo hice por su bien. Espero que algún día lo entienda. Alguien debe encargarse de una mujer desvalida como usted.

—¡Desvalida es una niña, señor Powell, yo soy una mujer capaz, pero nadie se da cuenta! ¡Es un mundo egoísta conformado por hombres y para los hombres! —se quejó exaltada.

—Si lo tiene tan claro, debería obedecer eso y resignarse a que nada puede hacer. Usted no heredará, se casa o vive con su primo. No hay muchas opciones para una mujer soltera —sentenció el hombre, provocando un silencio en la histérica Amelie—. Desde ahora, trataré los asuntos de la propiedad con el señor Sallow, lo siento, señorita Sallow.

Ella lloró frente al hombre sin hacer ruido. Solo dejó que su desazón e impotencia, salieran sin impedimento. Estaba perdida y sola.

Cuando el señor Powell se retiró, ella aún seguía llorando. Tenía dolor en la cabeza de tanto llorar y sus mejillas parecían quemadas por sus lágrimas.

—¡Oh, señorita Amelie! —Corrió junto a ella Kate—. ¿Qué le ocurre?

—Mi primo vendrá esta semana. El cotillo señor Powell, le confesó que mi padre está muerto. Kate, no tengo nada. Nada me pertenece, apenas, quizá lo que tengo puesto. Qué ingrata es la vida si se nace mujer.

Kate, sin dudarlo, abrazó a la muchacha y lloró junto a ella. Era impensable que aquella abandonara esa propiedad. Si Amelie se iba, Kate también lo haría porque adoraba a esa muchacha a la que vio nacer.

—¿No hay alguna solución? ¿El dinero que juntó no es suficiente? —preguntó Kate, limpiándose las lágrimas.

—No. A lo sumo viviré dos años con eso.

—Lo único que le queda es casarse con alguien. ¿Qué más puede hacer?

—No conozco a nadie —chilló.

—Le dije que asistiera a bailes para conocer gente y que usara vestidos bonitos.

—Es muy tarde para lamentarse. No tengo tierras para sembrar... ¿viviré en un arriendo? ¿Qué será de mí?

—Le queda esperar la buena voluntad de su primo y su esposa. Yo confío en que son buenas personas y usted es la mala.

—Si intentas consolarme, vas por mal camino, Kate —sollozó la muchacha.

—Es usted orgullosa y rencorosa. Sea mansa y conseguirá muchas cosas.

—No nací para ser mansa. Quién sabe, Alec puede que me tenga haciendo las labores contigo, o porque eres muy fiel a mí, es probable que te despida. ¿Qué haré sin ti? Eres lo único que me queda.

—¡No diga eso, señorita Sallow! ¡No podría vivir sin sus malas ideas, me moriré si estoy lejos de usted!

Ambas lloraban abrazadas. No encontraban una solución práctica al asunto. Una vez que se calmaron y Kate pudo preparar un té para Amelie, la criada tuvo una idea que era digna de una caza fortunas.

—Señorita Sallow, ¿no ha pensado en el conde de Carlisle? Recuerde que él está muy agradecido con usted.

—¿Y en qué me ayudaría?

—Piense con frialdad, señorita. Él es un viejo conde. Sin duda no debe tener herederos. Estaba comprometido y no lo deseaba. Mire, usted puede pedirle que la hospede en su residencia como pago a su buena obra o también pedirle que se casen.

—¡No voy a casarme con un viejo cara de uva seca! —expuso escandalizada.

—Considere lo siguiente, señorita Amelie. Él es un conde, muy viejo, ¿cuánto más puede durar? Usted puede convertirse en la joven esposa de un viejo que tiene un pie más del otro lado, que de este. Piense, será rica, respetada, con tierras y libre una vez que él se muera, que dudo que sea en mucho tiempo. ¿Prefiere aguantar a su primo que quizá la humille o desea casarse con un

hombre que está agradecido y a quien usted le puede pedir cualquier cosa que desee y enviudar pronto para convertirse en la dueña de su vida?

Amelie se lo estaba cuestionando muy seriamente. ¿Soportar a un viejo conde con sus días contados o a su primo que ya tenía descendientes?

—Debo casarme para ser libre, qué tonto suena, pero es consolador —dijo—. De estar en la agonía de la miseria, emergí iluminada. ¡El conde de Carlisle es lo mejor que me ha ocurrido en la vida!

—Pero primero debe convencerlo de casarse con usted.

—Solo le cobraré el favor.

—¿Le digo las desventajas de casarse con un viejo?

—No, lo sé. Querrá cosas que yo no le daré. Si arriba está como uva seca, abajo no debería existir diferencia. Es repulsivo.

—Para alguien joven como usted, pero yo lo noté atractivo.

—Mucha información innecesaria, Kate. Hay que recoger nuestras cosas.

—¿Tan pronto?

—¿Prefieres que mi primo me eche?

—Lo prepararé todo y le pediré al cochero que nos lleve a buscar la residencia del conde.

—Sí, voy por mi amado prometido, el que me dará la libertad que busco.

Amelie y Kate fueron guardando sus cosas en los baúles. Mientras los lacayos llevaban las cosas al carruaje, Amelie se quedó en el gran salón de su residencia. Acarició cada cosa que estaba cerca de ella y más esas adorables cortinas que tenían pocos meses en su casa.

Le partía el alma abandonar su hogar, donde nació y creció. Se sentía mutilada por todas sus pérdidas, pero el conde de Carlisle era la luz al final del camino. Él era su llave para la tranquilidad. Al final terminaría casada, pero el consuelo era que aquel matrimonio duraría poco tiempo.

Cuando Amelie salió de la residencia fue a las cuadras. Los caballos a los que amaba parecían despedirla con sus amistosos relinchos. Observó las tierras desde una colina por la que fue caminando. Era la última vez que vería ese paisaje.

—Adiós, amada tierra mía. Nadie te querrá más que yo. Espero que el señor Sallow cuide este sitio como lo hicimos todos los miembros de mi familia.

Kate se acercó a Amelie y la tomó del hombro. Era el momento de dejar atrás todo para perseguir una nueva vida.

—Todo está listo, señorita Amelie, solo falta usted.

—¿Crees que estará todo bien?

—Por supuesto que sí. Yo me quedaré con usted.

—Me despediré de mi padre y de mi madre. Los dejaré aquí para siempre...

Capítulo 10

El lamento para Amelie se extendió por un par de horas más en la propiedad. Despedirse de sus progenitores fue desgarrador para ella. Después la despedida de sus criados. Su corazón no soportaba tanto dolor. Si los dejaba era porque no podría estar con el primo a quien nunca pudo tratar bien, y no fue porque él no fuera amable. Alec Sallow no solo era amable, sino un atractivo joven, inteligente y siempre dispuesto a ayudar, pero ella envidiaba la suerte de aquel. Era un varón, adinerado, estudioso y caritativo, aunque nunca podría olvidar que para Alec, ella era su prima.

Acumuló rencor en su contra porque cuando ella estaba creciendo, pareció estar enamorada de él, aunque Alec solo la trataba con amabilidad y mantenía una distancia que a ella le molestaba. Desde aquel momento, Amelie comenzó a tratarlo de forma poco educada y hasta grosera. Nunca se lo dijo a nadie, ni siquiera al ama de llaves. Ella moriría con el secreto que la alejaba de Alec Sallow.

El cochero que la llevaría a tierras más alejadas, iba entre lágrimas. Amelie no salió más allá de la propiedad en años y no conocía a nadie. Estaba preocupado por ella. Tan inexperta, pero valiente, se atrevía a abandonarlo todo para depender de la caridad de un desconocido, a la de su primo.

—Sé lo difícil que es para usted, señorita Sallow —habló Kate, que estaba sentada junto a Amelie en el carruaje.

Amelie no dejaba de mirar aquello que dejaba atrás.

—Puede recapacitar y quedarse con su primo y la esposa de este.

—Prefiero estar lejos que ver a ese hombre siendo feliz en las tierras que pertenecieron a mi familia. Es todo tan ingrato. ¿Por qué no nací varón? Ser mujer es lo peor que le puede ocurrir a cualquiera. No es suficiente castigo sangrar cada mes. Dios ha dispuesto que no heredemos.

—Señorita Sallow, una golondrina no hace primavera. Usted con sus quejas no cambiará nada a su alrededor.

—Lo sé, solo quiero quejarme, en fin. Dios ha dispuesto que obedezca al hombre, iré para obtener un esposo viejo, rezando cada noche para que se muera y yo pueda ser libre. Varones... ¿quién los necesita si una dama es más inteligente y capaz?

—Usted los necesita, déjeme recordárselo —musitó la criada.

Amelie alzó la nariz. Era caprichosa hasta para admitir que en algo no tenía razón, prefería callar cuando no podía ganar que discutir y que otros argumentos la hicieran pedazos. Ella logró encontrar la paz en aquel traqueteo del carruaje. El cochero consiguió averiguar dónde quedaba la finca del conde de Carlisle.

Kate miraba a Amelie un poco molesta, pues le sugirió que usara uno de sus vestidos, sin embargo, seguía con prendas de hombre y su cabello suelto sin los peinados que usaban las damas. Amelie desconocía por completo sobre la moda. Ella vivía en sus leyes y en su mundo.

Tanto Amelie como Kate miraron la entrada a las tierras del conde. Ambas comenzaron a sentir palpitaciones nerviosas. La incertidumbre de saber si serían o no recibidas, le pesaba a cada una de manera separada.

—¿Y si la ve con esa ropa poco favorecedora? No nos recibirá. ¡Oh, señorita Sallow, siempre echándose tierra por capricho! —reprendió Kate, preocupada.

—Kate, para echarnos debe primero recibirnos. Si no nos recibe, no nos echa.

—Señorita Amelie, qué difícil es razonar con usted.

—Estoy nerviosa, intentando encontrar en mi irreverente cabecita lo que le diré al anciano para quedarme. No puedo pensar en prendas de dama cuando estoy colgando del abismo de la incertidumbre y el quebranto.

—No es la única que tiene pesares, señorita. Allí está la residencia —Señaló con un dedo el ama de llaves que acompañaba a Amelie.

Amelie al ver que la residencia tenía demasiadas cosas malas por fuera, se imaginó lo peor: el viejo conde estaba más arruinado que ella. Antes que él carruaje se detuviera, estaba lamentando estar ahí con esa mala decisión que debía aceptar.

—Kate, si él está en quiebra, igual nos quedamos... —sentenció una vez que el carruaje se detuvo.

Kate bajó primero. El cochero se acercó para tomar la mano de Amelie y que bajará, pero ella estaba asustada dentro del carruaje. Sus uñas quedaron pegadas al asiento.

—Ya baje, señorita Sallow. Está alargando nuestra agonía —pidió Kate que colocó sus manos en la cintura, mientras esperaba a que la muchacha descendiera—. Señorita, todavía puede regresar y esperar a su primo. Considero que estará mejor cuidada por alguien de su familia.

—Aquí estaré bien. Iremos a golpear esa puerta con decisión.

Dentro de la residencia, James estaba sentado en el salón, leyendo un periódico londinense que le llegó por la correspondencia en la mañana.

James escuchó unos golpes en la puerta, esperó a que alguien del servicio se presentara para recibir a quien fuera.

—Si es ese administrador al que despedí, no dudes en usar el arma y reiterar que está muy despedido —pronunció James.

—Por supuesto, milord —aceptó Alfred. Aquel se acercó a la puerta para abrirla.

Al hacerlo, frente a él estaba la imagen de una muchacha de cabellos castaños y ojos verdes, junto a aquella se encontraba la que él creía era la señorita Sallow.

—Lord Carlisle, lamento tener que presentarme en su residencia de esta manera —dijo Amelie, insegura. El hombre que abrió la puerta la miraba sin comprender lo que ocurría.

—Disculpe, ¿quién es usted? —indagó Alfred, mirándola de pies a cabeza. Escrutando la prenda inapropiada que llevaba puesta.

—Excuse mi torpeza. Soy Amelie Sallow, la verdadera... —respondió—. Ella es Katherine, mi ama de llaves.

Alfred observó a quien se presentó ante él como Amelie Sallow en un primer momento, la mujer estaba sonrojada. Él comprendió que tanto aquella muchacha como lord Carlisle hicieron exactamente lo mismo.

—Milord se llevará una gran sorpresa —sopesó el hombre.

—¿Cómo que milord? ¿No es usted el conde de Carlisle? —curioseó Amelie, intrigada.

—Por favor, adelante —pidió Alfred, haciendo pasar a las mujeres dentro de la estancia.

Amelie olió a cosas muy viejas en aquel sitio. Lo primero que su mente de mujer impulsiva consideró fue cambiar las cortinas. Parecían viejas y ajadas.

Alfred las hizo pasar hasta donde se encontraba James con el periódico que cubría su rostro por completo.

—Lord Carlisle, la señorita Amelie Sallow ha venido junto a usted —anunció el sirviente.

—¿La señorita Sallow? —cuestionó incrédulo. Bajó su periódico y se dedicó a observar a quien estaba frente a él.

Una muchacha de ojos grandes, verdes y resplandecientes, se alzó frente a él. Su cabello estaba ceñido en una trenza que no alcanzaba a distinguir el fin. Tenía puestas botas que para

nada eran de una dama y sus ropas eran las de un hombre.

—¿Señorita Sallow? —inquirió sorprendido.

Amelie estaba sin palabras. Lo que sus ojos veían no se parecía a lo que su mente pensaba. Lord Carlisle era un varón elegante y agradable a la vista. Sus ojos aguamarina y su cabello castaño. Sus facciones eran estilizadas. Una nariz pequeña y recta, unas cejas tupidas y sus labios no eran ni finos ni gruesos. Parecía alto, esbelto y bien parecido. Ella no podía siquiera pensar en responder. Aquel hombre era la belleza personificada.

Kate codeó a Amelie para que respondiera, pues todos los que estaban en aquel sitio deseaban saber lo que tenía que decir.

—Sí, soy... Amelie Sallow, milord —respondió, sonrojada. Estaba presa de la impresión. Si creyó que Alec Sallow era agraciado, este lo superaba por mucho. Era el Adonis de la creación.

—¿No dijiste que la señorita Sallow era una mujer de mayor edad, Alfred? —cuestionó James al creer que lo estaban engañando.

—Lo que me temo, milord, es que la señorita Sallow tuvo la misma idea que usted. Hizo pasar a su ama de llaves por ella y yo lo hice por usted —replicó Alfred.

—Qué confusión —interrumpió Amelie—. Le suplico que me disculpe por eso, es que no conozco a muchas personas...

—Yo le debo una disculpa por lo mismo. Lo siento, no tengo excusa, pero quisiera que supiera lo agradecido que estoy con su mentira —dijo James—. Usted tiene mis más sinceros agradecimientos. Me pongo a su disposición para lo que requiera.

—Al parecer hice bien mintiendo en esta ocasión. Sobre sus sinceros agradecimientos es que deseaba conversar... —alegó mientras bajaba la cabeza como una tímida damisela.

Kate no podía creer lo que veía. Sus ojos parecían engañarla, Amelie Sallow parecía una inofensiva y delicada paloma con aquella actitud.

—Lo que usted requiera, estoy a su disposición. Siéntese para contarme, por favor —pidió James señalando un sillón—. Alfred, ordena un té para la señorita Sallow.

—Por supuesto, milord.

Amelie se sentó en el cómodo sillón y observó al conde que de la misma forma tomaba asiento, prestando atención a la muchacha.

—Quisiera pedirle un favor, que según usted refirió, puedo solicitar —musitó Amelie, apretando sus dedos con fuerza.

—Lo que sea y que esté dentro de mis posibilidades, se hará —replicó esperando a que ella dejara el rodeo y hablara de una vez.

—¿Puede usted acogerme en su residencia?

Capítulo 11

James movió un poco la cabeza para saber si oyó bien. ¿Amelie deseaba quedarse en su casa?

—¿Qué ha dicho? —preguntó, impresionado.

Alfred se acercó con la bandeja del té. Escuchó lo que había dicho ella al conde y, por supuesto, deseaba seguir oyendo sobre todo ese asunto.

—Si puede darme asilo en su casa... —repitió.

—Disculpe, señorita Sallow, es que soy un desconocido y me impresiona lo que me dice. ¿Por qué necesita un lugar donde vivir si Alfred me dijo que la casa de usted era casi un lujo?

—Es una larga historia que le puedo contar si gusta.

—Necesito escucharla.

—Se lo haré corta. Mi madre murió hace mucho tiempo, por lo que mi calvario comenzó con la muerte de mi hermano en una de las batallas con las tropas de Napoleón. Mi padre murió al poco tiempo y me quedé sola...

—Una mujer no puede quedarse sola —interrumpió James.

—Lo sé, ser mujer no es algo muy agradable en Inglaterra, milord.

—Supongo que tiene algún pariente.

—Sí, lo tengo. Alguien que no me quiere y que me echará de la que siempre fue mi casa. Me obligará a casarme con alguien a quien quizá no tolere. Durante más de un año oculté la muerte de mi padre, porque cuando el administrador lo supo, me dijo que no podía estar sola, que debía avisarle a mi primo o que debería casarme...

—Es ahí donde aparecí yo —dijo James, sin perder de vista a Amelie.

—Lo hice por mi bienestar. Kate me dijo que no podría sostener mucho tiempo esa mentira, y cuando usted apareció supe que era de esa manera. Tuve que hacerlo, la necesidad me impulsó. ¿Sabe lo que se siente perderlo todo, desde su familia hasta el lugar que lo vio nacer? —interpeló esperanzada de que aquel pudiera comprender su actuar.

—Han muerto todos mis familiares, señorita Sallow. Al igual que usted estoy solo, Alfred es mi único compañero, amigo y confidente.

—Entonces me entiende a la perfección —musitó cargada de aliento para que él la acogiera.

James observó a Alfred para que lo aconsejara porque no se le ocurría alguna buena idea para decirle a Amelie. En unos meses esperaba la visita de la viuda y aquella muchacha no sería bien vista por la candidata a esposa que se propuso.

Alfred descendió hasta el oído de James para darle su consejo.

—Estamos buscando un ama de llaves y una doncella, milord —susurró al oído de su patrón.

—¡Oh, sí! —expresó aliviado. Era cierto que todavía no cubrieron las vacancias para la servidumbre.

Amelie y Kate miraban con atención a ambos hombres. Esos susurros le resultaban desagradables a Amelie, que desconocía lo que pudieran aquellos estar compartiendo sobre ellas.

—Señorita Sallow, se puede quedar. Si no le ofende, tomara un puesto en el servicio.

—¡En el servicio! —exclamó Kate, mareada. De ninguna manera su querida señorita Sallow sería parte del servicio de nadie—. La señorita es una mujer respetable, miembro de una familia de muchos recursos, es un insulto que le ofrezca ser parte de la servidumbre —continuó reclamando.

—¿Parte de la servidumbre? —preguntó ofendida, aunque menos que su criada—. ¿Es lo que vale mi buena obra? Ser la criada… le pido que lo reconsidere.

Él volvió a dirigir su mirada a Alfred, que hizo lo mismo que antes para darle otro consejo.

—No se me ocurre nada, milord. Es una oportunista.

—Estaba pensando en…

—Lamento interrumpir esos cuchicheos poco educados —dijo Amelie—, parecen mosquitos pitando en los oídos. Si me permite una sugerencia, podría tomarme como su esposa…

Tanto el patrón como el sirviente, miraron atónitos a Amelie. James se dedicó a observar a la joven que si bien no era fea, no era femenina como a él le agradaban. Tampoco sería digna de hacerla lucir en un salón. Con aquella ropa de hombre y casi oliendo a caballo, Amelie Sallow no podía convertirse en lady Carlisle ni por un error de la naturaleza. Él no debía decir aquello con duras palabras. También fue una tremenda tontería ofrecerle ser del servicio, siendo ella una mujer que regentaba su lujosa casa sin ayuda de una madre o un familiar masculino.

Su mente comenzó a pensar con prontitud para responder a lo que ella decía.

Amelie esperaba que le dijera que sí. Sería tan afortunada de casarse con aquel adonis, por él sería capaz de todo. No le gustó que le ofrecieran el puesto de sirvienta, pero como él dijo que estaba dispuesto a cualquier cosa por agradecimiento, decidió arriesgarse y pedir que se casaran.

—Señorita Sallow, lamento informarle que espero a mi futura prometida para el invierno. Sin embargo, puede usted ser mi pupila y para ello deberá comportarse correctamente y vestir como lo requiere una dama.

—Está bien —aceptó sin dilación y sin discusión. Era eso o vivir con Alec Sallow, su adorable esposa y su hijo en camino. El conde de Carlisle todavía parecía ser un niño de pecho, pues no recordaba que ella era capaz hasta de inventarse un prometido. Lo malo era que él ya estaba comprometido tan pronto con otra mujer—. Me agrada la comodidad de la camisa y un pantalón de hombre, es muy bueno para trabajar en el campo.

—Señorita, usted no necesitará trabajar en el campo —aclaró James con premura.

—Oh… —enunció confundida—. ¿Entonces qué haré durante todo el día?

—Lo que hacen las damas de su edad. Bordar, leer, escribir cartas, beber té, juntar flores… y eso último es lo más cerca que estará del campo. Ahora Alfred le mostrará sus aposentos. ¿No le molesta que su ama de llaves sea la mía?

—Por supuesto que no. No tengo para pagarle a Kate, ha venido porque es fiel a mí, pero le aseguro que es la criada más eficiente de todas —declaró.

—Por favor, señorita Sallow, sígame, y usted también, señora… —habló Alfred, refiriéndose a Kate.

—Katherine Brown —replicó Kate con prontitud.

—Señora Brown, después le mostraré su lugar dentro de la casa. Las habitaciones para los criados son muy cómodas.

Amelie siguió a Alfred en silencio. Él la guiaba por la segunda planta de la residencia hasta llegar a una habitación. El hombre del servicio abrió la puerta y frente a ella, estaba un cuarto sobrio y con una vista hermosa de la propiedad. Las ventanas eran enormes y le dejaba ver el panorama completo.

Ella recorrió la estancia y casi nada le resultaba agradable.

—Quizá tengamos que cambiar las cortinas como las que teníamos en casa, Kate —mencionó Amelie a su criada.

—Opino lo mismo, señorita Sallow —secundó la mujer.

—El conde de Carlisle debe aprobar cualquier cambio que usted desee hacer en su habitación —comunicó Alfred, respetuoso—. Le sugiero que tal como desea variar la cortina, cambie sus vestiduras, no son dignas de la pupila de un conde.

—Pues me pondré unos pantalones nuevos. ¿A qué hora sirven el desayuno, el almuerzo y la cena? —cuestionó Amelie, que no estaba contenta por lo que le sugirió el mayordomo.

—El desayuno es a las diez, el almuerzo a las dos de la tarde y la cena a las nueve de la noche.

—¿Tan tarde se sirve la cena?

—Si tiene una objeción, converse con lord Carlisle. Fue él quien dispuso esos horarios.

—Gracias. Pida que suban mis baúles.

—Espero que traiga vestidos y muchos libros. Acompáñeme, señora Brown. Le mostraré su lugar y le daré instrucciones sobre cómo llevar esta casa.

—Volveré para ayudarle a guardar sus prendas en el armario, señorita Sallow —avisó Kate, siguiendo a Alfred.

—Sí.

Alfred carraspeó su garganta para que Kate la siguiera y así dejar sola a Amelie.

Ella comenzó a acariciar los objetos que estaban en la habitación y esas estaban con una densa capa de polvo. Por algo necesitaban una doncella. Abrió la ventana y ventiló la estancia que estuvo cerrada por quien sabe cuánto tiempo.

Algunos muebles tenían sábanas blancas que los cubrían. Se notaba que nadie estuvo hospedado en esa casa por años. Estaba ligeramente preocupada por las finanzas del conde. Tenía que hacer algunas averiguaciones durante la hora de la cena que se haría esperar demasiado.

En la planta inferior de la residencia, James pensaba en qué hacer con su pupila caída del cielo. Amelie Sallow era alguien acostumbrada a manipular las cosas a su antojo. Él consideraba que sería la excepción, no sabía si lady Seaford estaría de acuerdo con una muchacha joven y bonita viviendo en su casa. Lo más probable era que cuestionara su presencia en esa casa siendo ambos solteros. Debía trabajar con Amelie en la idea de que ella debía casarse en los próximos meses, ¿pero cómo hacerlo sin que no le diera vueltas al asunto? Ella no parecía ser alguien que gustara de reglas establecidas, pero debía acostumbrarse a que no estaba en casa de ella, sino en la de él.

Capítulo 12

A Amelie le rugía el estómago como una fiera. Mirando por toda aquella habitación esperando a que Kate se acercara. Recordó que media hora atrás le sirvieron un té en el salón donde estuvo con James. ¿Habría algo de malo si regresaba para beberse un té frío y unas galletas crujientes? El hambre le dijo que no había nada malo.

Ella descendió, sigilosa. En el salón seguía el conde leyendo un periódico, parecía muy concentrado que no se fijó en que Amelie estaba a punto de sentarse frente a él. El té estaba frío como lo suponía y las galletas tenían una apariencia apetecible y crujiente.

Se sirvió el té sin dilación y se lo llevó a la boca, no sin antes devorarse con la mirada al atractivo conde de Carlisle. Recostó un poco su figura en el sillón y se acomodó con la taza en la mano. El brazo libre lo colocó en el espaldero y su mano la usó como sustento de su cabeza. No podía dejar de admirar su belleza. Era perfecto. Perdió su tiempo con Alec Sallow, sufrió por él, pero con el conde no ocurriría lo mismo, él estaba comprometido y con su prometida en puerta. Hubiera sido ideal que él aceptara el falso compromiso. Estaría encantada de ser la dueña de todo aquello. Le ayudaría a solucionar los problemas de esa residencia.

Amelie se llevó la crujiente galleta a la boca entre suspiros por mirar al que la tenía de pupila.

James escuchó como si una vaca estuviera masticando muy cerca. Levantó la vista y frente a él estaba sentada Amelie. Lo hacía con las piernas cruzadas y su esbelta figura extendida en su sillón. Así no se comportaba una dama.

—¿Todo bien, señorita Sallow?

—Más que bien. Tenía hambre y recordé el té. Quería hablarle sobre la habitación.

—¿Tiene algún problema con ella?

—Sí. Las cortinas son lúgubres, hay mucho polvo y los muebles son anticuados.

James bajó el periódico sobre su regazo. A él le agradaba esa propiedad como se encontraba.

—Me agradan los muebles, señorita.

—A mí no —replicó.

—Hagamos algo, usted se resigna y asunto solucionado. Esta casa perteneció a mi abuelo, todo se quedará de la misma forma.

—Al menos déjeme cambiar las cortinas. Dormiré en ese sitio. Puedo hacer carpintería para modificar algunas cosas que no me agradan. Le sugiero una doncella. ¿Puedo buscarla yo?

—Búsquela —concedió.

—Se la conseguiré hoy mismo. Iré a sus caballerizas para partir.

Él carraspeó su garganta al ver que ella se levantó para partir.

—Señorita Sallow, siéntese —mandó.

Ella obedeció y sonrió al sentarse otra vez. A James le centelleaban los ojos y Amelie no sabía la razón, solo le encantaba verlo.

—Lo hará mañana con calma y en un carruaje. Los caballos de nuestras caballerizas no son aptos para llevarla a ningún sitio.

—No puede ser posible que no tenga caballos fuertes en sus cuadras. Iré a ver —se volvió a levantar.

—Siéntese —dispuso James, otra vez.

Esta vez ella se sentó, pero con un mohín de capricho. Estaba enfurruñada.

—Usted debe descansar. Escríbales cartas a sus amigas. Mañana hará la diligencia de buscar a alguien. Le pediré a mi nueva ama de llaves que limpie por mientras su habitación.

—Su criado la tiene ocupada. Alfred me dijo los horarios de comidas en la casa.

—Supongo que usted lo comparará con el de su casa. Recuerde que está en la mía.

—Sí, estoy en la suya, pero las nueve es un horario extendido. ¿No podemos cenar a las siete?

—No.

—Está bien. Meditaré qué hacer tanto tiempo despierta. Hay mucho que hacer. Recorrer la propiedad y los límites en busca de...

James suspiró sonoro. Amelie no comprendía que ella ya no estaba en sus tierras.

—Usted no necesita despertarse temprano, podrá dormir hasta el desayuno.

—¡Pero qué haré tanto tiempo durmiendo!

—Solo lo compensará con dormir tarde.

—En invierno tendremos poca luz del sol, es... —quiso discutir, pero James colocó el periódico otra vez en su rostro. Suponía que aquello significaba que no había más que decir. Él no la dejaría hacer nada.

Él se escondió tras aquellas hojas. Si seguía por ese sendero, Amelie le sacaría de sus casillas. Estaba intentando encontrar una solución para todos sus problemas, y en lugar de que se resolvieran le cayó uno más de la nada. Sumaba en lugar de restar. Al menos con la búsqueda de la doncella podría tenerla distraída. No sabía en qué más podría perseguirlo para hacerle la vida dificultosa. Llevaba menos de un día con él y ya se le hacía difícil pensar en un futuro conviviendo con esa pupila.

Cuando Amelie se dio por satisfecha con el té y las galletas se levantó igual que como llegó, sin embargo, James sintió un alivio instantáneo al verla partir.

Alfred se acercó para llevar la bandeja del té.

—Dime que no hice mal al tomar a Amelie Sallow como mi pupila —dijo esperando consuelo por parte de su empleado.

—Lo siento, lord Carlisle, pero usted ha pactado con el diablo. Esa mujer es una alimaña acostumbrada a mandar y a hacer su voluntad. Según pude averiguar por medio de esa nueva criada; que no está muy lejos de ser igual a su patrona, le puedo decir que ha metido a un problema sin faldas en su casa —comentó mirando a cada lado antes de decirlo.

James tragó saliva por la forma tan lúgubre en que contaba aquello Alfred.

—¿Qué más pudiste averiguar? —inquirió James, inquieto, moviéndose en su asiento.

—Ella querrá poner su casa de cabeza. La señorita Amelie está acostumbrada a gastar dinero.

—Es pobre con ínfulas de rica.

—Es rica, pero pobre. Se entiende que no tiene dinero, pero sí una dote que tiene en sus manos el administrador y se la entregará al primo de nombre Alec Sallow.

—¿Cómo te ingenias para conseguir tanta información, Alfred?

—Soy amable como una almohada y tengo un rostro confiable. No es por halagarme, pero soy de fiar hasta para un extraño.

—Espía a esa señorita Sallow, quiero saber qué trama en mi propiedad.

Amelie regresó a la habitación y encontró a Kate abriendo sus baúles.

—Señorita Sallow, ¿y los vestidos que le coloqué en los baúles?

—¿Cuáles? ¿Los que usaba cuando tenía catorce años?

—Pues eran los únicos que poseía.

—Deja de llorar por los harapos. Mi hermano y mi padre ya no necesitan estas prendas y yo sí. Presiento que en esta propiedad podré hacer muchas cosas. Mañana saldré a recorrer todo. Creo que esto debe ser una finca productiva. Lo digo porque miré por la ventana y a lo lejos vi pequeñas edificaciones que quizá fueran de arrendatarios. Hay una posibilidad de que pueda

continuar en este lugar con mi obra del campo.

—Ay, señorita Sallow. En ocasiones pienso que es sorda. El conde le dijo que lo más cerca del campo que estaría será para recoger flores.

—Patrañas. Este conde tan atractivo —suspiró al decirlo—, no puede tener el corazón tan duro para negarse a mis pedidos. Lo convenceré.

—Al menos si utilizara los artilugios de las damas convencionales, estaría tentada en creerle que así será. Sin embargo, usted de encantadora no tiene nada, y por eso no quiso casarse.

—No veo nada malo conmigo. Soy hermosa, trabajadora y fuerte.

—Los caballeros no gustan de eso. Mientras más frágiles sean y vistan como graciosas mariposas, ellos las adoran. Ya se dará cuenta.

—Él se pierde de una excelente esposa. Lo único que nunca le daría son dolores de cabeza.

—Lamento disentir con usted, pero es lo que más le dará al hombre y no hace falta que sea su esposa. Sospecho que no se ha dado cuenta de lo que metió bajo su techo.

La criada fue quitando cada prenda para colocarla en el guardarropa de la habitación.

—Mañana iré a las caballerizas. ¿Cómo Amelie Sallow no puede montar un caballo? —decidió, autoritaria—. Y también buscaré a una doncella, pero lo haré a caballo, como una Sallow.

Kate continuó sacando más prendas masculinas. Estaba convencida de que al conde no le agradaría saber que la persona que habitaba su casa solo llevaba consigo ropa de hombre.

Amelie después de continuar con sus desvaríos de lo que podría hacer en aquel sitio; que no era suyo, ayudó a Kate a terminar el trabajo. A ella no le molestaba hacer las labores de la servidumbre, de un mozo, del jardinero y hasta de la propia gallina si de ella dependiera. Toda actividad era excelente para su vida. No podía estar ociosa, aborrecía pensar en siquiera considerar las aseveraciones del conde de Carlisle para que ella se quedara en la residencia y ser como una dama hueca y estúpida. Amelie era una mujer útil y real, no un adorno, al menos se sentía de esa forma.

Capítulo 13

Cuando llegó la hora de la cena; que a ella le pareció eterna, Amelie tenía mareos y unos terribles retortijones por el hambre. Eran las nueve de la noche y se le hacía imposible resistir más el apetito.

Bajó corriendo las escaleras para sentarse en la cabecera desocupada de la mesa.

James solo sintió que un vendaval lo refrescó con aroma a caballo.

—¿Señorita Sallow? —indagó James al ver que ella estaba acomodada en la cabecera de la mesa. Para la suerte de la muchacha no estaba en su lado, de lo contrario, la hubiera expulsado, aunque seguía siendo impropio que ella estuviera sentada en ese lugar.

—Tengo mucha hambre. ¿Sabe lo que es esperar tanto para comer? —reprochó sosteniendo la boca de su estómago y soportando los ruidos que aquella fiera hacía.

Alfred sirvió la cena a los comensales que se encontraban en la mesa. Amelie casi le arrebató la bandeja de los panes, pero él la golpeó en la mano para educarla. Aquella no tenía paciencia.

Apenas pudo tener la comida a su alcance, se apresuró a comer. Amelie lo hacía como un animal que no consumió en mucho tiempo.

James quedó impresionado por los impresentables modales de Amelie.

—Coma despacio, señorita Sallow —mandó James, incómodo.

—No puedo, está delicioso. Es imposible dejar esto —replicó con la boca llena. Se golpeó el pecho para que la comida pasara deprisa y poder llevarse un bocado más grande que el último.

—Tiene un día en mi casa y... —trató de componerse y ser educado—, no he visto educación de su parte y usa ropa de hombre.

—Es que no he sido educada —confesó otra vez hablando con la boca llena. Acompañó aquellas palabras con un gran trago de agua de la copa que estaba al lado—. Prefiero la ropa cómoda.

—¿Cómo que no ha sido educada? —interpeló James, sorprendido.

—Hay algunas cosas que son evidentes, milord —interrumpió Alfred.

—Pero es que viene de un lugar donde hay recursos, ¿por qué dice que no fue educada?

—¿Es necesario que lo responda en este instante?

—Sí —respondió James, interesado.

—Oh, qué molesto —rumió teniendo que dejar sus cubiertos en el plato—. Mi padre, el señor Sallow, me amaba mucho. Un día le dije que no necesitaba lecciones para ser una dama, le pedí que despidiera a la institutriz. Era una mujer muy mala y espero no encontrarla jamás.

—Ella debe estar pensando lo mismo —profirió James, que interrumpió el relato.

—¿De qué me serviría ser una dama refinada si estaba durante todo el día en el campo? Los vestidos son muy incómodos y...

—Son propios de una dama —volvió James a interrumpir.

—Para las damas que usted conoce. Yo soy una mujer trabajadora y justa. Dejemos de hablar de cosas de mujeres como la vestimenta y la educación. Mejor charlemos de su propiedad.

—¿Qué puede saber una mujer sobre fincas?

—Mucho más que usted, por supuesto —alegó confiada.

James colocó una sonrisa irónica en su rostro. Amelie Sallow era una mujer que no se dejaba amedrentar, aunque también una que desconocía por completo su lugar en la sociedad.

—Me está divirtiendo, señorita Sallow —musitó James, burlón. Se llevó la copa de vino a la boca para mojarse los labios antes de mofarse de ella.

—¿Y qué le divierte, lord Carlisle? Puedo llevarle hasta sus libros contables.

—Usted rechazó a una institutriz... ¿qué sabe de asentar ingresos o gastos?

—Lo sacaré de su error —alegó con el mismo tono burlón que él usaba para rebajarla. Estaba muy acostumbrada a esa forma en la que se dirigían a ella sin entrar a conocer sobre lo que podía o no hacer. El conde de Carlisle le parecía un completo fanfarrón. La llevaba a la conclusión de que podía odiarlo un poco o más que al propio Alec Sallow—. He tenido cinco institutrices. Todas me enseñaron algo. Contar números, escribir letras y leer libros, no son conocimientos que me sean ajenos. Aprendí a distinguir lo importante de lo que no lo es. Que me enseñen a tomar el té es algo frívolo y carente de importancia alguna.

—Es importante que sepa lo necesario para defenderse, señorita Sallow. El mundo al que usted llama tan a la ligera como: frívolo, es lo que le da la oportunidad a su familia de ubicar sus cosechas, ¿no es así? Las buenas relaciones, no son frívolas, son importantes.

—Cambie mi modo de pensar. Kate ha estado desde que mi hermano nació hasta hoy con nosotros y no logró convencerme. ¿Por qué lo haría usted?

—Porque ahora vive bajo mi techo, soy un hombre refinado y usted debe comprenderlo. No conseguirá un matrimonio de esa manera.

—¿Y quién le dijo que quería casarme? Si le hice el ofrecimiento para que me tomara como esposa, fue como una retribución a su buena voluntad para con mi persona, sin embargo, no es más que una salida interesante a que me dejara como una doncella.

James deseaba hurgar en la mente de Amelie. Era una mujer extraña y poco convincente, caprichosa y aprovechada. En ese instante compartían la casa y quería que fuera solo algo temporal. En realidad no deseaba que la viera su querida condesa viuda, aquella tan elegante e inteligente que destrozaría a Amelie viniendo los modales de la muchacha.

—Tendrá que comportarse, señorita. Recuerde que es algo así como una pupila. Las pupilas casi son un reflejo de quien las acoge —advirtió James a la poco entendida Amelie.

—No quita que tengo razón. —culminó la muchacha llevando sus hombros hacía atrás para recostarse en la silla.

Alfred, el mayordomo, hacía muchas conjeturas. Él era un hombre experimentado, acompañó a cada conde de Carlisle durante sus mejores años. Ninguno de aquellos nobles de cuna se había encontrado con una muchacha tan burda como Amelie Sallow. Miraba a James y a la mujer mientras ellos acababan su cena en silencio; al menos el conde, pues Amelie no era tan pudorosa como un preparado caballero.

—¿Gusta pasar a beber en el salón, lord Carlisle? ¿Brandi, coñac, vino? —preguntó Alfred cuando vio a James acabar su cena.

—Sí, Alfred. Beberé brandi. ¿Usted se irá a dormir, señorita Sallow? —inquirió James deseando al menos escuchar sus pensamientos porque ella era perturbadora. No deseaba que lo siguiera, pero su educación no le permitía dejar sola a una dama, aunque ella de dama solo ostentaba el título de mujer.

—No, pero iré por un momento a la habilitación y lo alcanzaré en su biblioteca. Alfred, beberé brandi con milord —dijo Amelie, levantándose de la mesa sin esperar a que Alfred alejara la silla.

Amelie se retiró hacia sus aposentos sin siquiera hacer una reverencia al conde al que dejó atrás.

—¿Le dije que me arrepiento de que usted huyera de su compromiso con lady Cerdita? Supongo que un poco menos de masa a la hora del té hubiera sido la solución al problema de su peso, milord —musitó Alfred, acercándose a James para ayudarlo a retirar la silla de la mesa.

—Supongo que lo dices por los modales de Amelie Sallow. Es del campo, no me sorprende. Cinco institutrices, Alfred, fueron cinco y ninguna obró un milagro con ella.

—¿Qué le parece una sexta víctima?

—No la aceptará.

—Escuche, lord Carlisle, esa muchacha es un... problema, uno muy grande del cual se tiene que deshacer para el invierno cuando lo visite milady. No puede sentar a dos mujeres tan distintas en una misma mesa. La señorita Sallow debe irse y mejor si lo hace casada. Sin educación no tendrá un matrimonio ventajoso y se convertirá en una carga y su agradecimiento será un eterno calvario.

Las palabras de su mayordomo y consejero, le resultaban fatalistas y hasta desalentadoras, pero muy ciertas. Amelie era un gran inconveniente en sus planes para contraer matrimonio si Emeline posaba sus ojos en ella.

James y Alfred se dirigieron a la biblioteca para esperar a Amelie que debía regresar en un momento.

***

Amelie fue hasta su habitación. Buscó un camisón de algodón entre sus prendas. Era lo más parecido que tenía a un vestido. Sentía sueño por el cambio de su hora, así que se lo colocaría ante cualquier ataque de sueño que tuviera. Probablemente fuera más simple quedarse en la habitación a descansar en tranquilidad, mas se perdería el deleite de observar a ese caballero. Hombres así no se veían todos los días, aunque ella si permanecía en aquel lugar por mucho tiempo, lo lograría. Se imaginaba que estar cerca de él sin esperar nada sería un sufrimiento, aun así, aceptaba los designios del destino.

Cuando abandonó la habitación lo hacía vestida como un espectro blanco que se paseaba por una mansión antigua y que olía a más antiguo. Al momento de llegar al último escalón, miró hacia ambos lados; derecha e izquierda, para saber cuál tomar. No conocía la residencia por completo. Pensaba conocer lo necesario al día siguiente. En ese instante debía arriesgarse para ir en la dirección correcta.

Con decisión, alzó la barbilla y cogió la derecha. Quizá en poco tiempo se convirtiera en una experta para percibir el aroma del perfume que usaba el conde y llegar a él de esa manera.

Aquel lugar tenía muchas habitaciones para huéspedes en la planta superior y otras dependencias variadas como salón de juego, biblioteca, despacho, sala de música, de costura, del té, de arte y otras que no alcanzaba a dilucidar por la penumbra en la que iba por los pasillos.

Cada puerta que probaba era un error hasta que consiguió la correcta. Observó que James estaba sentado muy cerca de una lámpara. Él tenía un libro en una mano y en la otra una copa de brandi. A ella le resultaba tan atractivo que suspiró al percibir aquella sensualidad de su porte señorial que emanaba de su personalidad. Aquel era un varón diferente y refinado, como él mismo lo dijo. Quizá ese fuera un encanto suyo. Cuando miró a un costado muy cerca de James, se encontraba Alfred, limpiando un vaso, que ella imaginó, le correspondería.

—He vuelto —avisó desde la puerta.

Alfred fue el único que le prestó atención a Amelie y notó que estaba inapropiadamente vestida para acompañar a un caballero.

—Señorita Sallow, usted...

—Sírvame una copa, Alfred —mandó. Había interrumpido al mayordomo que la criticaría.

—Alfred, es mejor jerez para la dama. El brandi es para los caballeros —resaltó James sin abandonar su lectura. No levantó la vista para observar a Amelie.

—Sí, milord —acató el mayordomo queriendo limpiar una copa para el jerez.

—Beberé brandi como un varón. ¿No puedo beberlo o teme que yo lo supere hasta bebiendo brandi? —interpeló insidiosa.

—Alfred, sírvale a la dama lo que pida.

—Iré por una botella de brandi al almacén, milord. Queda muy poco en esta —informó sin perder de vista a Amelie y su inapropiada prenda.

Alfred salió de la biblioteca y Amelie se adentró para servirse sola el brandi. La botella con el líquido ambarino se encontraba muy cerca de la lámpara que reposaba en el escritorio.

James escuchaba como aquella muchacha se sirvió la bebida y bajó la botella con violencia. Además, oyó cómo el líquido pasaba por la garganta de Amelie a gran velocidad. Él cerró los ojos por la molestia. Después los abrió para observar con reproche a su acompañante.

—Esto no es una taberna, señ... —No pudo culminar con sus palabras, pues aquellas transparencias que la cubrían no podían pasar desapercibidas por él. Bajo aquellas telas se notaban unos pezones erguidos y de un tamaño que perfectamente se ajustaría a su mano.

Capítulo 14

Él tragó saliva y desvió su mirada para no pecar en la indiscreción, aunque antes de hacerlo, la estudió casi por completo. Su entrepierna le hacía cosquillas al tener a una mujer tan cerca, pese a que esa muchacha más se parecía a un hombre rudo y de escasos modales.

—Esto es fuerte —chilló sintiéndose acalorada por haber bebido el alcohol de aquella forma. Para ser su primera vez con un trago de brandi, le sentaba muy bien.

James no pudo evitar regresar sus ojos a la figura que se alzaba frente a él, cubierta con poco éxito por una delgada tela. Al menos pudo darse cuenta de que Amelie no era un hombre, sino que tenía forma de mujer, y de una muy esbelta.

Amelie recorrió la biblioteca de un vistazo. Le recordaba a la de su padre. Olía a libros olvidados y polvorientos. ¿Qué le podía gustar a él de ese sitio? Se sirvió otro trago sin dilación.

—¿No tiene aquí sus libros contables? ¿Los lleva su administrador? Considero que su finca es una que produce alimentos, ¿o me equivoco? He visto a lo lejos los tejados de lo que quizás sean arrendatarios.

Ella esperó una respuesta y no la consiguió. Aquel caballero la miraba, pero no le respondía.

—¿Los libros, lord Carlisle? —insistió.

—Tiene los que gusta aquí. Elija —replicó sin comprender lo que ella le pidió. Estaba distraído, imaginando lo que había bajo esa tela.

—No quiero libros rancios. Deseo los contables —explicó colocando uno de sus dedos para bajar el libro que él tenía frente a su rostro, dejándola solo ver los ojos de James.

A él se le liberó el panorama. Tenía a una mujer curvilínea y excitante exhibiéndose frente a sus ojos. ¿Qué hombre no aprovecharía el momento para ver mejor? ¿Le hacía daño dirigirle unas miradas libidinosas? Tenía mucho tiempo tensionado por las batallas napoleónicas que esa mujer lo estaba distrayendo por un par de minutos al menos.

—Supongo que... quizá estén en aquel estante —señaló al mueble que estaba frente a él—. Son muy viejos...

James mintió sobre los libros contables. Ninguno estaba en aquel sitio. Se encontraban en el despacho. Quería mirar más de ese cuerpo que desfilaba frente a él.

Ella le dio la espalda para ir a buscarlos, sin embargo, no encontró nada. Se sintió decepcionada.

La puerta se abrió y Alfred regresó con una botella nueva. Observó a James que no le quitaba los ojos a la muchacha que estaba a poco de ser desnudada por la mirada del joven conde. Al mayordomo le sorprendió encontrar la botella vacía. Su patrón bebía despacio. El vaso en la mano de Amelie delataba que fue ella en su fase de tabernera.

—¿Le sirvo más, lord Carlisle? —preguntó al distraído conde.

—Sí, y también sírvele más a ella —pidió señalando a la muchacha con un gesto de la cabeza.

—No hay libros contables aquí —dijo extendiendo su vaso hacia Alfred para que lo llenara.

—Señorita Sallow, debería irse a dormir, ya está vestida para tal fin —aseguró Alfred esperando a que tuviera la decencia de retirarse. Estaba calentando a su patrón de una manera indiscriminada.

—Siempre voy vestida de esta manera en casa por si me quedo dormida revisando papeles.

—Le recordamos que no está en su residencia y el conde...

—Alfred, sírvele más a la señorita Sallow —interrumpió a su mayordomo. Echaría a perder sus planes de seguir viendo a una mujer por más que se tratara de una poco educada.

Amelie se llevó el trago a la boca y le sonrió a Alfred.

James hizo lo mismo que Amelie y exigió a su mayordomo que le llenara el vaso.

—Ve por un libro contable del despacho, Alfred —mandó James. Debía mantener a esa mujer ocupada para que se quedara ahí—. Olvidé que los libros estaban en el despacho.

Alfred no alcanzaba a comprender lo que deseaba James, aunque imaginaba que él deseaba embriagarla para quizá acariciar a la joven sin resistencia.

—Por supuesto, milord —replicó para que llenara el cristal que estaba en su mano con más líquido ambarino.

En el instante en que Alfred salió. Amelie; con otro vaso cargado, recorrió la estancia buscando polvo. Su dedo índice no dejaba de tocar lo que había a su alrededor.

James no podía desviar sus ojos de ella. Tenía aún su libro en la mano. Le ayudaba a fingir demencia ante la situación, aunque como un depravado observaba a la muchacha caminar, mientras remojaba sus labios en brandi. Nadie tenía una vista más privilegiada que la suya.

—Aquí está el libro —informó Alfred que regresó muy presuroso a la biblioteca. Le entregó aquello a Amelie que le volvió a sonreír con un ápice de delirio en la curvatura de su boca.

Ella cogió el libro con emoción. Lo abrió sin dilación y se fijó en el año.

—Es un libro de hace casi veinte años —resaltó al acercarlo a la lámpara que estaba ubicada sobre el escritorio.

—Estudio los libros viejos de mi abuelo. Esta era su propiedad más querida —alegó James, dejando el compendio a un lado.

El mayordomo se acercó para hacer lo convencional con James: aconsejarlo.

—Milord, si me permite decirle que la señorita Sallow no se encuentra con la vestimenta adecuada para acompañarlo.

—No me importa en este momento. Es mejor que te retires por una hora, quizá —habló James sin prestarle atención real a las advertencias del mayordomo.

—¿Qué está pensando hacer?

—Mirar. Es una mujer y yo la voy a mirar con descaro. No siempre un conde es tan afortunado sin salir de su casa y sin pagar.

—Usted pagará esto con más que unas monedas, se lo advierto.

—Mi abuelo no estará retorciéndose en su tumba, él era un truhan. Debe estar orgulloso. Vete ya, Alfred, me distraes.

—Así es como extravían el camino y después el mayordomo tiene que estar solucionando todo —se quejó el viejo sirviente con una reverencia antes de salir.

James se levantó del sillón y cogió la botella que Alfred dejó en la biblioteca para que la compartiera con aquella mujer. Él se acercó, se colocó al lado de ella y se sirvió una copa.

—Esa es la letra de mi abuelo. Podrá ver cómo con los años fue perdiendo la habilidad para escribir. La mano le temblaba con frecuencia —Hizo a modo de comentario antes de tragar su brandi con premura.

—La letra de mi padre no tenía un solo error. Cuando comencé a llevar los libros contables, me di cuenta de que mi letra no era tan bonita. Quizá me faltó práctica.

A medida que Amelie se bebía el vaso que él le llenaba con una escandalosa frecuencia, ella más mareada se sentía. Reía sin parar por cualquier detalle del libro. La bebida la desinhibió por completo.

—Aquí están las letras que el viento se llevó —dijo Amelie y se carcajeó sin decencia frente a James que estaba menos mareado que Amelie, aunque seguía su mismo camino a estar embriagado.

—Esa es la letra del administrador que le robó a mi abuelo.

—¡Yo también me robé! —comentó colocando una mano en el pecho de él.

Ese acercamiento que propuso Amelie de manera inconsciente hizo que James se tomara atribuciones indebidas. Dejó su vaso en el escritorio y colocó ambas manos alrededor de las estrechas caderas de ella. Subió y bajó acariciando sus formas con paciencia. La acercó a su endurecida pelvis y esperaba que ella no se escandalizara.

—Cuénteme, señorita Sallow —ordenó con voz sensual.

Amelie sentía ese contacto extraño y satisfactorio. Era la segunda ocasión en que estaba muy cerca de un hombre. Alec Sallow la rechazó en una ocasión similar cuando visitó la residencia de ella un par de años atrás y en aquel entonces había decidido obtener un beso de su primo. Él huyó despavorido y le dijo que era inapropiado, que casi eran hermanos. Al día siguiente partió y sus visitas se convirtieron en esporádicas y muy respetuosas. Esa noche no perdería la oportunidad de alzarse con un beso de ese hombre aristócrata que se aferraba a su cuerpo sin disimulo.

—Guardé dinero por si lo necesitaba, para una soltería tranquila, sin embargo, fui descubierta en mi fechoría. El administrador me descubrió por los libros —confesó con picardía—. Tampoco me convertiría en una solterona rica, fue poco lo que pude sacar. Fracasé como ladrona de dinero, pero quizá no tenga la misma mala fortuna en esta ocasión y pueda robar algo de usted...

Él rio con igual picardía que ella. Amelie le miraba los labios con insistencia, deseaba besarlo y James no tendría resistencia alguna. Le agregaba verla y olfatear la única ropa que parecía no tener aroma de caballeriza.

—Una confesión deshonesta, señorita Sallow, ¿qué me robará? —interpeló pegándose más a ella, haciendo movimientos evidentes desde su entrepierna al vientre de ella. Subía y bajaba buscando el roce entre su miembro escondido y el inicio de la feminidad de la muchacha.

—Un beso. ¿No me lo negará o sí? Si no quiere casarse, un beso no hace daño... —dijo arrastrando un poco las palabras.

James no dijo nada más, solo esperói a que ella se acerca con lentitud para apoderarse de los labios de él como una ladrona. Cuando sintió que sus bocas se pegaron, perdió el control sobre sí, aumentó la fuerza del beso obligando a Amelie a abrir su boca y mover la lengua en una danza abiertamente sensual. No había desperdicio alguno en aquel encuentro. Él estaba por romper su pobre calza con su endurecido miembro. Aquello sería tan inadecuado que debería descartar de su cabeza. Ya era vergonzoso su actuar y aprovecharse de una ebria no lo convertiría en alguien honorable, solo quería calentarse con Amelie, besos y caricias furtivas, no más de eso. Una vez que tuviera a su viuda en la casa y a Amelie lejos, las cosas serían tranquilas.

Capítulo 15

Alfred estaba preocupado por las palabras de James. Debía encontrar una solución o la muchacha Amelie Sallow sí terminaría siendo la esposa de su patrón, y no sería la mujer que aquel merecía para que se convirtiera en su condesa.

—Usted —llamó Alfred a Kate—. Deje lo que esté haciendo y acompáñame. Su señorita es un problema ambulante. Ha salido en camisón y está a solas con milord.

—Oh, esta señorita Sallow —espetó Kate, molesta—. Esa niña no entiende que no está en su casa y que aquí ella es solo la invitada.

—No me preocupan las niñerías de su patrona, sino los deseos de mi patrón. Tiene buen tiempo sin llevar a una mujer a la cama, y supongo que le importará poco que su supuesta pupila tenga aroma de caballo en días lluviosos. Él no se hará responsable. Es una mujer de campo y tampoco es que amerite responder por ella —advirtió el mayordomo a Kate—. Ambos están muy ebrios por tomar brandi.

—¡Brandi! La señorita Amelie no bebe algo tan fuerte, al menos en grandes cantidades, no. Voy por ella.

***

En la biblioteca Amelie aún no podía bajar los pies en la tierra. Besar a ese hombre era como flotar en el cielo. Estaba emocionada porque un caballero de la posición del conde la besaba. ¿Qué más podía desear una mujer ambiciosa como ella?

Unos fuertes golpes en la puerta quisieron interrumpirlos, pero ambos estaban sumergidos en el deseo, la calurosa pasión que los envolvía y la embriaguez que los unía.

Los golpes fueron más insistentes, por lo que James se molestó y tuvo que alejarse de Amelie, que tenía los labios rojos por la presión que ejerció la boca de él por la suya.

Amelie reía como una ebria tonta. No estaba acostumbrada a beber más que unas copas. A su alrededor todo le daba vueltas y con suerte lograba estar despierta solo por la calidez de aquel caballero.

—Pase... —espetó James regresando a su asiento.

—La señora Brown cree que es preciso acostar a la señorita Sallow en este momento —dijo Alfred, que ingresó a la estancia junto con Kate.

—¡Yo quiero quedarme con él! —señaló Amelie hacia el estante de libros—. Oh, no, ¡con él! —Ella había señalado de manera incorrecta. Estaba muy ebria para distinguir una gallina de un águila en ese momento.

—Señorita Sallow, usted bebió en demasía —recriminó Kate, cogiéndola del brazo.

—Yo puedo sola —alegó Amelie, levantando la barbilla, orgullosa. Sin embargo, no pudo dar tres pasos sin tropezar—. Tal vez... solo tal vez necesite un poco de ayuda.

Kate la cogió del antebrazo y la ayudó a ir hacia la puerta.

—Buenas noches, lord Carlisle, y también a usted, sirviente cotillo —se despidió Amelie arrastrando las palabras tanto o más que su propio cuerpo.

James le hizo una inclinación de cabeza. Cuando escuchó que la puerta se cerró, miró reprobatorio a Alfred.

—Me interrumpiste —amonestó a su mayordomo.

—Solo hago lo conveniente. No querrá apasionarse con la señorita Sallow, su pupila. Recuerde que es una salvaje, indigna de la posición de condesa. Usted es un caballero en su regla

y querer aprovecharse de la ignorancia y la falta de roce social de la joven no habla bien de usted.

Él echó su cabeza atrás. Estaba ardiente y no pensaba con mucha claridad, además de que la bebida nubló el resto de sus buenos pensamientos.

—Es pasional y ardiente —se refirió a Amelie.

—Ebria es así como la describe quizá, pero es mejor que la recuerde cuando está sobria. Es peor que un general de regimiento. Tendrá más problemas que antes. Mañana deberá fingir demencia, olvidando que casi termina haciendo cosas indebidas en el lugar de recreación de su abuelo.

—Tienes razón. La culpable es la camisola y mis años sin exponerme a una dama de ese calibre —dijo y recordó aquellos erectos pezones que vio a través de la luz. ¿Podría ser capaz de verla sin que esa imagen viajara por su mente?

***

Kate arrastraba a una Amelie que le contaba muchas cosas sin sentido. Estaba muy feliz y distendida. Tenía tiempo de que no la notaba contenta. Desde que su vida era luchar contra la corriente, no quedaba mucha alegría en ella, solo formas de sobrevivir en un mundo dominado por los hombres.

—Señorita Amelie, no vuelva a beber tanto. Además, su vestimenta, recuerde que no se encuentra en su casa, sino en la residencia de un hombre soltero.

—Soltero, agraciado y tentador —declaró sonriente—. Quiero ser su esposa. ¿Cómo puedo ser la mujer que lo bese todos los días?

—Oh, señorita Sallow, usted y sus pésimas decisiones. Si tuviera vestidos y se comportara, quizá podría aspirar a algo. Ahora es solo la pupila de un hombre adinerado y comprometido. Será peor su estadía en esta casa de lo que pudo ser su vida con el señor Sallow.

El ama de llaves abrió la puerta de la habitación y acompañó a Amelie para que se recostara.

—Quizá sea cierto. Algún día tendré suerte. ¿Por qué los hombres que conozco me son prohibidos? —indagó sentada desde su cama.

—No lo sé, señorita. Supongo que le tocará resignarse y...

Un sollozo escapó de Amelie.

—Deseo la buena fortuna y que tan solo me sonría una vez. Quiero ser libre y feliz. Mejor si puedo tener a este caballero conmigo, pero independiente de eso, necesito paz en mi vida...

Kate se sentó junto a ella y la abrazó como siempre lo hacía cuando estaba desconsolada. En su propia debilidad radicada su fuerza, a esa conclusión llegó la criada después de tanto consuelo que le brindó durante años. Un día Amelie Sallow podía estar destruida, sin embargo, tenía más entereza al día siguiente.

—Recuéstese, mañana será otro día. El sol nunca deja de salir, señorita.

Amelie se acostó y miró al techo de la cama con dosel. Aquel parecía darle vueltas. Lo mejor era que cerrara los ojos.

En ese ínterin de desear que el mareo se le esfumara, regresó a su memoria el apasionado beso que le dio el conde de Carlisle, ¿estaba tan lejos la posibilidad de que en realidad su mentira se cumpliera? Una gran felicidad se había apoderado de ella cuando él le acarició las curvas de su figura. Aquella respiración de él era una terrible mezcla de frescura y sabor a brandi. Era interesante lo que aquella combinación le hizo a sus sentidos. Ella respondió con avidez a cada atención que James le brindó. Pese a que en la tarde lo sintió un tanto hostil, en la noche durante la cena, se comportó de la misma forma, fue diferente cuando la invitó a beber en su biblioteca. Esperaba todas las noches recibir una invitación.

Cuando el gallo cantó, ella estaba lista para batallar en un día. Se levantó como lo haría en sus tierras, abrió las cortinas con fuerza y de aquellas se desprendieron partículas de polvo que le hicieron picar la nariz y estornudar hasta sentir su cuerpo lánguido.

—Cambiaré estas cortinas con el permiso del dueño de casa, o sin él —masculló. Cogió un pañuelo y se sonó la nariz hasta que quedó sin obstrucción.

Podía decir que tenía el espíritu de un tabernero en el cuerpo. Beber ese brandi no le estaba rompiendo la cabeza, otras bebidas como un pésimo té, le había producido mayor incomodidad.

Salió al pasillo de la residencia y todo estaba oscuro, tal como el día fuera de esas paredes. El sol no los cubrió con su manto de luz cálida. Se notaba en el horizonte que apenas asomaba por los colores vibrantes del amanecer.

Descendió con un apetito voraz hacia el comedor, sin embargo, no había nada en la mesa, estaba vacía.

—¿No hay comida? ¿Qué clase de hombre no dispone de comida para sus invitados indeseados? Si Amelie quiere desayuno, Amelie se lo hace —declaró decidida.

Camino hacia el pasillo que según su olfato, la llevaría hasta la cocina. Esperaba encontrar a alguien en ese lugar y que la guiara para hallar algún aperitivo. No podría esperar a la hora en que el conde se levantaba, moriría de inanición.

Encontró la cocina y se alegró por un instante, pero estaba igual que la mesa: vacía. Buscó por cada lugar algo para comer. Distinguió una pequeña despensa cerca del fogón. Colocó su nariz por aquella puerta pequeña y olfateó como un sabueso.

—Queso y pan. El pan endurecido y el queso rancio como me gusta —rio al concluir eso. Pensó que sería muy sencillo sacarlo y saciar al diabólico espectro del hambre—. ¡Quién le pone llave a la despensa! ¡Quién robaría comida! —Por un segundo se detuvo a cavilar y su mente le respondió: «Tú robarías, Amelie, lo estás intentando»

Se sentó en el suelo y masculló tantas malas palabras como le venían a la mente, que su padre y su hermano solían acostumbrar a nombrar. Pateó la despensa un par de veces, y después como una demente intentó abrirla.

Edwina, la cocinera, alumbró con su lámpara en la cocina, encontró a alguien queriendo robarse la comida. Dio un grito que podía despertar a cualquier alma inmortal.

Aquel chillido sobresaltó a Amelie, que respondió con un grito aún mayor.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Alfred, vestido con su ropa de cama, acompañado con un burlesco sombrero para mantener ordenado su cabello canoso.

—¡Alguien quiere llevarse la comida de la despensa! —señaló Edwina, asustada.

Alfred le arrebató la lámpara y miró hacia donde la asustada criada le señalaba.

—Señorita Sallow... —dijo Alfred negando con la cabeza.

—No soy yo cuando tengo hambre —masculló con los brazos cruzados.

Capítulo 16

Alfred la miró, impasible. Aquella muchacha daba problemas antes del amanecer. ¿Qué estaba haciendo en la cocina a esas horas? A Edwina le correspondía levantarse para realizar las labores de la cocina para cuando el conde estuviera en pie.

—Señorita Sallow, espere al momento del desayuno —indicó Alfred, devolviéndole a Edwina su lámpara.

—¡Pero si para esa hora estaré muerta! —Amelie se exaltó al decirlo.

—No se morirá. Nadie se muere por esperar unas cuatro o cinco horas más, señorita —pronunció Alfred, decidido a enviarla rumbo a su habitación.

—Quizá no muera, pero deberé lidiar con el insistente sonido de mi estómago —se quejó Amelie.

—Deberá cenar mejor. Ahora suba y duérmase —ordenó el mayordomo.

—¡No lo voy a hacer! —negó la muchacha, resuelta.

—De nuevo usted, señorita Sallow. Debí suponer que el escándalo no podía ser por otra razón que la agitadora pupila de lord Carlisle —dijo Kate que escuchó los gritos de Amelie y de Edwina.

—Kate, prepara algo para mí —ordenó Amelie.

—Le recuerdo que la señora Katherine Brown es ahora criada de lord Carlisle y ella debe acostumbrarse a las reglas de esta casa como no lo hace usted —resaltó Alfred.

—Él tiene razón, señorita, pero la acompañaré a su habitación para cobijarla.

Amelie le dio la espalda a quienes estaban en la cocina y emprendió el regreso hacia el salón.

Kate la siguió inmediatamente después de observar la advertencia en el rostro del mayordomo para que educara a Amelie.

—Señorita Sallow, ¿a dónde irá? —preguntó Kate al darse cuenta de que ella no regresaría a la habitación.

—Me doy tres días para morir, Kate.

—No se va a morir de hambre, señorita —quiso convencerla la mujer.

—No de hambre, sino de aburrimiento. Yo no puedo ser una joven como otras. ¿En qué cabeza cabe que Amelie Sallow se levante a las diez de la mañana a desayunar?

—Le dije que se quedara. Aún está a tiempo de regresar con su primo el señor Sallow. Él la dejará hacer lo que desee en la residencia.

Amelie quedó en silencio antes de tocar el picaporte de la puerta de entrada para salir al jardín delantero de aquel lugar. Quizá Kate tenía razón, sin embargo, después de estar con James la noche anterior, ella no estaba segura de querer regresar. Le encantaba el trabajo, pero al menos quería que sus ojos se deleitaran en alguien tan atractivo como el conde.

—No quiero regresar en este momento. Iré a buscar comida en el campo o en el monte… —decidió. Abrió la puerta y después la cerró con violencia.

—¡Señorita Sallow, no sea caprichosa! —la llamó su criada viendo como ella se iba corriendo hacia el sol que estaba surgiendo entre las silenciosas nubes.

La claridad se cernía sobre Amelie, que podía percibir el hedor del estiércol de caballo. Aquello para ella era un perfume.

Llegó hasta las caballerizas y quedó pasmada. Aquellos eran jamelgos. Estaban viejos, ajados y delgados. Amelie no podía creer lo que sus ojos veían. ¿El conde de Carlisle estaba en la ruina? ¿Cómo podía ayudarlo? Debía encontrar una manera de conocer sobre las finanzas de esa

propiedad. Era evidente que su primera impresión de la residencia no podía engañarla. La visión de las caballerizas la convenció de que existía un problema muy grave en aquel lugar. No imaginaba a un hombre con el porte que él tenía, como alguien descuidado.

Se acercó para observar mejor a esos animales y advertir que en sus comederos, tenían manzanas. El rugido incesante de su estómago la convenció de que buscara robarle el alimento a esos pobres jamelgos para que ella pudiera pensar con mayor claridad, pues hasta el momento solo escuchaba a su estómago y muy poco a sus pensamientos. Saltó la tranquera de la caballeriza y cogió dos manzanas.

El relinchar de uno de los caballos parecía un reproche por tomar lo que no le correspondía.

—Yo lo necesito más que tú. De todas formas te queda poco tiempo de vida y a mi bastante —refirió antes de salir de la cuadra de ese animal.

Amelie siguió con su recorrido matutino por las caballerizas. Percibió necesidades por todas partes. Aquello era una joya en bruto. Existía la estructura que demostraba que la propiedad fue una de las mejores en un tiempo pasado. El abuelo de lord Carlisle no era cualquier hombre, era uno que conocía del negocio del campo tal lo hicieron su padre y su hermano. En su irreverente cabeza se gestaba una gran estratagema para recuperar el brío de aquella propiedad, solo debía convencer al reticente conde durmiente.

Si se levantaba a esas horas que él colocaba, difícilmente pudiera sacar adelante esa propiedad sin comerse todo a su alrededor con un bostezo. Debía obrar el milagro de cambiar a un caballero londinense refinando por un hombre dedicado al campo, aunque no deseaba que él perdiera el encanto que lo caracterizaba con esas prendas elegantes y esos exquisitos modales que le resultaban tan seductores.

Cuando Amelie pensaba en aquel hombre, todo su cuerpo vibraba de manera diferente. Su pecho frío parecía tener una llama ardiente que la cobijaba, sentía como si algo recorriera su cuerpo a gran velocidad, una sensación de bienestar y a la vez de angustia y espera. Lo que ocurrió la noche pasada, avivó sus sentidos. No sabía qué hacer cuando lo viera. Le daba vergüenza haber disfrutado de aquel acercamiento que tuvieron, quizá no la dejara mirarlo a la cara.

Después de devorarse las manzanas que robó de esos pobres animales, ella regresó a la residencia. Dentro estaba lleno de la luz del sol, no era como cuando salió rumbo a lo desconocido que ya pudo identificar. Se acercó al comedor y Kate se encontraba colocando los utensilios para el desayuno. La noche anterior no pudo apreciar lo extraño que se sentía no ser solo una persona en la mesa. Esos dos lugares que colocaba el ama de llaves era la señal de que no estaba sola y vulnerable, sino que también significaba que tenía una compañía que comenzaba a apreciar.

—¡Señorita Amelie! ¿Dónde estuvo? Estaba preocupada por usted —la reprendió Kate acercándose hasta ella.

—Fui a comer lo que encontré. ¿Quién le da manzanas a un jamelgo? Lord Carlisle no sabe qué hacer con esta propiedad. Es mi oportunidad para ayudarlo.

—¿Se comió la comida de los caballos? ¡Oh, señorita Sallow! No me avergüence.

—Tenía hambre. La comida es comida y si nadie lo come y Dios dispone, me lo comeré. En fin, esta propiedad comienza a resultar muy interesante. Tengo que buscar esos libros contables y observar las viejas actividades. Este lugar debe tener la misma gloria de antaño, y yo se la devolveré.

—¿Y buscar una doncella? ¿Cuándo lo hará? Lord Carlisle se lo encomendó.

—Es cierto, pero me ocuparé primero de decirle lo que necesita a lord Carlisle. Un poco de

polvo no hace daño. Puedo tolerarlo, lo único que me resulta intolerable es ver una propiedad productiva en ruinas y dejadez.

Kate se tapó el rostro. Amelie era incontenible. Notaba en sus ojos ese brillo demencial de hacer su voluntad. Si bien no eran malas sus intenciones, no eran sus tierras y ella al parecer no comprendía sobre los límites de sus posibilidades para convencer a un hombre como el conde de Carlisle. Estaba segura de que Amelie pronto estaría envuelta en un lío; en el mejor de los casos, y en el peor, quedaría sin un techo sobre su cabeza.

***

Alfred estaba ayudando a James para estar presentable para el desayuno. Le colocó perfectamente el pañuelo lazado en el cuello y le quitó una imperceptible pelusa del hombro a su patrón. Pese a sus años, tenía una vista comparable a la de un águila.

—¿Y la señorita Sallow? —indagó James, curioso—. Supongo que no se ha levantado. Durmió tarde anoche y dudo que pueda madrugar.

Un chiflido de burla se escapó del mayordomo.

—Lamento decirle que está equivocado, lord Carlisle. Esa culebra que metió a su residencia ha intentado robar la reserva de la despensa que está en la cocina. Estuvo gritando antes de que saliera el sol. Es más eficiente que cualquier gallo —se quejó y observó que James quedará en perfectas condiciones.

—¿Por qué robaría eso si pudo esperar al desayuno?

—Milord, esa es una criatura salvaje. Le diré que la sexta institutriz quizá pueda solucionar el inconveniente de esta muchacha. Carece de modales.

—Sí, es cierto, pero no creo que sea mala persona. La señorita Sallow no ha tenido el roce adecuado con nadie y…

—Es presa fácil para cualquiera que quiera aprovecharse de ella. Tan sencillo que le resultó a usted darle unas copas y atontarla. Sin la protección de un caballero decente, esta muchacha terminaría de la peor manera en que podría acabar una dama —dijo Alfred con dureza para presionar a James y que él tomara una decisión sobre ella.

—Lo mejor es devolverla a su pariente —resolvió al sentir que sus mejillas ardían por la insinuación de James de que era un aprovechado. De cierta manera lo fue. Amelie Sallow se convertiría en una tentación si permanecía en esa casa.

—¿No se ha puesto a pensar las razones por las cuales ha inventado el compromiso y después llegar hasta aquí buscando asilo? La señorita Sallow no es mi ideal de mujer para usted, pero eso no me exime de arrojarla a los lobos. Usted tampoco lo haga. Una institutriz le ayudará a encontrar su verdadero camino. Ella no puede andar saltando por los bosques como una liebre, cualquiera la puede cazar. En cambio, si obtiene la educación, podrá tener a un hombre respetable que la cuide. Puede brindarle la mayor herramienta posible a esa dama, lord Carlisle; educarla.

Él se quedó por un instante en silencio y sopesó lo que Alfred le decía. Por algo fue consejero de su abuelo, de su padre, y en ese momento suyo.

—Tienes razón. Además sería bueno que aprendiera más cosas para que lady Seaford le sirva como guía en la sociedad. Es experimentada.

—No sabría decir si milady estará de acuerdo con la presencia de la señorita Sallow en esta casa, pero tampoco podemos apurar el asunto. En unos pocos días no aprenderá lo que en años debió. Puede que sea prudente que la señorita Sallow se quede aquí y usted parta en la primavera a Londres.

—No dejaré la obra de mi abuelo en estas condiciones en las que se encuentra. El

administrador no ha devuelto el dinero que esperaba. Amasó una gran fortuna a cuestas de esta propiedad durante años, y ahora solo reparte miseria. Debo invertir dinero de otras tierras para que esto prospere.

—Y contrate a un nuevo administrador, yo en ese aspecto no puedo ayudarlo. Soy mejor con consejos del corazón que con los económicos.

Capítulo 17

Amelie estaba en el salón con una pierna colgada del sillón esperando a que el dueño de casa, descendiera de la segunda planta, y que tuviera compasión por su alma para alimentarla. Escuchó unos pasos que indicaban la pronta llegada del conde hasta ese sitio. Ella suspiró al verlo y perdió el equilibrio que tenía en ese sillón.

James observó el sitio en donde creyó que escuchó un fuerte estruendo y ahí estaba Amelie en el suelo, ataviada con sus prendas masculinas. Él suspiró, pero de cansancio. La sensual muchacha de la noche anterior fue tan solo una ilusión de su mente. La mujer del suelo no podía levantar la libido en él ni si volvía a nacer.

—Buen día, señorita Sallow. Alfred me ha puesto al tanto de su pequeña hazaña del día —saludó teniendo un rostro paciente y amistoso que por lo general lo caracterizaba—. ¿Con qué más puede sorprendernos?

—Buen día, lord Carlisle. Yo sé que puedo sorprenderlo mucho más sin utilizar la triste razón de robar comida —replicó, avispada—. Ya era hora de que bajara. Hay que alimentarse, ¿su cuerpo no se lo recuerda?

—Todavía le quedan diez minutos de espera, señorita Sallow. Si pudo esperar cinco horas, puede hacerlo un poco más —avisó el mayordomo.

Ella deseaba quemar a Alfred con su mirada y también a James al que casi se le escapó una carcajada de burla.

El joven conde carraspeó su garganta e intentó parecer serio hasta conseguirlo. Alfred siempre lo hacía reír con sus ocurrencias. En esa ocasión tenían a otra persona más en la casa y esa sería la comidilla de su sirviente.

—Por hoy le daremos el gusto de comer a la señorita Sallow —permitió James haciéndole un gesto con la mano a Amelie para que se dirigiera al comedor—. Aprenda a disfrutar más de la cena para no tener tanta hambre al día siguiente.

—Pude disfrutar mucho de la cena de ayer y más de su compañía. A desayunar, milord.

Amelie pasó al comedor sin dilación y se sentó en el mismo sitio que la noche anterior. James pasó junto a ella dejando un fuerte aroma de limpieza, cuidado y belleza. Nunca conoció a alguien que oliera tan bien, aquel conde era todo lo que ella necesitaba, aunque él no la necesitara.

Los criados comenzaron a servir el desayuno. La boca de Amelie estaba por echar mucha saliva al ver tantos alimentos frente a ella sin poder todavía hincarle los dientes. Ella aprendió sobre la noche anterior que la bandeja de panes era sagrada para el mayordomo y que no se le ocurriera tocarla, pues él volvería a golpearla. No quería ser humillada por un sirviente con complejo de patrón. Era evidente que el dueño de casa le daba atribuciones para maltratar a su pupila.

—Cuénteme, Amelie… ¿puedo llamarla así? —inquirió James antes de degustar su pitanza —. ¿Cómo hizo para sobrevivir cinco horas sin algo que llevarse a la boca?

El tono burlón que utilizaba James con ella, debía ser devuelto con una dosis de realidad. Amelie estaba pensando en lo mucho que disfrutaría del bello rostro del conde de Carlisle cuando supiera que recorrió sus caballerizas.

—Por supuesto que puede llamarme Amelie, milord. Hace tiempo que nadie me llama por mi nombre… —recordó Amelie por un instante. Llevaba más de un año escuchando «Señorita Sallow o señorita»— le contaré mi hazaña de sobrevivir una madrugada sin algo para el

estómago. Quise llevarme algunas cosas de su despensa; lo admito, lord Carlisle, pero como me pillaron en la fechoría y me mandaron a dormir, hice lo que cualquier persona del campo haría.

—¿Qué hizo, Amelie? —curioseó James verdaderamente interesado en lo que ella le decía. Era probable que le causara mucha gracia. La observó llevarse unos trozos de pan a la boca y después beber un jugo antes de responder.

—Fui a buscar en otra parte lo que me negaron en su cocina. Debo decirle que las manzanas que comen sus jamelgos son deliciosas.

James se quedó en silencio por un segundo, Alfred tenía los ojos desorbitados y Kate se moría de vergüenza.

—No hizo lo que estoy imaginando —Él no deseaba imaginarla rebuscándose en las bateas de los animales.

—¿Qué se imagina? ¿Que le robé a sus animales? Claro que lo hice, si robé mis propias arcas, puedo robarle a cualquiera.

El rostro de James fue cubierto por sus manos. Aquello era tan vergonzoso para él y para Amelie un gran motivo de orgullo. Ella no sentía vergüenza por nada. Era una muchacha bruta. Con más razón resonaban en su mente las palabras de Alfred para darle una educación a ella. Amelie Sallow era incapaz de vivir entre personas civilizadas.

—No puedo creer que hiciera eso, Amelie —reprochó James de inmediato.

—¿Se escandaliza porque me comí unas manzanas? ¡A mí me escandalizó que ellos se las comieran! ¿No conoce sobre la paja y los pastizales para sus animales?

—Desayune y vamos a mi despacho a conversar seriamente, Amelie —mandó James, enfadado. Ella apenas llevaba un día en su casa y comenzaba a cambiar su mundo de una manera estrepitosa. Su anhelada paz se perdía con el pasar de las horas y estaba seguro de que con el pasar de los días su paz estaría extinta.

—Encantada de conversar con usted, milord —aceptó con la nariz en alto.

Amelie se imaginaba que él la desaprobaba por lo que hizo con la comida de esos animales. Le dio el uso correcto. La manzana para la mujer y el pasto para el caballo.

James tenía atorado el desayuno en la garganta, Amelie era una mujer que no conocía de modales. De esa manera le sería imposible casarla y se convertiría en un problema para su futuro matrimonio con Emeline, podía asegurar que la viuda se casaría con él, y esperaba que así fuera, solo la muchacha representaba un inconveniente que debía resolver antes de iniciar su vida matrimonial porque lo peor sería tener a Amelie recorriendo aquellos pasillos de la casa con un camisón. No existiría mujer que aceptara que su prometido o esposo compartiera la residencia con una mujer seductora y casi desnuda que lo distrajera. Admitía que disfrutó del peligroso acercamiento con su pupila, y si Alfred no se convertía en la voz de la razón, él hubiera amanecido acostado con ella en su propia biblioteca.

Cuando ambos terminaron el desayuno, James se levantó y miró a Amelie antes de hablar.

—Sígame, Amelie —ordenó.

Ella cogió un pan que quedaba en la mesa y fue comiéndolo, dejando a su paso una estela de migajas.

Él abrió la puerta del despacho y la cerró después de que ella entrara.

—Su despacho huele a viejo —dijo Amelie, que estaba de pie mirando de un lado al otro con su pan en la mano.

—Y usted a caballo, y no me quejo —espetó James. Vio que la muchacha hizo un movimiento con los hombros como si no le interesara eso que dijo—. Debe ser más educada.

—Así como usted que me acaba de decir que huelo a caballo. Anoche no lo notó.

James se sonrojó y se quedó en silencio por unos segundos hasta recuperar la compostura.

—Bebí demasiado, señorita Sallow, no recuerdo nada de la noche anterior —se excusó.

—Ah, yo tampoco recuerdo mucho, pero me queda claro que no tenía aroma a caballo. En fin, ¿lo que quería decirme era solo que fuera más educada?

—No, pero eso también es importante.

—No más importante que esto que le diré sobre sus animales. Debe alimentarlos con paja, las manzanas son premios por buen comportamiento. Me sorprende que tenga jamelgos. ¿Y los caballos de trabajo? Viejos y enfermos no sirven para trabajar. Dígame la verdad… ¿Está usted arruinado y su prometida lo sacará de un apuro?

—¡No! —exclamó inmediatamente para que no pensara eso—. He vuelto de Irlanda hace pocas semanas y como vine a ofrecerle a usted mi agradecimiento hasta Yorkshire, recordé que mi abuelo tenía una propiedad. Nadie ha estado aquí en los últimos diez años más o menos. Me estoy encargando de la propiedad y sé que hace falta mucho para que este sitio levante vuelo.

—Sabía que no tenía experiencia, pero también se nota que hay un pésimo trabajo por parte de sus empleados. Su administrador…

—Él está despedido. Ha defraudado la confianza de mi abuelo y no se merece la mía. Estoy buscando un nuevo administrador.

—¡Yo puedo ser su nueva administradora! ¡Me ofrezco y no lo defraudaré! —expresó apresurada, corriendo para asir de la mano a James—. Tengo experiencia, estoy preparada para algo y lo haré a cambio de su techo y comida. En menos de un año este lugar será una maravilla si me deja hacerlo.

—Amelie, no la haré trabajar. Lo único que puedo hacer por usted es darle las herramientas para que se defienda en el mundo. Contrataré a la que será su sexta institutriz y se convertirá en una dama. De los negocios se ocupan los hombres.

Amelie soltó la mano de James con violencia y se alejó.

—¿Institutriz? No me hace falta, si quiero algo lo trabajo, no necesito que me sirvan en bandeja absolutamente nada.

—No se trata de eso. Las mujeres no están hechas para el trabajo del campo. Usted es una señorita de buena familia, debería usar vestidos y estar organizando tés.

—¿Qué organizaría ¿Té con los animales del gallinero? No he tenido una imagen materna. No sé hacer cosas de mujeres. Ser mujer es aburrido y poco gratificante en lo poco que he visto.

—Si vive bajo mi techo deberá acatar mis reglas y le pondré muchas cada vez que sea insensata. Ahora deberá dejar las caballerizas en paz y también la comida de los caballos.

—No tengo inconveniente en dejar la comida de los animales, pero me niego a fingir que no he visto nada. Usted necesita de alguien experimentado, ¿quién mejor que yo? Vengo de perderlo todo.

—Y regresará ahí si vuelve a desobedecer. Mi pupila no se comporta de manera inapropiada. Lleva menos de dos días aquí, Amelie, y me perturba su poca educación. Si quiere quedarse se comprometerá a mejorar.

—Lo haré, pero no me envíe de nuevo a mi casa, recuerde que ya no es mía. Voy a esforzarme por ser una mejor pupila para el conde de Carlisle, aunque sigo queriendo ofrecerle mi ayuda. Me encantaría que me dejara ser útil en algo —dijo agachando la cabeza.

Él soltó el aire que tenía contenido y se apoyó en el escritorio con las dos manos.

—Debe buscar una doncella, eso la mantendrá bastante ocupada —le recordó James a Amelie. Esperaba que eso la tuviera distraída.

—Sí, eso debo hacer, ¿tengo que ir al pueblo? —preguntó Amelie, dudosa, pues ella no

deseaba ir a ningún sitio.

—Sí, irá en mi carruaje acompañada por Alfred.

—¿No puede acompañarme Kate?

—No soy tan incauto. Si usted seleccionará una doncella, lo hará bajo la estricta mirada de mi hombre de confianza.

Amelie no estaba contenta, aunque asintió.

—¿Cuándo comprará caballos nuevos? —interpeló cambiando de tema.

—Apenas consiga un buen administrador.

—En la propiedad de mi padre tenemos… digo, teníamos un criadero de caballos. Puedo seleccionar lo mejor para usted.

—Amelie… vaya por esa doncella y después conversamos sobre ese asunto.

—Me parece justo. ¿Tiene algún arma?

—¿Un arma? ¿Para qué la necesitaría?

—Para hacer lugar en las caballerizas. Hay que matar a esos jamelgos y traer a los caballos útiles.

El rostro de James quedó estupefacto. Amelie Sallow superaba cualquier cosa imposible dentro de su mente.

—¡Oh, lord Carlisle! No soy capaz de hacerlo todavía, no se asuste, recupere el color de su rostro. Iré por su sirviente para que me acompañe en la búsqueda.

Ella se despidió con una sonrisa ladina después de dejarlo asustado. Se lo merecía por amenazarla con una institutriz.

Capítulo 18

Cuando abandonó el despacho lo hizo con la frente en alto. De ninguna manera se convertiría en una mujercita tonta y olorosa. Para ella, James pecó de tonto, pues no se mantendría al margen de nada, solo dejaría a su cabeza pensar un poco para encontrar una solución para el problema de esa finca. Lo bueno de todo el asunto resultó ser que el conde no estaba en la quiebra, como ella había pensado desde que vio esa casa en condiciones inaceptables y casi terminó de convencerse de la ruina cuando vio a los caballos, aunque alguien que les daba manzanas a unos animales no estaría tan mal.

Amelie se dirigió hacia el salón y escuchó la campanilla que James estaba haciendo sonar desde el despacho del que ella salió segundos atrás. Se sentó en uno de los sillones y recostó los pies en el reposabrazos, ínterin en que notó la penetrante mirada de Alfred que iba junto a su patrón con una lenta caminata.

—¡Baje esos pies, señorita Sallow! —exigió Kate, que fue junto a ella.

—Oh, Kate, ¿tú también? Nadie me deja vivir tranquila —se quejó la muchacha que cruzó los brazos bajo el pecho. Tiró su cabeza hacia atrás y miró a Kate que parecía estar de cabeza.

—Si estuviéramos en su residencia, la dejaría hacer eso, pero no es así. Usted está sacando canas al conde y a su mayordomo. Mire, señorita Amelie, si quiere quedarse aquí como la pupila de ese hombre, debe llevarse bien con el sirviente. Él es como un mosquito que le susurra cosas al oído a su patrón, es de su entera confianza.

—No quiero ser su pupila, me gustaría ser la dueña de todo esto y hacer de este lugar un paraíso.

—Es aún peor, señorita Sallow. Si quiere ser su esposa, debe ser la mujer que él está buscando. Siendo salvaje como es, usted solamente lo alejará.

—Me gustaría ver el tipo de mujer que le gusta a milord. ¿Qué hay de malo conmigo? Anoche me besó muy apasionado, por lo que creo que como se me ve una camisa y un pantalón no debería representar mayor inconveniente.

—Usted no entiende, señorita. El camisón que llevaba era para seducir a un caballero. No debe tentar a un hombre, ellos son débiles y lo son aún más frente a la belleza y la delicadeza.

—Bazofias, Kate. Para un hombre debería ser más atractiva una mujer que en lugar de ser una carga, puede enfrentar a todo.

—No voy a discutir con usted porque sabe que no puede sola, necesita a un varón de cualquier manera, ya sea esposo, padre o hermano, por lo que todo eso que dijo, carece de valor.

Kate empujó los pies de Amelie y sacudió el sillón, eso obligó a la muchacha a colocarse correctamente.

***

Alfred abrió la puerta del despacho en donde los esperaba James, sentado. Cuando lo vio en esa posición, le recordó a su abuelo cuando era más joven.

—Alfred, acompaña a Amelie para buscar a la doncella que necesitamos para la residencia. También busca personas que quieran trabajar en la fachada de la residencia. Ciertamente esto está maltratado —dijo James, con ambos codos sobre el escritorio de trabajo que perteneció a su abuelo.

—No quisiera pensar en que se ha dejado influenciar por su pupila casquivana, pero, y

aunque me cueste decirlo, quizá esa muchacha tenga razón en un par de cosas.

—No me ha convencido. Nadie sin juicio y que me ha pedido un arma para «hacer lugar en mis caballerizas» —indicó molesto—, va a poder convencerme de nada.

—Sí, milord. ¿Algo más que se le ofrezca?

—No. Estaré aquí intentando hacer un milagro con la contabilidad y con el dinero que ese ladrón nos dejó. Quizá tenga que regresar a Londres para traer dinero del banco para comprar unos caballos, hasta Amelie ha notado lo de esos caballos, fue vergonzoso.

—Tal vez, pero ha sido causa de mayor vergüenza que la señorita Sallow tomara la comida de los animales.

—No quiero saber más de ese asunto. Amelie no lo volverá a hacer, estoy seguro de que no regresará a comportarse mal. He sido duro con ella y sé que lo entendió.

—Si usted lo cree, aunque yo lo dudo. Es una arpía y estoy seguro de que intentará otras terribles estratagemas detrás de esa cara de campesina maloliente vestida de hombre, para convertirse en su esposa, lord Carlisle. Primero el camisón, ¿qué vendrá después? Paseará desnuda conociendo sus debilidades.

James se sonrojó y desvió su rostro para dejar de mirar al sirviente que con toda la intención lo estaba criticando.

—Lleva a Amelie con cuidado, que se comporte como una dama —mandó para dejar de sentirse hostigado por Alfred.

—No hago milagros, lord Carlisle, pero si veo un precipicio, aventaré a esa señorita —musitó antes de dar unos pasos hacia la puerta para retirarse—, ¿no busco a la institutriz?

—Confiaré en el arrepentimiento de Amelie.

El sirviente no confiaba en que Amelie se comportara. Él haría la búsqueda de la próxima institutriz de la muchacha. Se adelantará a los hechos porque sabía que nadie cambiaba de la noche a la mañana.

Alfred hizo una reverencia, salió y fue hasta donde se encontraba Amelie. La miró de pies a cabeza como se le estaba haciendo costumbre al hombre.

—Prepárese para salir, señorita Sallow, milord dijo que la acompañaré a buscar una doncella —dijo Alfred, posicionándose frente a ella.

—¿Qué posibilidad existe para que vaya Kate y no usted? —inquirió Amelie, esperando a que el hombre supiera que no deseaba ir con él a ningún sitio.

—Tampoco deseo ser su acompañante, es capaz de que me muerda una oreja, señorita. Preferiría ir con la prometida de milord… —contestó punzante.

—Yo soy la prometida de milord a todos los efectos. Salió en los periódicos. Entonces deberé soportarlo, sabueso, con complejo de mosquito.

—También pasaremos por un vestido para usted, por si agarra un poco de complejo femenino, señorita Sallow —musitó antes de mirar a Kate y decir—: venga conmigo, señora Brown, le diré cómo debe atender al conde mientras no me encuentro en la casa.

—Sí, señor —aceptó Kate, que siguió al hombre y desapareció con hacia la cocina.

Amelie se quedó en el salón esperando a Alfred. Después de unos momentos él hombre volvió y se colocó un sombrero. Debía admitir que el sirviente no era cualquiera, su elegancia y refinamiento, hablaba de que era bastante diestro en todo. Debió ser un lacayo imponente en su tiempo, en ese instante ya se trataba de un viejo al que se le comenzaba a curvar la espalda.

—Supongo que ya está lista. Al menos use un perfume —masculló Alfred.

Ella se olfateó la ropa como lo haría un perro y no sintió ningún hedor, ni siquiera mal aliento. Se había cepillado los dientes.

—Huelo a jabón. Vámonos, que ya comienzo a tener hambre para el almuerzo —declaró la muchacha.

Amelie y Alfred subieron al carruaje. El hombre llevaba una pequeña libreta en la mano, e iba leyendo con lentitud. A ella le llamó la atención que aquel estuviera tan concentrado, Amelie odiaba el silencio.

—¿Qué lee, Alfred? —preguntó curiosa, sentándose junto a él. Ella se encontraba en los asientos que estaban frente al sirviente.

Él se alejó con presteza. Aquella estaba metiendo las narices en sus escritos.

—Es una libreta. La utilizo para hacer los pedidos. Aprovecharé para hacer más compras. Si desea leer algo, hay libros en este carruaje.

—También tengo una libreta que era de mi padre. En él están anotados todos los nombres de sus proveedores y acreedores. Me he deleitado en memorizar cada uno de ellos, aunque hoy eso ya no viene al caso.

—Podría darle esa libreta a milord, eso lo ayudaría si posee anotaciones de su padre sobre gente del campo —sugirió Alfred. Amelie Sallow podía tener los defectos más horribles del mundo, pero tonta no era, sin embargo, lord Carlisle era caprichoso. No dejaría a una dama encargarse de nada que él pudiera hacer. En este caso, el conde no tenía idea de cómo levantar una propiedad. Todas las que tenía estaban cuidadas y administradas correctamente, él solo se encargaba de verificar que así fuera. Amelie y sus conocimientos quizá fueran la solución para la finca.

—¿Para qué desea una libreta si me tiene a mí que lo sé todo? Sería tonto que se lo diera. Le demostraré a lord Carlisle que puedo salvar a esa propiedad productiva para que no quede solo como una triste residencia solariega. Mi padre confío en mí…

—No sé si confió en usted, pero tiene las agallas de estar en un mundo dominado por los varones, aunque sin futuro alguno. Piense, señorita Sallow, ¿qué puede hacer usted en su condición? Quizá posee la actitud, la vestimenta, pero no el apoyo. ¿Cómo se ve usted o cómo desearía estar?

—Tiene razón respecto a que no tengo futuro sin un varón, pero encontré a uno que me acoge. Le asustará esto, Alfred, pero si me propongo ser la mujer del conde, lo seré. Deseo ver prosperar sus tierras y poner mis conocimientos a prueba.

—¿Quiere a las tierras o al conde?

—A ambos mejor, pero si no lo tengo a él, que me preste sus tierras. Sé que espera que me case, pero aguardará sentado como todos los demás, Amelie Sallow no se casará para ser una mujer de su casa, sino será la mujer de sus tierras.

El sirviente rio por lo bajo. Aquella muchacha era un disparate completo. Sin duda que no se casaría con el conde, no sin ser lo que él esperaba. La viuda a la que James quería desposar no era cualquiera, sino una mujer de cuna, educada, inteligente y simpática, para nada problemática. Amelie no podía encontrarse más lejos de los deseos que James tenía para una esposa. Ella era la antítesis de eso.

Capítulo 19

Después de aquella conversación que mantuvieron dentro del carruaje, ambos miraron por la ventana y estaban en el pueblo. Las calles abarrotadas al llegar al mercado de Barnsley, indicaban que las personas tanto ocupadas como desocupadas, se encontraban esperando su oportunidad, ya fuera para comprar o para conseguir un empleo.

Alfred golpeó el techo del carruaje para que el cochero se detuviera a un costado del mercado.

—Aquí bajaremos, señorita Sallow. Primero iremos a dejar los avisos en donde acude la gente para obtener los empleos.

—¿No vamos a llevarnos a nadie? ¿Es lo que intenta decirme? De aquí no me voy sin esa doncella —decretó Amelie.

—Debemos seleccionar a las personas con minuciosidad. Estará muy cerca del conde por lo que deber…

—Solo debe saber limpiar y ordenar. Deje eso en mis manos, Alfred. Si tiene otras diligencias que hacer, apresúrese. No me agrada estar entre tantas personas —Amelie miró por la ventanilla y esa cantidad de personas en la calle, yendo y viniendo, no le agradaban, no era alguien que se destacaba por ser sociable.

—Está bien. —Alfred descendió para ayudarla a bajar, sin embargo, Amelie bajó por su propio pie, como él supuso que ella haría.

—Iré a buscar a esa doncella por ese lado —anunció la muchacha antes de perderse entre la multitud.

Alfred negó con la cabeza, se colocó el sombrero y quitó del carruaje su bastón, lo colocó en el suelo para caminar con elegancia. Miró a ambos lados de la abarrotada calle para cruzar y dirigirse a la panadería. En ese lugar dejaría su aviso de que estaban buscando con urgencia una institutriz. También dejaría aquello para el periódico del pueblo.

Mientras tanto, Amelie se sofocaba entre las personas. Debía encontrar a la muchacha para el servicio y retirarse.

—¿Desea trabajar? —le preguntó Amelie a una joven que iba con una canasta por el mercado junto con una señora mayor que parecía ser su madre.

—¿Yo? —preguntó aquella, mirando de pies a cabeza a Amelie que no parecía ser una mujer seria.

—Sí. Estoy buscando a una doncella para la residencia donde vivo y la necesito para ayer.

La muchacha miró a su madre esperando alguna respuesta. La señora asintió sonriente.

—Sí, deseo trabajar.

—Vaya por sus cosas, la esperaré aquí. El vasallo de lord Carlisle no me dijo cuánto será la paga, pero le aseguro que será generoso. Trabajará usted para un conde —dijo Amelie.

—Vamos, Anne, apresúrate —mandó la madre de la futura doncella de la residencia.

Anne se apresuró para dirigirse a su casa y tomar todo lo que podía. Dejaría de ser la ayudante sin paga de su madre en una residencia elegante del pueblo. Eso la llenaba de expectativas, sería su primer trabajo oficial.

La madre de la muchacha se quedó mirando a Amelie para que esa oportunidad de trabajo para su hija no se escapara. Estuvieron paradas en un incómodo silencio hasta que Anne regresó con una bolsa arpillera, cargada de prendas.

—Estoy lista, señora —anunció Anne, emocionada.

—Excelente, iremos a esperar a Alfred en el carruaje —habló Amelie.

—Adiós, madre, apenas pueda vendré a verla —se despidió.

Su madre la despidió con un beso y después con las palmas abiertas, agitando la mano.

—Hay oportunidades que solo se dan una vez en la vida, y esa es la suya, Anne —la alentó Amelie, que sonrió, mientras Anne asentía.

Ambas llegaron hasta la ubicación del carruaje y Alfred todavía no regresó de realizar su recorrido. El cochero estaba con un periódico en las manos abierto de par en par.

Amelie subió e invitó a Anne para que la acompañara en la espera del viejo sirviente de James.

—¿Cuántos años tiene, Anne?

—Diecisiete, señora —respondió la pálida criatura, sonrojada.

—Joven y fuerte. Se la ve muy bien para trabajar en la casa de lord Carlisle. Me ayudará a deshacerme de esas feas cortinas de esa residencia.

—Por supuesto, señora.

—No soy señora, soy la señorita Amelie Sallow.

—¿La señorita Amelie Sallow? ¿La prometida del conde de Carlisle? —interpeló Anne. La joven tenía los ojos bien abiertos observando a Amelie, casi maravillada.

—Hmmm… sí —mintió, roja de la vergüenza.

—¡Es increíble, seré la doncella de una condesa! —exaltó la muchacha con el pecho lleno de orgullo.

—Sin duda que lo serás —replicó Amelie, aunque dudaba que ella fuera la condesa en el futuro, pronto Anne conocería a la prometida verdadera del conde.

Después de una hora dentro del carruaje, Alfred apareció con un par de cajas que colocaron junto al cochero en la parte trasera del carruaje. Amelie desconocía lo que podían contener las cajas.

Cuando Alfred abrió la portezuela del carruaje, se dio cuenta de que Amelie no estaba sola. Aquella había cumplido con encontrar a la doncella, aunque la muchacha parecía una cría recién destetada. La muchacha de cabellos negros y ojos marrones, lo miraba con expectación y él no sabía cómo echarla.

—Alfred, ella es Anne —presentó Amelie.

Él dirigió su mirada a la bolsa que Anne llevaba, Amelie traspasó los límites, no solo la estaba presentando, sino que se llevaría a la niña a la residencia.

—Es un gusto, Anne —saludó Alfred que golpeó el techo del carruaje para que emprendieran su viaje de regreso—. ¿Tiene experiencia como doncella?

La muchacha se cohibió y guardó silencio por un momento, miró a Amelie y aquella con sus ojos bien abiertos, le sugirió que respondiera.

—He acompañado a mi madre en sus trabajos. Ella es doncella en una residencia del pueblo. La ayudaba con la limpieza cuando me lo pedía.

—Ajá. ¿Qué edad tiene? —siguió Alfred con su interrogatorio.

—Diecisiete, señor —respondió temerosa. Aquel la miraba casi desaprobando su experiencia y su edad.

Amelie puso los ojos en blanco. Alfred deseaba echar a perder la excelente elección que hizo con esa muchacha. Ella consideraba que algo que no se sabía, claramente se podría aprender sin inconveniente alguno.

Al llegar hasta la residencia, Amelie notó a Anne nerviosa, aunque ansiosa por empezar.

Alfred descendió primero del carruaje para ayudarlas por caballerosidad. Amelie como se sabía, ignoró su mano, pero Anne la aceptó complacida.

—Que Anne pase para que sea presentada a milord —anunció Alfred, que se encargaba de darle órdenes al cochero para que bajara lo que compró.

—Sospecho que no soy del agrado del señor —asumió Anne, entristecida.

—Él es un viejo cascarrabias, ni siquiera yo soy de su agrado, pero no me importa. Solo hay que ignorarlo. Es un criado con mañas, muy consentido por milord —le comentó Amelie, que fue ascendiendo por las escaleras para llegar hasta el portal que estaba abierto.

—Oh, señorita Sallow —masculló Kate al distinguir que ella no iba sola, sino que una figura pálida y delgada la acompañaba.

—¿Y el conde? —Amelie ignoró lo que Kate quiso insinuar sobre la niña.

—Está en su despacho bebiendo su té de la mañana.

—Pasaremos junto a él —avisó cogiendo a Anne de la muñeca.

—Él solicitó que nadie lo molestara, señorita Sallow.

—No lo molestaremos por mucho rato. Ven, Anne, te advierto que queda prohibido enamorarse de un hombre tan atractivo como él —rio Amelie al decirlo. Cuando llegaron a la puerta, ella golpeó y no esperó a que él aprobara la entrada.

Ella ingresó a la estancia y lo vio presto a responder, después solo pareció resignado.

—Vengo a presentarle a la doncella, milord. —Amelie colocó a Anne frente a ella.

James no comprendía cómo fue que Amelie robó a una niña. A él le parecía que ella tenía doce años como mucho.

—Ella es Anne —continuó Amelie con la presentación.

—Anne, ¿cuántos años tiene? —curioseó James que no promovía el trabajo infantil.

—Tengo diecisiete, milord —contestó con la voz temblando. La presencia de aquel caballero era capaz de encandilar a cualquiera. Su voz era gruesa y con un tono que deseaba ser amable, pero quedaba bastante duro al oírlo o quizá fuera solo por el temor que ella sentía.

—Puede retirarse, Anne. Vaya junto a la señora Brown o con mi mayordomo, y usted quédese, señorita Sallow —mandó.

—Sí, milord —acató la muchacha que se apresuró a salir del despacho, dejando a Amelie sola con la fiera con título.

—Se ha salvado el pellejo por poco, Amelie —advirtió James—. ¿Alfred escogió a la muchacha? Tiene diecisiete años y dudo que tenga experiencia en una residencia como esta.

—Ninguna doncella podría tener experiencia en una residencia tan polvorienta y de cortinas horripilantes. Yo escogí a Anne porque es joven, fuerte y dispuesta. No es una vieja mañosa como Kate o quizá como su sirviente. Lo que ella no sabe, se lo puede mostrar Kate sin inconveniente alguno. No busque problemas a una solución que le he dado.

—Si vamos a convivir, señorita Sallow, deberá comportarse y acatar las órdenes que se le imponen. En esta casa hay reglas —musitó desde su asiento—. Puede irse, Amelie.

Ella no quería irse. Él era encantador hasta cuando intentaba ser malvado con ella. James era muy pacifico, trataba de solucionarlo todo conversando.

—¿Qué hace? —inquirió acercándose a él para observar. Él parecía estar haciendo algo muy interesante.

—Estoy llevando la contabilidad, ¿puedo hacerlo en paz? —respondió James.

Amelie miró lo que él escribió y negó con la cabeza.

—No lo está haciendo correctamente. Si bien no está mal el registro, pudo hacerlo en uno solo.

James subió sus ojos hasta la muchacha que estaba muy cerca de su rostro, mirando a su libro.

—Amelie…

—Si me deja yo lo hago… —habló enseñándole a James su sonrisa. Ambos estaban muy cerca, tanto que era inevitable que se miraran, esperando algo más.

Él rompió el encantamiento de la mirada de ambos y negó con la cabeza.

—Le dije que no se metiera en asuntos que no competen a las damas —farfulló James, que desvió sus ojos hacia su libro contable.

—Entonces le sugiero el nombre del señor Powell, es un excelente administrador, digno de confianza.

—Lo tendré en cuenta. Déjeme acabar si no desea pasar hambre en el almuerzo.

Capítulo 20

Ella siguió rondando al caballero como un buitre. Estaba muy interesada en eso que hacía y con cada cosa que Amelie creía incorrecta, le salían gestos o sonidos de la boca, desaprobando a James.

Él por su parte, intentaba tapar con el cuerpo su libro, pero Amelie era tan insistente que no lo dejaba tranquilo.

—Es suficiente —dijo James, después de soportar a Amelie por aproximadamente un cuarto de hora. No cerró el libro porque la tinta debía secarse o aquello sería algo inentendible—. Iremos a comer, Amelie.

—Estaba haciéndolo tan mal que disfrutaba burlarme de usted.

—Sí, por supuesto que puedo ser su objeto de burlas, Amelie, sin dudas sentí su respiración en mi nuca.

—¿Me deja la teneduría? De esa manera no lo molesto con mi respiración.

—¿Es sorda, Amelie? —interpeló. Abandonó la silla y se dirigió a la puerta, abrió y le enseñó con una mano la salida.

—Es la segunda persona que me lo dice, pero no, no estoy sorda —respondió dando pasos para salir, pasó la puerta y de manera inmediata escuchó un portazo en su espalda y también el giro de la llave.

James se alivió al invitar a salir a Amelie. No podía concentrarse si ella lo perseguía de esa manera. Sabía de teneduría de libros, pero ella no lo dejaba hacer a su manera y tampoco se iba a poner grosero. Supuso que un hecho decía más que mil palabras.

Amelie desde fuera, masculló una maldición, la había engañado para poder estar tranquilo. Ella alzó la nariz y se retiró hacia la cocina y en ese ínterin imaginaba cómo hacer para darle un escarmiento al maleducado con de Carlisle. Una sonrisa se formó en su rostro cuando una idea se le cruzó por la mente. Si eso que pensaba no lo mataba, a ella la dejaría sin un techo.

—En su habitación le esperan unos presentes de parte de lord Carlisle, señorita Sallow —avisó Alfred al ver a Amelie llegar hasta la cocina.

—¿Presentes? —inquirió Amelie. Ella sentía arder sus mejillas, pues que James le pidiera a Alfred que le comprara algo, podía significar algo bueno.

—Puede ir Anne con usted para ayudarla —dijo Alfred sin dar detalles sobre lo que había en la habitación.

Amelie vio que Edwina, la cocinera, le estaba diciendo un par de cosas a Anne para que tuviera en cuenta para su trabajo.

—Anne, debemos ir para conocer los presentes que me hizo milord —La llamó Amelie, controlando su emoción.

—Sí, señorita —aceptó la muchacha.

Ambas partieron ante la atenta mirada de Kate y una risa ladina de Alfred.

—¿Qué le regaló lord Carlisle a la señorita Sallow? —preguntó Kate. Se le hacía muy sospechosa la cara del mayordomo.

—Algo que la señorita merece…—fue lo único que contestó el mayordomo.

Amelie subió las escaleras a largas zancadas, mientras Anne lo hacía con lentitud, pues no dejaba de observar los detalles de la residencia, que le parecía muy austera para un conde.

Al abrir la puerta de la habitación, Amelie vio una cantidad de telas, muselinas, listones, encajes, satén y seda extendidos sobre la cama. Se acercó con el ceño fruncido y las acarició.

—¡Oh, son hermosos vestidos, señorita! El conde es todo un caballero —Anne también tocó las telas, que eran finas y elegantes, dignas de un hombre adinerado que deseaba congraciarse con una dama.

—¿Qué es todo esto? —increpó molesta—. Ese vasallo del infierno…

—Señorita Sallow, son vestidos que le quedarán muy bien, es usted muy bonita.

—No quiero vestidos, y menos este que parece el vómito de un gato que se tragó a un pájaro, está lleno de plumas… —musitó ofendida.

—Pero si son tan elegantes. El conde debe buscar su atención con estos presentes. Le sentarán de maravilla, solo debe probarlos.

—¿Cree que me quedarán bien?

—Puedo asegurar que milord desea ver a su prometida como una dama.

—Soy una mujer, ¿hay alguna duda al respecto? —interpeló Amelie, disconforme con lo que dijo Anne.

—No, señorita.

—¿Entonces por qué dice que tengo que verme como una dama?

Anne guardó silencio sin querer responder por la vestimenta de Amelie y su cabello.

—¿Guardo sus prendas nuevas en el armario? —inquirió la muchacha, se acercó al mueble para abrirlo. Dentro solo había camisas y pantalones masculinos. Anne supo que no debía decir nada si no quería quedarse sin el puesto de sus sueños.

—Mejor hay que tirarlos. No sirven o que se usen como trapos de cocina —mandó Amelie, molesta. Alfred deseaba convertirla en un terrible modelo de mujer inútil.

—¡Ay, no, no podría hacerlo, no tengo corazón para destrozar estos vestidos!

Otra vez Amelie acarició las prendas y eran finas esas telas, que hasta a ella le daba pena desear tirarlas o romperlas. Alzó una ceja, dudando si se quedaban en el armario o se iban a la cocina.

—Guárdelos en donde yo no pueda verlos. —ordenó al fin para la tranquilidad de Anne—. Ahora, mire esta habitación, sucia y sosa. Quiero que lleve las cortinas para lavarlas en agua caliente. ¿Sabe bordar?

—Sí, sé hacerlo.

—Entonces borde flores en las partes bajas para que parezca que esto tiene más vida. Si no me agrada como queda, puede llevar las cortinas a su casa, Anne.

La muchacha asintió y se dispuso a guardar los preciosos vestidos que estaban en esa cama. Eran cinco y Amelie no se los pondría de ninguna manera, y ella tampoco le insistiría para que lo hiciera.

Después de que Anne acabara de guardar aquellas prendas, se dispuso a bajar las cortinas para lavarlas. Convenía con Amelie en que estaban sucias y sosas. A esa habitación le faltaban muchas cosas para que la señorita de la casa dejara de refunfuñar.

***

Alfred entró al despacho de James para avisarle que el almuerzo estaba listo para que se acercara a la mesa.

—¿Por qué dejaste que Amelie hiciera de las suyas, Alfred? No viste que se robó de la cuna a la nueva doncella —refirió James, burlón.

—Le causa gracia, milord, pero mientras estaba haciendo algunas diligencias, la señorita estrambótica Sallow, buscó a una muchacha, y sin consultarlo, la metió en el carruaje. Aunque, admito que Anne está predispuesta, tuvo buen ojo en esta ocasión.

—Ahora resulta que comienza a tener defensores en mi casa.

—No, milord, pero escarmentará con lo que le compré —rio Alfred, acercándose a James.

—Sabía que algo traías entre manos, hubieras acudido a mí para quejarte si no fuese así. Cuéntame.

—Le compré vestidos a la señorita Sallow y otros accesorios para su cabello.

James echó una sonora carcajada. Alfred estaba haciendo una pequeña guerra con Amelie y él también. De cierta manera esa muchacha llevaba un aire diferente a la residencia. Ponía a prueba su tranquilidad. Muy pocas veces dejó de ser razonable, ella estaba intentando sacarlo de sus casillas con frecuencia, aunque sin mala intención. Ella estaba acostumbrada a ser la que mandaba en el hogar. ¿Qué podía esperar de alguien que creció entre hombre de campo y trabajo? Amelie era una mujer diferente a la que debía tenerle mucha paciencia.

—Puedo imaginarla convertida en un demonio. ¿Ya está en la mesa?

—Aún no. Le está dando mucho trabajo a la nueva doncella. Vi que la mandó a lavar las cortinas de la discordia.

—¿Consideras que Amelie tiene razón en lo que piensa de esas cortinas?

—¿No estará pensando en consentir a esa muchacha? Lord Carlisle, piénselo —recomendó Alfred.

—No la consentiré, pero no ingreso a su habitación, por lo que al menos necesitará comodidad para sus ojos. Si ella se siente contenta en un lugar que sea de su preferencia, muy poco bajará a molestar en mis dominios que será la planta inferior en donde están la biblioteca y el despacho. Hoy ha invadido mi privacidad y no me dejó hacer la contabilidad en paz. Si quiere cortinas para dejarme tranquilo, hay que dárselas.

—De cierta manera tiene usted razón, aunque eso será darle esperanzas de que se quedará en esta casa y más de que tiene interés en ella. Se lo digo, milord, ella quiere ser la dueña de sus tierras y de usted —refirió el mayordomo, cauteloso.

—Yo ya tengo dueña. Amelie no podrá cambiar años de un amor prohibido que ahora es permitido. Lady Seaford es lo que espero, y Amelie es lo que me ha caído por un afortunado error para librarme de Daphne. A las cosas por su nombre…

—Sí, milord. —Aceptó Alfred, poco confiado en las palabras de James.

Ellos salieron juntos del despacho para dirigirse a la mesa. Al pasar frente a las escaleras, James y Amelie se encontraron. Ella alzó la nariz y sin cruzar palabras estuvo a punto de golpearlo con su trenzada cabellera, al pasar junto a él.

—Las consecuencias de tus actos, Alfred —pronunció James, sabiendo que la comida le caería mal a él y no exactamente a su criado.

—Pobre del orgullo de esa señorita, ya se convertirá en una dama pronto si quiere dominarlo a usted, veremos qué tan persistente es.

Alfred no estaba seguro de que James se casara en realidad con la condesa viuda por la presencia de Amelie en la casa. Al primer día de ella en el sitio, sus convicciones de ser un hombre fiel, se le escapaban entre los dedos a su patrón. Incluso, Alfred consideraba que Amelie podía contar con seductor salvajismo, pero él no dejaría que el último conde de Carlisle extraviara su camino con una muchacha que no merecía ser la condesa. Si ella deseaba ser la esposa de James, debía colocarse a su altura.

Amelie se sentó en el que ella consideraba su lugar en aquella mesa; al otro extremo de donde James se sentaba. No pudo evitar apreciar al conde cuando entraba al comedor, tan varonil y con un gran aire de grandeza. Suspiró y hasta no quiso permanecer enojada con alguien como él y más porque le daba asilo, pero eso de los vestidos, fue un insulto que no se esperaba de su parte.

Los criados sirvieron el almuerzo con presteza y se colocaron en sus respectivos lugares a

cada lado de la mesa. James y Amelie comían en silencio, uno que el conde agradeció desde el fondo de su corazón.

—No le fue suficiente con engañarme para que saliera de su despacho para después, dejarme unos presentes en la habitación. ¿Quiere saber cuál me ofendió más? —preguntó Amelie rompiendo el silencio que los rodeaba.

James negó con la cabeza y se limpió la boca con la servilleta antes de responder.

—No, no estoy interesado en saberlo —manifestó sincero.

—Se lo diré aunque no le interese. Odio los vestidos. Admito que son un poco bonitos —dijo desdeñosa—, pero no lo suficiente para tentarme y ser una mujer con vestido. Hay mucho que hacer en esta propiedad y…

—Y usted no hará nada de lo que piensa, se mantendrá al margen de la propiedad, se pondrá el vestido y se encargará del té de la tarde. ¿Alguna otra duda? —la interrumpió James sin ánimos de pelear.

—Sí, ¿me dejará escribir cartas?

—A todas sus amigas, conocidas, pretendientes, vecinos… a quien usted desee —concedió amable.

—Me refiero a sus cartas comerciales…

—No. Esa es mi responsabilidad, al igual que la teneduría de libros, la búsqueda de un nuevo administrador y demás. Usted, Amelie, preocúpese por las vicisitudes propias de una dama como, por ejemplo: el té se enfrió, se le ha mojado el dobladillo del vestido, su cabello se alborotó por el viento, se le ha deshilachado un listón o que su *bonnet* ya no está de moda.

Ella rio ante todo lo que sabía de las damas. Nunca estaría en esa situación.

—¿Y qué viene después? ¿Pedir auxilio para subir a un caballo, no respirar por mí misma, huir de las gallinas que desean comerse mis joyas y fingir que soy una verdadera inútil? Usted sabe más de damas que yo.

—Crecí viendo a mi madre, a sus amigas, y a otras damas a mí alrededor. Un caballero debe estudiarlas para aliviar sus penas, son ínfimas y hasta en ocasiones ciertamente satisfactorias cuando son resueltas con apoyo masculino. Por lo último que me dijo, noto que puede llegar a ser una dama en toda su ley, conoce los conceptos básicos.

Amelie chirrió los dientes. Lord Carlisle no podía imaginarse lo ella haría. No necesitaba ayuda para hacer que aquel dejara de querer transformarla en una dama, sus actos hablarán por ella.

Capítulo 21

Cuando terminó el almuerzo, Amelie y James se levantaron para ir cada quien a buscar qué hacer.

Amelie no tenía nada en mente, su cabeza estaba vacía. No estaba en sus tierras para salir a dar un paseo. Siempre salía sola por las tardes para observar la esplendorosa propiedad que nunca sería suya. Fue consciente de su debilidad; sin querer admitirlo, cuando le dijeron que su hermano murió. Quizá en su ánimo de trabajo e inocencia, ella no comprendió o no quiso comprender lo que ocurriría. Las visitas de Alec Sallow se hicieron más frecuentes al igual que las cartas que el señor Sallow le enviaba. Cuando Alec iba a visitarlos, siempre recorrían la propiedad, salían los tres juntos, aunque a Amelie siempre la dejaban de lado, como si su opinión no importara. El padre de ella trataba a Alec con excesiva consideración. Se refería a Amelie como si se tratara de una niñata caprichosa y consentida, cuando lo que en realidad ella buscaba era compensar la falta de su querido hermano, siendo tal y como él fue.

—¿Qué hará, lord Carlisle? ¿No quiere salir a montar? —preguntó Amelie para que él la acompañara.

—No hay caballos —respondió James con el ceño fruncido.

—¿Qué los caballos del carruaje no son caballos y usted llegó a Yorkshire estirado por perros grandes?

—No son aptos para montar, son de tiro.

—Solo usted puede dividir a los caballos de esa manera. Yo saldré a pasear. Supongo que estas tierras tienen más que ruinas, me refiero a algunas maravillas naturales —musitó con un deje de burla en sus palabras.

—Pasee sin inconveniente, pero vuelva para preceder el té de la tarde y quiero verla con un vestido. Recuerde que hay condiciones para quedarse en mi casa como mi pupila. Obediencia y buen comportamiento, Amelie —le recordó antes de ir a la biblioteca para una tarde de lectura.

Amelie bufó sin importarle que él la viera. Abrió la puerta y se marchó ante la atenta mirada de James.

James rio y continuó su camino a la biblioteca. Pasó a la estancia, observó los libros a su alrededor y cogió uno. Dio cortos pasos hasta llegar al sillón que estaba junto a la ventana. Echó un vistazo y distinguió la figura de Amelie alejándose por el horizonte de aquel verde paisaje. Recordó con una sonrisa lo que le dijo en la mesa. ¿En cuánto tiempo él podría convertir a Amelie en una dama digna de tener un esposo? Deseaba hacer la buena obra de casarla, pero con ambos nombres involucrados como prometidos, eso sería difícil. En ese instante era donde suponía que intervendría su futura esposa, la condesa, para convertirla en una dama esplendorosa, sofisticada y elegante. Nada quedaría de aquella criatura caprichosa con vestimenta de hombre y con gustos peculiarmente parecidos al de una casera insolente.

***

Amelie recorrió a pie las tierras. Era una suerte que esas botas que llevaba puestas fueran tan cómodas. Para la próxima ocasión no respetaría las palabras de James respecto a los caballos. Uno de tiro podía servir para montar y más si ella intentaba utilizarlo.

La propiedad era maravillosa y quizá más extensa que la de su padre. Le encantaba observar aquel brazo ancho de un arroyo que atravesaba la propiedad. Pudo también cruzarse con unas pocas vacas y saludó a personas que ella supuso, eran los arrendatarios de la propiedad.

En cierto momento, miró la altura del sol, ella debía regresar a la propiedad para servirle el té a su tutor, al desalmado lord Carlisle. Mientras emprendía su regreso, no podía evitar recordar aquel encuentro que tuvieron por la noche. Eso le indicaba que quizá ella no le sería indiferente si se lo proponía. Debía atreverse a conseguir la atención de James, así podría manejarlo para sacar esa propiedad adelante. Si él quería una mujer para su cama y así que ella consiguiera ventajas, lo haría, compartiría su cama con un conde. Esperaba que aquello fuera suficiente para ser la dueña de todo eso que la rodeaba.

Al pasar la puerta, Anne la recibió con una sonrisa.

—Ha llegado a tiempo, milord preguntó por usted. Quiere que vaya a beber el té con él —anunció la muchacha.

—Iré ahora…

—Señorita, ¿no olvida algo?

—Sí, llevar el té —dijo Amelie—, pero usted lo llevará y yo lo serviré.

Amelie caminó hacia la biblioteca para buscar a James, pero al llegar se dio cuenta de que él no estaba ahí. Tomó el pasillo hacia el despacho, al abrir, lo vio continuando con su libro contable.

—Pensé que se hubo cansado y me dejaría esa tediosa labor a mí —habló
Amelie, pasando al despacho para sentarse.

James alzó la mirada hacia ella y le sonrió, aunque se sintió decepcionado al ver que no llevaba puesto ningún vestido, era la misma Amelie que salió horas atrás, aunque menos arreglada quizá.

—¿Y el vestido? —curioseó dejando la pluma en el tintero.

—¿Acaso se comerá el vestido? —respondió sardónica.

—Amelie…

La puerta se abrió y era Anne, temblorosa, con el té.

—Déjelo en esa mesita —indicó James a la muchacha para que no lo tirara todo al suelo. Comprendía que era su primer día, y los nervios le estaban ganando.

Anne obedeció e hizo una reverencia antes de salir.

—Soy más diestra bebiendo el té antes que sirviéndolo —comunicó Amelie, sonriente. Cogió la tetera y sirvió con descuido el preparado en ambas tazas. Después ella le acercó el té a James y se lo colocó enfrente.

—Se sentiría más preparada para hacerlo si tuviera un vestido puesto —refirió James, notando las gotas que salieron de la tetera y mojaron el platito del té. Pese a eso, él se llevó la taza a la boca para sorber su contenido.

—Con el único vestido que milord me verá, será con un camisón —alegó burlona.

James escupió el té por lo que había dicho ella. ¿En qué momento se le escapó la decencia o será que alguna vez la tuvo? Sintió que el calor le subió a la cabeza por lo que ella insinuó. Recordarla en camisón no era una buena idea para beber el té.

Ella se carcajeó a causa de él. Parecía hasta escandalizado por lo que había dicho. Por la noche no pareció nada escandalizado con su propio comportamiento. Dejaría que muriera por sus culpas, lo merecía por expulsarla del despacho y comprarle vestidos.

—Está bien, no use vestidos, pero sabe que está más cerca de la desobediencia que de la obediencia en este caso —contrarrestó James, intentando recuperar la calma.

—Sí, pero Amelie Sallow y la obediencia no han estado de la mano en mucho tiempo.

—Iré a cambiarme la casaca, se ha mojado —avisó James, apresurando su salida del despacho.

Amelie sorbió un poco de su té, después miró a la puerta que tenía una llave y sonrió maliciosa.

—Una cucharada de su propia medicina, lord Carlisle —pronunció. Se apresuró para levantarse de la silla y cerrar la puerta con llave, al acabar con su fechoría, se acercó al escritorio donde estuvo James antes de retirarse y se sentó en el sillón.

Estuvo un minuto riendo como tonta antes de coger el libro contable y reír, ella terminaría con esa labor que él no acababa nunca.

Cogió los comprobantes que faltaban y se dispuso a asentarlos con una sonrisa.

En su habitación, James pensaba que tuvo que abandonar su despacho por vergüenza de que ella fuera tan indiscreta. Lo que para Amelie podía ser algo normal y circunstancial, para él era un escándalo absoluto. No podía estar parado frente a ella recordando que la acarició bastante y que casi la devoró desesperado. Alfred se lo advirtió. Por una razón él había guiado a su abuelo, a su padre y a él, experiencia le sobraba. Debía hacerle caso y jamás dudar de sus sabios consejos. En ese momento era un conde avergonzado por sus bajos instintos.

Se apresuró para cambiar su prenda que fingió tener mojada solo para escapar, y se dispuso a regresar por su té. Descendió los escalones con rapidez y a largas zancadas tomó el pasillo del despacho, cuando quiso abrir la puerta, aquella estaba cerrada con llave. James cerró los ojos, Amelie era una arpía de lo peor.

—Amelie, no quiero pensar que está vengándose de mí —pronunció pegado a la puerta.

Amelie rio al escucharlo, pero lo ignoró y siguió con sus registros.

—Abra en este instante, mi paciencia tiene un punto de inflexión, señorita Sallow, y no tiene siquiera un mes en esta casa para atentar contra eso —profirió amenazante.

Ella suspiró y supo que él tenía razón, al menos el mal rato se lo hizo pasar, era un pequeño deleite que no se quiso negar. Se puso de pie y caminó hasta la puerta, giró la llave y al abrir, él no parecía muy contento.

—Fue la mejor decisión —expresó pasando al lado de ella para dirigirse a su asiento. Cuando observó su escritorio, supo que Amelie hizo de las suyas—. Le dije que no se entrometiera en mis asuntos sobre la propiedad. Usted no está en su casa, es la mía, y se hace lo que digo. Las puertas de mi casa están abiertas para que se vaya.

—Lo ayudé…

James no pronunció una palabra más. Cogió la campanilla del escritorio y la agitó con fuerza. Después de unos pocos minutos, el impecable Alfred se presentó en el despacho.

—¿En qué lo ayudo, milord? —preguntó servicial.

—Llévate el té y a la señorita Sallow. Hoy cenará en su habitación —declaró. Se sentó en su sillón y se llamó al silencio.

—Sí, milord.

Alfred recogió la bandeja del té, miró a Amelie para que saliera sin decir una palabra.

—Es usted muy rencoroso con quien lo quiere ayudar —dijo Amelie, que se retiró sin sentirse siquiera ofendida, le sobrara amor propio.

De aquel incidente en que James condenó a Amelie, pasaron cinco días. Ella no obedeció los designios del conde y cenó con él esa noche y el resto de las que siguieron. Como si nada ocurriera entre ambos, se presentaba para todas las comidas del día. A Amelie comenzaba a desesperarle la lentitud del conde para poner a producir esas tierras, pronto llegaría el otoño y James apenas alcanzaba a cubrir las necesidades de la finca. No había nada para vender en el mercado ni ofrecer, por lo que ella tomó la decisión de comenzar con la cría de caballos, y los mejores caballos estaban en su antigua casa. Iría por ellos durante la noche, pero primero debía

probar si los caballos de tiro del carruaje eran aptos para ser montados.

Después de almorzar con James, ella se retiró para coger uno de los caballos en secreto, mientras el conde se retiró para hacer su lectura en la biblioteca. Amelie consideró que sería sencillo, pero le fue muy difícil, primero, liberar al caballo y lo segundo, controlarlo.

—No te haré daño, pequeño —dijo acariciando al caballo negro que estaba muy inquieto.

Cuando creyó que estaba calmado, le colocó la silla de montar en el lomo y procedió a subir. El caballo se tensó e intentó tirarla, pero ella era hábil, al menos para mantenerse ahí.

En la biblioteca, Alfred le estaba sirviendo una copa de brandi para que James leyera con tranquilidad, aquel tenía los ojos fijos en su libro, tanto, que no vio a Amelie en un caballo negro intentando mantenerse arriba.

—Milord, ¿tiene caballos negros en sus caballerizas? —preguntó Alfred con serenidad.

James frunció el ceño por la pregunta.

—No, son bayos y blancos.

—¿De dónde sacó la señorita Sallow un caballo negro? —inquirió el mayordomo—. Mire por la ventana.

—¿Un caballo negro? —James miró por la ventana y Amelie pendía de un hilo para caer y magullarse hasta el alma—. Esta mujer me matará. Iré a buscar un caballo.

Él se apresuró para buscar uno de los viejos caballos que habitaban sus caballerizas. Uno de los mozos le ensilló el caballo para que él saliera disparado para salvar a Amelie de su propia tontería.

—¡Quieto, quieto! —ordenó Amelie, asustada sobre aquella bestia infernal de ojos brillantes. Trataba de contenerlo, pero era joven, poderoso y hasta podría considerarse gruñón.

—¡Amelie! —llamó James.

Ella lo vio llegar, gallardo, espoleando sin dilación a su caballo para llegar hasta ella. Él la cogió de un brazo y jaló a Amelie para que abandonara a su caballo y quedara en el que comandaba James. Logró su cometido y disminuyó la carrera del caballo.

Amelie estaba pegada al pecho de James. Aquel lugar era donde deseaba estar. Escuchaba latir desenfrenado el corazón de él.

—¿Qué le dije sobre los caballos de tiro? —reprochó James, molesto.

—Tiene razón, fui insensata —aceptó abrazándose a él.

Aquel abrazo calmó a la fiera enojada que James tenía dentro.

—La desobediencia tiene este tipo de consecuencias, Amelie —musitó más tranquilo, el peligro pasó.

Ella subió sus ojos hacia el rostro de James, colocó su mano en la nuca de él, y lo atrajo hacia sus labios. Miró primero a los ojos de él y se apresuró a tomarlo por sorpresa con sus labios.

James no opuso resistencia, sino que una de sus manos abandonó las riendas para atajar a Amelie de la nuca y apretarse con mayor fuerza a los labios de ella.

Capítulo 22

Hambrientos, ambos se devoraron sin perder tiempo. Amelie se aferró al rostro de James, que no perdía segundo en recorrer la boca de ella con su lengua, de hacer que ella respondiera con la misma avidez y deseo. La respiración de ellos se hacía más dificultosa, pero sabían que si llegaban a separar sus labios para algo tan elemental, el encanto se perdería y la incomodidad los embargaría.

James se hizo consciente del error que estaba cometiendo con Amelie, ella volvió a hacer de las suyas y él tampoco era un tonto, aprovechaba cada bocado que le ofrecía, era un aprovechado. Él cortó el beso para respirar, estaba agitado al igual que ella.

Evitaron mirarse, aunque Amelie tenía una sonrisa pícara en el rostro. No sabía cómo enfrentar sus crecientes sentimientos hacia James. Él no parecía sentir lo mismo. Era amable, pero no pasaba de una simple cortesía. Ella esperaba cada momento propicio para devorarlo con sus ojos y ansiaba robarse más besos como en esa ocasión.

—Es incorrecto, Amelie, no puede besarme cada vez que le apetezca. Me voy a comprometer muy pronto —dijo James, creyendo que eso serviría para calmar los ánimos de ambos. No podían besarse con frecuencia.

—Estamos a mano. Usted besó a una ebria. Además, en todo caso, yo soy su prometida, eso lo sabe Inglaterra gracias a la tontería del señor Powell, no lo puedo culpar, hizo lo que creyó correcto, y por esa razón es libre de besarme si lo desea.

Él no pudo evitar reír por lo que ella le dijo. Para Amelie nunca existían inconvenientes, lo solucionaba todo con la simpleza de la lógica. Si bien James se molestó porque ella tocó sus libros con una letra decadente, lo hizo excelente, por lo que sí era cierto que se le daban bien los números y quizá también fuera buena dirigiendo una propiedad, pero él no podía darle las riendas de nada, porque ella pronto debía irse, una vez que se convirtiera en dama y él se casara con lady Seaford.

—Lo dice con tanta naturalidad que podría convencer a cualquiera —alegó James, cogiendo las riendas del viejo caballo para regresar a las caballerizas.

—Solo quiero convencerlo a usted, mas finge ser exquisito. Soy una persona práctica, sin embargo, piense, todavía está a tiempo de escogerme como esposa. Necesita una mujer y yo soy mujer. Lastimosamente yo necesito un varón, y usted es uno. Sus necesidades con mis necesidades, una mezcla sencilla para resolver dos problemas —aseguró Amelie. No perdía nada proponiendo sus ideas, era inmune a las negativas.

—Como se expresa, le puedo decir que no obtendrá un esposo. Utilizó «lastimosamente» para referirse a algo que necesita. Yo no lamento precisar de una esposa, lo percibo como algo agradable, pero depende de quién es la escogida.

—Lord Carlisle, mi oferta sigue en pie. No me moriré si se niega, pero puede al menos considerarlo.

—Por respeto le diré que lo consideraré —expresó entre risas.

Amelie también rio. La incomodidad pasó desapercibida entre esa conversación que habían tenido. Ella adoraba a James por cómo era y deseaba que esa propiedad prosperara, por lo que iría a buscar a esos caballos de su antigua casa para ayudarlo a apresurar ese crecimiento que esperaba. También debía presionarlo para que contratara al señor Powell.

Llegaron montados en el caballo hasta las caballerizas. Amelie bajó sin dilación, y sin esperar que un mozo la ayudara. James dejó al caballo para se encargaran los sirvientes.

—Que alguien busque al caballo de tiro —mandó James para alcanzar a Amelie.

Caminaron hasta la residencia en silencio y cuando entraron Alfred se acercó a James y le susurró algo en el oído y aquel sonrió. Amelie entornó los ojos. Le molestaban esos secretismos entre sirviente y patrón. ¿Qué no debía saber ella?

—Lleva la carta a la biblioteca, continuaré leyendo, mientras Amelie irá a descansar después de su tontería —avisó James, dirigiéndose a la biblioteca—. Recuerde que debe servir el té, señorita.

Ella se quedó por un minuto mirando el pasillo vacío que después fue ocupado con el sirviente que llevaba una carta en su mano. Amelie dio unos pasos lentos antes de subir a la planta superior e ir a su habitación para tomarse un descanso. Aprovecharía la complicidad de la noche para buscar los caballos y quizá algunas gallinas.

James entró a su biblioteca, ansioso. Deseaba saber qué le escribió Emeline.

—Te felicito por tu discreción, Alfred. Es bueno que Amelie no sepa sobre la carta de Emeline —musitó James, cogiendo la carta que le entregó su sirviente en ese momento.

—Si de mí dependiera, lo hubiera dicho en voz alta. Creo que es a usted a quien le alegra que ella no lo supiera. Tenga cuidado, lord Carlisle, el encanto de una salvaje puede cegarlo y alejarlo de la mujer conveniente.

—Hoy Amelie me pidió que considerara que ella fuera mi esposa. Estuve al borde de morir de la risa. Es capaz de hacer cualquier cosa por quedarse con esta propiedad, hasta el terrible sacrificio de casarse conmigo.

—Lo que me temo, milord, es que esa muchacha consigue lo que quiere. No será mañana, pero si nos descuidamos, ella será la condesa, sea precavido.

—Alfred, no me asustes. Mejor leeré la carta de lady Seaford.

—Con permiso, milord. —Se despidió su sirviente.

James rompió el sello de la carta. Aquel papel tenía el delicioso perfume de una dama y la letra era impecable, tan agradable a la vista, que no leer aquello por más que pudiera decir cosas terribles, sería un desperdicio.

Estimado lord Carlisle.

Su carta me ha tomado por sorpresa. Estaba bebiendo un té cuando la abrí, aquel se volcó y manchó mi vestido. Antes que nada, debía decirle lo que pienso sobre un caballero comprometido. No es correcto que le haga proposiciones a una viuda, estando con la palabra empeñada. Fue desalentador para mí saberlo en próximas nupcias con una señorita de Yorkshire. Cuando enviudé, creí que podría acercarme a usted, pero esto nos aleja.

Pasaré por su propiedad en unos días, solo para saludarlo. Iré a casa de mi madre hasta que llegue el invierno y después regresaré a Londres. Espero que no le moleste a su prometida, recibirme por unos días, no será mucho, lo prometo.

Me despido de usted con tristeza, aunque con la alegría de saber que al menos podré verlo otra vez.

Con cariño,

Lady Seaford.

En ese momento, el desalentado era él. Sin embargo, tenía la oportunidad de hablar con ella y aclarar el asunto. Estaría unos días ahí y en ese tiempo la convencería de que lo suyo con Amelie era una mentira.

Por la tarde, Amelie, entre bostezos se sentó en la biblioteca junto al té para servirlo. Era una rutina que James implementó para que ella se convirtiera en señorita, pero que no le estaba dando muchos resultados a él.

—Me comerá si sigue así, Amelie —dijo James después de sorber un poco del té que ella le sirvió.

—Lo siento. Seguía con sueño, pero Anne me despertó.

—Le haría bien llegar más lúcida a la cena de las nueve.

—¿Cuándo cenaremos a las siete? Debo llevarme bocadillos a la habitación para soportar los rígidos horarios de esta casa.

—Cuando tenga su propia casa pondrá sus horas, Amelie, para eso debería casarse —resaltó James, sugerente.

—Ah, es una pena que tenga que vivir bajo sus terribles reglas, lord Carlisle. —insinuó para que le quedará claro que ella no pensaba moverse de ese lugar—. ¿Puedo mirar los libros? No escribiré, solo quiero hacerlo por diversión.

—Tome —concedió él sin resistirse. Ella no tenía tinta ni pluma en aquella silla para hacer lo que quisiera con sus libros contables.

Sobre el libro estaba la carta de lady Seaford, que cayó al piso cuando él le pasó el objeto.

—¿Una carta comercial? —preguntó Amelie, cogiéndola del suelo. La abrió sin dilación y leyó ante la temerosa mirada de James.

—Es una carta personal, Amelie. Entréguela—mandó extendiendo su mano.

—¿Qué si le voy a dar permiso de que venga? —interpeló a modo de juego—. Por supuesto que no. Soy su prometida, y una muy celosa.

James se sonrojó y se apresuró a arrebatarle la carta, aunque fue tarde, ella la había leído.

—Milady es una mujer excepcional —dijo. Dobló la carta y la guardó en uno de los cajones del escritorio. Eso lo debió hacer antes de que Amelie se fijara en el contenido. No sabía la razón por la que estaba avergonzado de que ella supiera más de lo que debería—. Le hará bien tratar con ella.

—No soy alguien que guste de pasar el tiempo con extraños, milord.

—Le recuerdo que yo soy un extraño.

—No, usted es alguien que me ofreció lo que yo necesitara y también es mi prometido de mentiras —agregó con cierta tristeza.

Existía una brutal diferencia entre la referencia que él daba de la viuda y la que llegaba a decir de ella. Era molesto saber que lady Seaford era excepcional y que ella era una salvaje, y James eso le insinuaba con pequeñas palabras.

—Es cierto… —aceptó James, volviendo a beber su té.

—¿Más té? —preguntó Amelie, para ocultar su congoja.

Después de la cena, Amelie se retiró a su habitación. Esa noche no bebería nada más que agua para ir a buscar los caballos. Le pediría al cochero de su antigua residencia, que la ayudara a llevarse esos caballos, y si Alec Sallow preguntaba en dónde estaban, que solo respondiera que lo descontara de su dote.

Cuando no escuchó movimientos en los pasillos, supuso que todos se habían acostado. Ella salió sigilosa de sus aposentos. Tenía una vela en la mano para alumbrar la noche sin luna. Llegó hasta la cocina y abrió la puerta.

—Señorita Sallow —La sorprendió la voz de Kate.

—Kate, me asustas. Deberías estar durmiendo.

—Me iré a dormir pronto.

—Estas no son horas para que estés despierta. ¿Qué tramas, Kate?

—La pregunta no está bien hecha, ¿qué trama usted, señorita Sallow?

—Traer unos caballos de mi vieja casa. Hay tantos que solo deberán sacarlos de la contabilidad.

—¡Oh, usted y sus malas ideas! El conde la echará de aquí sin contemplaciones por meterse

en sus asuntos. Él es muy bueno con usted, no haga cosas que lo molesten.

—Esto le dará el empujón que necesita.

—Será un empujón para que usted se vaya de aquí.

—Exageras como siempre. El conde me agradecerá esto toda la vida —dijo Amelie, ínterin en el que escuchó unos pasos que se acercaban a la cocina.

—Váyase, señorita Sallow, ese debe ser Alfred —alertó Kate, abriendo la puerta.

—¿No querías que me quede?

—La verá, vaya a donde guste.

—Me contarás después qué hacen ustedes. Estaré muy molesta si ambos tienen una vida sentimental satisfactoria y yo no.

Kate cerró la puerta de la cocina, y en efecto, era Alfred el que llegó hasta la cocina después de dejar a James listo para dormir.

—¿No va a huir de mí, señora Brown? —preguntó al verla cerca de la puerta.

—No, señor, por supuesto que no. Lo estaba esperando. Tomaremos vino… —condescendió.

***

Amelie se quedó pensando en qué hacía Kate despierta a esas horas, mientras ella seguía su camino con la vela ya apagada. Fue una tonta al pensar que un pequeño viento no la dejaría a oscuras. Llegó a las caballerizas y buscó a uno de los caballos que estuviera más fuerte. Le colocó la silla de montar y partió rumbo a su propiedad.

Llegó hasta su antigua casa cerca de la medianoche, sintió un vuelco en el corazón al regresar ahí, aunque fuera para robarse. Ella dejó al caballo en un lugar alejado de la residencia para que no hiciera ruidos. Sigilosa, entró a la casa y sin perder tiempo fue a las habitaciones de los criados. Charles, el cochero, era quien la ayudaría. No se lo pediría a los mozos que quizá fueran fieles a Alec en ese momento.

—Charles… —llamó moviendo al hombre que estaba dormido.

—¿Señorita Sallow? —inquirió, somnoliento.

—Sí, necesito de tu ayuda.

Capítulo 23

Ayudada por su antiguo cochero, Amelie salió de la propiedad con seis caballos. Se le acabarían los problemas para montar al conde, pues tendría animales jóvenes y fuertes. Charles la acompañó en su trajín hasta la residencia de James y le contaba sobre la maravillosa estancia de su primo Alec Sallow en la casa. Le dijo que Alec la estaba buscando para que se reuniera con él y su esposa en la casa.

Amelie le prohibió a ese criado contar en donde se encontraba, no quería las sobras de la esposa de su primo, que la miraría por sobre el hombro, relegándola a la terrible posición de refugiada en su propia casa, prefería pecar de acogida sinvergüenza en casa de lord Carlisle.

—Si el señor Sallow pregunta por estos caballos, dirás que yo me los llevé sin decirte a qué lugar. Hazme ver muy mal ante los ojos de tu nuevo patrón, y que lo descuente de mi dote. Adiós, Charles, gracias por ayudarme.

—De nada, señorita. Aquí tengo su bolsa con las gallinas —Le entregó una bolsa arpillera cargada con gallinas que estaban muy incómodas dentro—. Cuídese mucho.

—Estoy protegida, Charles. Ten cuidado al regresar —despidió a su viejo cochero y lo vio desaparecer entre la neblina de la madrugada.

Ella acomodó a los caballos en las estrechas caballerizas y después llevó a las gallinas hasta el gallinero casi vacío. Tenían un gallo y una gallina.

—El conde estará muy sorprendido al levantarse —dijo Amelie antes de regresar a su habitación, estaba a punto de amanecer. Aquel sería su primer día sin comerse las reservas que tenía en su habitación. Dormiría hasta las diez sin duda alguna.

***

Alfred escuchó el canto de varios gallos. Ellos solo tenían uno. Aquel hecho le resultó muy extraño, por lo que fue hasta el gallinero después de vestirse y prepararse para el día. Cuando encontró más de media docena de gallinas y dos gallos más aparte del que tenían, supuso que la mano negra de Amelie Sallow estaba metida en el asunto. No estaban en Escocia para creer que esos animales aparecen de la nada.

—¡Señor Alfred! —exclamó uno de los mozos de cuadra que lo estaba buscando dentro de la casa.

—¿Qué ocurre, muchacho? Todavía sigo un poco dormido.

—Han aparecido caballos en las caballerizas, ¿milord los ha comprado y no avisó para que hagamos espacio?

—Esto no es obra de milord, tanto estas gallinas como esos caballos.

—Son hermosos, señor, tiene que verlos.

Alfred siguió al mozo que estaba exaltado por aquellos imponentes nuevos residentes que tenían las caballerizas. En verdad que había razones para entusiasmarse, aunque no sabía qué tan entusiasmado se pondría James.

El mayordomo subió las escaleras con aquella zancada corta que lo caracterizaba, y se dirigió a los aposentos de James. Aquel estaba dormido, pero Alfred concluyó que era mejor contarle las buenas nuevas para que la sorpresa de ver todo por su cuenta no lo asustara.

—Lord Carlisle, buen día —dijo Alfred para saludarlo.

James abrió los ojos para saber qué necesitaba su mayordomo. Él nunca lo despertaba si no era algo de extrema urgencia.

—¿Qué ocurre, Alfred? —inquirió. Intentó prestarle la mayor atención posible a su sirviente.

—Supongo que tiene que ver con la señorita Sallow.

James cogió la almohada que estaba a su lado y la colocó sobre su cabeza. No quería saber sobre las locuras de Amelie.

—Milord, es usted un caballero responsable. No puede evadir los problemas —advirtió Alfred.

—No quiero que ella aprenda a quitarme el sueño. ¿Qué hizo esta vez? ¿Asaltó una diligencia con provisiones porque tenía hambre? —Se burló James, sin delicadeza.

—Algo peor…

—¿Mató a alguien?

—No, milord. Sino que creo que se robó animales de algún lugar. Sus caballerizas tienen nuevos caballos…

James se masajeó la sien con los dedos. Únicamente Amelie podía ser artífice de algo como eso. Le dijo de todas las maneras posibles que no metiera sus garras en los asuntos de la propiedad. Ella se secaba la nariz con las advertencias que él le daba, pero acabó el buen y tonto conde de Carlisle. No más pensar en concederle sus cortinas nuevas.

—Alfred, busca a la institutriz, a la sexta. Una rígida e implacable. Lo mejor sería expulsar a Amelie de mi propiedad, pero ante tus conclusiones sobre que ella tendría razones para no desear vivir con su primo, es que se queda. Tomará el lugar que le corresponde en esta casa y no será el de administradora.

Él abandonó su cómoda y caliente cama por el quebranto que le producía Amelie. Ella no pensaba quedarse tranquila al menos un día. Siempre estaba sacándolo de sus casillas con alguna imprudencia, y esta última de sus fechorías no podría ser subsanada con un beso apasionado. Se colocó un albornoz y seguido por Alfred, salió de su habitación para dirigirse a la de Amelie. James abrió la puerta del cuarto de ella con violencia. Respiró y caminó hasta donde la muchacha estaba durmiendo.

La contempló por un fugaz momento antes de zarandear de ambos brazos a la joven y sobresaltarla de esa manera.

—Hoy va a escucharme, Amelie Sallow. Soy el dueño de esta propiedad, quiero saber, ¿de dónde sacó a esos caballos de los que me habló Alfred? —increpó James, furibundo.

Ella casi se lo tragó con el bostezo.

—¿Podríamos discutirlo después? ¿Qué le parece en el desayuno? Tengo sueño. Además, está usted en ropa inapropiada, ¿no es así, Alfred? El blanco le queda muy bien —dijo quejosa para continuar durmiendo.

—Oh, por supuesto, démosle a Amelie lo que quiere —agregó James, sardónico—. Ahora mismo me lo dirá. No hay después y no me interesa mi ropa.

—Son de mi casa, bueno, de mi antigua casa. Es solo cuestión de darlos de baja en la contabilidad. Lord Carlisle, no me moleste con estas cosas tan temprano, le ayudaré con el alta de esos animales para su hacienda —confesó en un bostezo.

—¿Se los ha robado a su primo? ¡Ha robado animales, Amelie! —reprochó al punto de echarse un poco de saliva sobre ella.

—No me los he robado. Pedí un anticipo de dote. Esos caballos son para la cría, le ayudará bastante. Milord, ¿no puede simplemente agradecer mi ayuda? —preguntó Amelie, somnolienta.

—No, no puedo. ¿Qué viene después? ¿Robará gallinas también?

—También traje gallinas. Es evidente, iré por las vacas otro día…

—¡No habrá otro día! —resolvió James, decidido—. ¡Lo único que usted hará es tomar clases

con la institutriz que le conseguiré!

James le dio la espalda antes de salir de la habitación, apresurado.

Amelie en ese instante comprendió que buscarían a alguien que la educara. Eso no lo deseaba, no estaba dispuesta a sufrir otra vez.

—¡Lord Carlisle! —Lo llamó. Saltó de la cama en camisón y corrió tras él. Lo alcanzó antes de que entrara a sus aposentos—. ¡Espere! ¿No le parece muy drástico lo de una institutriz? ¿Por qué mejor no me envía a trabajar las tierras? Es un castigo suficiente.

—Quiero castigarla, no premiarla. Hacerla trabajar sería darle lo que busca. Convertirla en una dama refinada será suficiente peripecia para usted.

—¡No! No quiero ser una mujer tonta y hueca.

—A mí me agrandan las tontas y huecas, no usted. Si sigue aquí, hará que no solo le consiga una institutriz, sino que también la envié a la casa de su primo. Fue suficiente de sus argucias, señorita Sallow. No querrá verme enfadado en una próxima ocasión.

Él miró a Amelie de cuerpo completo antes de cerrar la puerta y regresar a su cama. Intentaría dormir hasta la hora del desayuno. Si se quedaba despierto, torturaría a Amelie con duras y crudas palabras que no quería decir con el objetivo de herir. Deseaba que ella respetara lo que en esa casa se estableció.

Ella se quedó en el pasillo frente a la puerta de James, se dispuso a abrirla, pero Alfred, que la alcanzó en ese momento, la detuvo.

—Si fuera usted, no abriría esa puerta en este momento. Lord Carlisle es temperamental. Haga lo que él le dice. ¿No se ha dado cuenta de que la guía hacia donde pretende? Quiere que usted sea una dama, y una dama tiene posibilidades de casarse con un conde. Los condes no se casan con campesinas salvajes, sino con mujeres refinadas. Hágame caso, si no pesca a este caballero con educación, conseguirá a otros. Belleza no le falta, señorita Sallow. Váyase a dormir y no moleste a milord al menos por lo que queda del día.

—El día ni ha empezado —Se quejó, caprichosa.

—Peor aún. Descanse, que su fechoría la debe tener cansada.

Amelie tuvo que regresar a su habitación y lo hizo cabizbaja. Vio en los ojos del conde, el rechazo hacia su manera de actuar. No sabía cómo ser de otra forma. Ella solo deseaba ayudar para que él prosperara. Sintió que esa mañana, perdió todo lo que pudo haber avanzado en esos días. Sus ansias de que alguna vez la mirara como su esposa, se esfumaron con rapidez.

Cuando llegó la hora del desayuno, encontró al conde, sentado, esperando a que le sirvieran. Ella se sentó donde siempre lo hacía, y pretendió decir unas palabras, pero él levantó un dedo y le dijo:

—No quiero escuchar una sola palabra que venga de sus tercos labios, Amelie. No quiero que me dirija la palabra por hoy, ni siquiera deseo que me acompañe en el desayuno si va a estar hablando. Su voz me aturde y hasta me comienza a enfermar.

—¿Puedo decir algo en mi favor? —preguntó ella después de que lo escuchara. Él no gritó, pero esas palabras dolían más que si le hubiera gritado.

—No, no puede defenderse, no tiene criterio para hacerlo. Morderá todas las comidas del día en silencio, y sé que para usted ese es un gran sacrificio o más bien, un castigo que se añadirá a la larga lista de escarmientos por desobediencia.

—¿Al menos puedo comer aquí con usted?

—Sí, por algo le exijo silencio. No deseo escuchar más de sus tonterías. Por una última vez le diré lo que sigue: no intente meterse en mis asuntos, he sido amable, comprensivo y paciente con usted por el largo tiempo de una semana. Desde hoy en más hará lo que le digo y sus clases con

la institutriz serán lo más importante.

—¿Y todo es por la viuda? Es incapaz de considerarme para que sea su esposa.

—No es culpa de ella, sino suya, Amelie. Es incapaz de atraer a alguien. No posee lo necesario para ser una buena esposa. Le falta instrucción.

—O quizá a usted le falta cerebro para creer que las mujeres debemos ser frívolas y centrarnos en los buenos modales y la belleza. Bella no le servía a mi padre, y menos con buenos modales.

—Su padre está muerto. Es el momento de pensar diferente.

Ella guardó silencio y esperó a que sirvieran el desayuno. Estaba ofendida, pero jamás lo demostraría. Amelie no demostraba debilidad ante nadie, solamente frente a Kate que era capaz de consolar su alma con un abrazo.

Amelie dejó la residencia después del desayuno. Se iría en uno de los caballos que tenía para montar. Le hacía falta despejar su mente de tantos problemas que tenía y que se hizo ella misma.

James la vio irse montada en uno de esos poderosos caballos. En ocasiones se reprendía por ser duro con Amelie, sin embargo, si él no lo hacía, ella seguiría creyendo que todo giraba a su alrededor, convirtiéndola en alguien más narcisista. Sintió alivio al pensar que estaría un par de horas pudiendo hablar con su cabeza. En ocasiones, Amelie no lo dejaba siquiera escuchar sus propios pensamientos.

Él se concentró en mirar unos presupuestos para la compra de semillas para la siembra y algunos nuevos implementos para la producción agrícola, cuando lo interrumpieron las sigilosas pisadas de su mayordomo.

—Lord Carlisle, ha llegado lo que estuvo esperando… —musitó Alfred, sonriente.

—La paz no llega tan fácilmente —replicó sin levantar los ojos de los papeles que tenía en el escritorio.

—La señorita Irina Hamilton quizá sea su solución.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó James, curioso.

—Se ha presentado diciendo que es institutriz. Tengo que confesarle, lord Carlisle, que nunca creí en un cambio de la señorita Sallow. Dejé un anuncio en la panadería y otro en el periódico para encontrar a una institutriz.

—¿Qué haría sin ti, mi buen Alfred? Hazla pasar, no queremos que se nos vaya.

—Por supuesto, milord.

Alfred salió del despacho para caminar y traer a la institutriz que se presentó en la residencia.

—¡Yo conozco a esa mujer! —expresó Kate, exaltada. Se acercó a Alfred y le tomó del brazo. Ella vio a la visita cuando él abrió la puerta. Debía decirle lo que sabía.

—¿De dónde la conoce, mujer?

—Ella fue la institutriz de la señorita Sallow y tuvo un romance con el joven Alan Sallow, hermano de la señorita Amelie, aquello acabó cuando mi señorita dijo que no quería seguir siendo educada. El señor Sallow hizo lo que ella le dijo y aprovechó para terminar la relación de su hijo con Irina, porque la creía una mujer que deseaba seducir a su heredero para tratar mal a su hija en un futuro, pues Irina nunca dejó que la señorita Amelie hiciera todo lo que hoy hace. El señor Sallow estaba ciego de amor por su pequeña niña. Fue una terrible decisión la que tomó mi patrón, porque rompió el corazón del joven muchacho y lo envió a la muerte.

Capítulo 24

Alfred supuso que Irina Hamilton sería la pesadilla perfecta para Amelie, por eso debía contratarla sin dilación, aunque debía tener el visto bueno de su patrón.

—Lo que me dice, señora Brown, es importante. La señorita Hamilton es lo que necesita la señorita Sallow —concluyó Alfred, dejando a Kate en el pasillo.

—No es eso lo que le digo. La señorita Amelie pegará el grito al cielo —Se dijo tocando su delantal con ambas manos.

El mayordomo se acercó a Irina que estaba sentada en el salón, esperando a ver si el conde se hallaba disponible para recibirla. En ese tiempo de espera, no escuchó el sonido de risas y correteos de una niña.

—Señorita Hamilton, el conde estará encantado de recibirla, sígame por favor —pidió Alfred para guiarla.

—Gracias —aceptó Irina.

Se dirigieron hasta el despacho de James, donde él ya la estaba esperando de pie.

—¿Es usted la señorita Irina Hamilton? —preguntó James que vio entrar a una dama de considerable estatura. Poseía ojos azules y cabello rubio. Era una mujer hermosa, de aproximadamente unos veintiocho años, cuyo aire estricto se percibía tan solo al notar su figura al entrar en el lugar.

—Buen día, milord. En efecto, soy Irina Hamilton y tengo diez años de experiencia con niñas y jovencitas hasta los dieciocho años.

—Diez años es mucho tiempo. Tengo en esta casa a una muchacha caprichosa, no es con exactitud una niña —musitó recordando a Amelie.

—¿Es su hija? ¿Podemos conocer a la muchacha? —curioseó Irina, diligente.

—Siéntese, haré que la busquen, se encuentra en un paseo. Alfred, que alguien vaya por ella —mandó a su mayordomo.

—Sí, milord. —Alfred se retiró a la brevedad.

—¿Dónde ha ejercido la educación, señorita Hamilton? —James continuó con su entrevista a la institutriz.

—Durante mis primeros años, en Yorkshire, después fui a la casa de un marqués en Londres. Hoy ya no precisan de mis servicios. Milady fue muy bien casada. Me dijo que me tendría en cuenta para cuando tuviera alguna hija. Por el momento decidí regresar a Yorkshire porque es mi hogar.

—Me complace escuchar que no está de paso. Tengo aquí un verdadero problema.

—Milord, todo se puede solucionar. Hay niñas más quisquillosas y caprichosas que otras, nada es imposible.

—Espero que siga pensando lo mismo cuando conozca de quien le hablo.

Amelie no estaba muy lejos de la propiedad, por lo que el mozo la alcanzó con rapidez y le dijo que en la casona el conde la llamaba. Ella regresó con el pelo desbaratado por la velocidad y el viento. Le entregó el caballo al criado y se dirigió al despacho. Alfred le abrió la puerta para que pasara.

—¿Me mandó llamar, lord Carlisle? ¿Qué hice en esta ocasión? —interpeló caprichosa, cruzando los brazos bajo el pecho. En ese ínterin notó que él no estaba solo.

—Sí, Amelie, quería presentarle a la señorita Irina Hamilton, es institutriz y deseaba conocer el problema que tengo en casa —dijo James.

—¿Irina Hamilton? —preguntó Amelie, sorprendida.

Irina que estaba sentada en una silla, se puso de pie y se giró para ver a Amelie.

—Buen día, señorita Sallow —habló Irina, educada—. Lord Carlisle, lamento informarle que usted tiene un gran problema entre manos. No hay dinero que alcance a educar a esta muchacha. No le seré de utilidad. No creí que su problema se tratara de una mujer de esta edad y menos su prometida.

—Ella no es mi prometida, señorita Hamilton. Hubo un error, es mi pupila —Se apresuró James para explicarlo—. ¿De dónde conoce usted a Amelie?

—Fui su institutriz, y ese fracaso fue lo que obligó a que me retirara de Yorkshire y fijara residencia en Londres. Su padre no dejó que nadie me contratara en el condado.

Amelie seguía sumida en la sorpresa y en el recuerdo de Irina. La institutriz no era mala persona, sino que ella ya no quería estar recluida en la residencia sin hacer algo útil, por eso le inventó un par de cosas sobre aquella a su padre y él la despidió.

—Señorita Hamilton, le pagaré muy bien para que eduque a Amelie. No lo dude —anunció James, desesperado. Irina le agradaba y más porque conocía a Amelie y quizá pudiera controlarla de alguna manera.

—Es imposible, no podría ensuciar mis últimos años tan exitosos como institutriz. Le deseo éxitos en su búsqueda, milord —pronunció antes de desear retirarse.

—¡Espere! —Exclamó James, cuando la vio salir del despacho—. Le ofrezco el doble de lo que le pagaría cualquiera.

—Nada de eso resulta. La reputación vale más —replicó Irina caminando a largas zancadas. Estaba huyendo de aquel lugar.

—¡El triple, el cuádruple! Lo que sea… —ofreció apresurado cuando la vio coger su sombrilla.

—No. Ni todo el oro de Inglaterra.

—Tan malo no puede ser educar a Amelie. Señorita Hamilton, piense, si fracasó cuando ella era una niña, esta es su oportunidad de redención. Le aseguro que cooperará.

—No hable por mí, lord Carlisle —Amelie los interrumpió después de darse cuenta de que nadie se encontraba en el despacho, ella se había perdido en sus recuerdos—. Le dije que no quiero una institutriz, no la necesito.

—La necesita si va a quedarse como mi pupila en esta casa, es la condición que le pongo —Le recordó James.

—¿Lo ve? Usted no necesita una institutriz, milord, sino que requiere de un domador. Qué tenga suerte, de corazón se la deseo —Se despidió Irina.

—Espere, señorita Hamilton —ordenó Amelie—. Quiero quedarme aquí. Le alegrará saber mi desgracia, no tengo un lugar para vivir, y lord Carlisle ha sido amable. Ganará un buen dinero, por tolerarme otra vez, pero no prometo nada.

Después de decir esas palabras, ella se apresuró a pasar junto a Irina que estaba en la puerta, y regresar a las caballerizas.

—Supongo que va a quedarse, señorita Hamilton.

—Por el cuádruple, por supuesto —aceptó Irina. Soportar a Amelie Sallow no era algo que resultara fácil y el conde lo estaba sufriendo en carne propia.

Irina recordaba a Amelie como una muchacha consentida, caprichosa, narcisista y mandona. Eso se debía a su entorno de hombres prepotentes y una nula influencia femenina. Además de que ella buscaba la atención de su hermano y de su padre, y solo la conseguía si estaba en el campo con ellos. Amelie Sallow era el resultado de un entorno duro en el trabajo y opulento en

el dinero. Los Sallow tenían dinero, tanto, que hasta Alan Sallow solía comprar costosas joyas para conquistar a Irina. Ella se resistió todo lo que pudo, sin embargo, el amor pudo más en aquel entonces, pero las mentiras de Amelie para librarse de la rígida institutriz, la alejaron por siempre de Alan.

—La esperamos en la brevedad, señorita Hamilton. Deje en orden sus asuntos. Le prepararemos una habitación acogedora —La despidió James, pues ella había llegado en un carruaje de alquiler.

—Estaré aquí mañana, lord Carlisle. Hasta pronto. —Se despidió la institutriz.

Cuando escuchó aquellas palabras, James se alivió. Al menos no sufriría solo teniendo a Amelie ahí. Él cerró la puerta y suspiró.

—Yo hubiera corrido tras ella si usted no la alcanzaba, milord. Es la única esperanza que tiene para que la señorita Sallow se convierta en una dama —Lo interrumpió su mayordomo.

—La hubiera secuestrado si hacía falta. Cuando noté que ambas se conocían, reconocí el temor de Amelie a la institutriz y es porque mi pupila no es una víctima de las circunstancias como nos quiere hacer creer. Es la mala semilla, la de la cizaña.

—Pero en el fondo no es mala, solo está equivocada sobre lo que espera de la vida. Ahora comprenderá cuál es su lugar como una dama y no es nada despreciable como ella cree.

—Esperemos que así sea. Amelie debe comprender las cosas —dijo James, regresando a su despacho.

***

Amelie se alejó con el caballo. Se fue muy cerca del brazo del arroyo. Al bajar del animal se acercó al agua y se sentó sobre una roca. No podía creer que la vida le cobrara lentamente sus mentiras. Su padre ya no se encontraba para hacer caso a lo que decía. El conde no saldría a su favor en ningún caso. Si Irina quisiera inventar algo sobre ella, bien lo creería él. Amelie estaba desacreditada por sus antecedentes.

Nada le salía bien, no solo lo perdió todo, sino que estaba enamorada de un hombre cuyo corazón le pertenecía a otra y, además, tendría que retroceder años en su educación, sin tener acceso a lo que ella sabía hacer.

Estuvo en ese sitio un par de horas. No echó una sola lágrima. Pensó en que no había forma de huir de una probable venganza de su nueva y sexta institutriz que en realidad era la quinta. Amelie tenía el ánimo por el piso. Su vida comenzaba a resultar poco satisfactoria. No volvería a desafiar las reglas del conde. Él era deferente con ella, sin embargo, Amelie buscaba su propio destino y lo echaba todo a perder por sus caprichos. Lamentaba profundamente estar en la situación en la que se encontraba porque de haber conversado con lord Carlisle sobre los caballos, nada estaría ocurriendo, e Irina Hamilton no regresaría a su vida para apresarla en el mundo de la cortesía y los buenos modales.

Amelie regresó a la residencia, cabizbaja, y se dirigió a sus aposentos. Tiró su cuerpo pesado en la cama y se tapó el rostro con el brazo izquierdo.

Ella escuchó la puerta abrirse y también que alguien se acercó hasta donde se encontraba.

—¿La vio, señorita Sallow? —preguntó la voz de Kate, curiosa.

—Por supuesto que mis ojos vieron a la señorita Hamilton. No preguntaré qué hice mal en la vida para ser castigada de esta manera —respondió sin sacar el brazo de su cara.

—¡Se lo dije, señorita Sallow! Usted y sus malas ideas, siempre acaban mal. Si usted no hubiera antepuesto sus caprichos a una buena educación, ya estaría casada, dirigiendo su propia casa. Ahora está complicando su vida en la casa de este conde. Regrese a la casa junto a su primo. Se librará de sus culpas por destruir la vida y la reputación de la señorita Hamilton.

—¡No lo digas más, Kate! No me voy a ir de esta casa. Quiero estar cerca de lord Carlisle.

—Pero no puede quedarse aquí. La viuda pronto vendrá y la echará a patadas. Ella no deseará tenerla aquí cuando esté recién casada con él.

—Quiero que él se case conmigo. ¿Cómo lo lograré? ¿Es tan difícil que me quiera como soy?

—¿Por qué siempre quiere que la acepten sin desear mejorar en algo? Yo no le veo defectos a lord Carlisle. Él es un hombre común, de razonamiento más que evidente. Solo usted quiere sacar manzanas de un arbusto de bayas. Todas las personas que la consintieron y toleraron, están muertos. No puede continuar con su mismo proceder. Llegó el tiempo de cambiar.

—Me niego, no seré una muchacha que parece no tener cerebro. Eso no puede resultar atractivo para nadie, aunque lord Carlisle diga que sí. Eso lo dice con el objetivo macabro de desairarme y menguar mi afecto porque tiene miedo de desear tener una esposa salvaje si sigo insistiendo.

—Por supuesto que eso es posible. Él es un hombre del mundo, que desea una esposa tan educada y atractiva como el propio conde, pero siempre hay gustos culposos, señorita Sallow. No sea usted uno de esos. Está a tiempo de causar una buena impresión al hombre y de que no se comprometa con la mujer que viene. El mayordomo me ha contado sobre lo hermosa que es la viuda, además de que el conde ha estado enamorado de ella por años casi cometiendo la tontería de involucrarse cuando era casada.

—¿Pensabas alentarme con esa información, Kate? Porque ha sido lo contrario. Si la esperó por años es un amor eterno.

—Si ese conde la besó, no es inmune a los encantos de una dama. Él debe ser como usted, no conoció a más personas, y eso limita una buena elección.

—En fin. Mi vida es un infierno. La señorita Hamilton limpiará las caballerizas con mi cabello y para aumentar mi dolor, tendré que soportar a la futura prometida de mi prometido de mentiras. Se me han juntado las barbaries en un solo lugar.

—Tiene tiempo de regresar con su primo —Le recordó Kate.

—He dicho que no. Prefiero posta de caballo en mi cabello y a una mujer desconocida antes que vivir en mi casa sin ser la señora —farfulló caprichosa.

Kate no le dijo nada más a Amelie, regresó para hacer sus quehaceres. Amelie mientras tanto, no sabía cómo lidiar con su desdicha. Esperaba que al menos la señorita Hamilton tardara un par de días en ir para hacerla sufrir.

Para la hora de la cena, Amelie estaba con el rostro enfurruñado, observando al atractivo James que evitaba dirigir su mirada hacia ella. Sabía que si le daba una sola oportunidad de hablar, aquella le daría a sus pobres oídos muchas quejas.

—No va a evadirme toda la noche porque voy a beber brandi con usted, lord Carlisle —advirtió la muchacha para que James supiera que no tendría escapatoria.

—Nadie puede culparme por no intentarlo. Puede compartir el espacio conmigo, pero sepa que mis oídos no escucharán sus sandeces y menos justificaciones sobre su absurdo proceder —replicó James.

—Lo hice para ayudarlo, milord, fue un acto desprendido de mi parte.

—Tonterías, Amelie. Fue egoísta porque verdaderamente desechó mis palabras sobre no meterse en mis asuntos para hacer lo que su mente le dijo que era correcto. La diferencia entre lo que usted cree correcto y lo que yo creo, es muy amplia. No me deja actuar, ni desear cometer los errores para aprender de ellos. Puede que usted sepa una infinidad de cosas respecto al campo, pero quien maneja las disponibilidades de dinero soy yo. Se necesita mucho para levantar este lugar. No dude que le pagaré a usted esos caballos que cogió de su dote.

—¡Yo se los regalo!

—No puedo aceptarlo. Ese es su dinero y no hay discusión.

—Ni siquiera sabe el valor de esos animales. Le dije que puedo recomendarle a un administrador.

—Le tomaré esa sugerencia como la más inteligente que me ha dicho. Buscaré a ese administrador y usted dejará de comportarse de manera caprichosa. Es un hecho, desde mañana comenzaré a ver los cambios en usted. La señorita Hamilton estará aquí —comunicó con malicia en su rostro.

—Ah, y yo veré su rostro espantado ante los cambios que no tendrá —dijo ella con impertinencia.

—No desaproveche su última oportunidad de ser quien debería. Es bonita, Amelie, no se haga daño con esa actitud.

—Si era bonita sería su esposa —replicó, avisada.

James bufó y decidió no continuar con esa conversación infructuosa. Amelie no comprendía lo que él le explicaba. No consideraba a la muchacha enamorada de él, sino muerta de amor por sus posesiones. Ella deseaba; si fuera posible, matarlo y quedarse con todo. No era una mala persona, sin embargo, estaba acostumbrada a hacer su voluntad, y él era un pesado estorbo porque ni se casará ni la dejará administrar sus propiedades.

Él podía juzgarse de caprichoso al igual que juzgaba a Amelie, pese a las diferencias que presentaban, eran más parecidos que diferentes, rozando la igualdad. James se consideraba razonable, y a esa muchacha la consideraba irracional e intempestiva en sus decisiones. Aquella no se sentaba a analizar las consecuencias de lo que hacía, vivía porque Dios estaba ocupado atendiendo otros asuntos, y ella, mientras tanto, mentía, robaba y engañaba.

Capítulo 25

Amelie no estaba dispuesta a que esa disputa llegara a su fin cuando terminaron la cena. Siguió a James hasta la biblioteca y acercó una silla hasta donde él se sentó.

—Sírvele jerez a Amelie, Alfred —mandó James al mayordomo que siempre lo acompañaba después de su cena para que él bebiera.

—Beberé brandi —avisó Amelie cuando vio que Alfred estaba a punto de servir el jerez.

—Amelie, los caballeros beben brandi y las mujeres jerez, vino, champaña y agua. Adiéstrese para hacer algo. La sociedad no está llena de lord Carlisle siendo amable, ¿comprende? —interpeló James, que cogió el libro que empezó por la tarde para continuarlo.

—Ojalá todos fueran como mí querido lord Carlisle —musitó con burla—, tan amables que buscan a la reina de las institutrices malvadas para educarme.

Alfred deseaba reír a carcajadas, pero solo colocó los ojos en blanco. Amelie intentaba victimizarse frente a James. Esa muchacha tenía demasiadas artimañas y él dudaba de la fortaleza del conde para que Amelie desistiera de sus objetivos.

—¿Trata de manipularme para que despida a la recién contratada señorita Hamilton? Usted no tiene límites.

—No, pero intentaré lo que esté a mi alcance y quizá más para hacer lo que me place. —replicó con los brazos cruzados—. Ya sírvame, Alfred, tengo la boca seca.

El mayordomo miró a James para saber qué bebida le daría a la muchacha y él respondió con un gesto de la mano para que «le dé a ella lo pida». Alfred sabía que la entereza de su patrón era menor a la de Amelie, por lo que tuvo que servirle brandi a ella.

—Modere sus tragos, señorita Sallow —advirtió Alfred al entregarle la copa.

—Puedo beber la misma cantidad que lord Carlisle y lo haré —sentenció—. Retírese, Alfred, voy a conversar con milord.

El sirviente esperó otra orden de James, pero aquel hizo lo mismo que antes: autorizar a Amelie en cuanta cosa deseaba. La cordura de su patrón se estaba perdiendo a causa de la estadía de esa muchacha en la casa, no cabía duda. Lo único que Alfred pudo hacer fue acatar la orden con un movimiento de cabeza, dejándole saber al conde que estaba en desacuerdo. Abrió la puerta y se retiró, aunque se quedó en el pasillo.

James comprendía que quizá aquello se tratara de un error, su paz y tranquilidad estaban en juego. Observó a Amelie que parecía conforme con la retirada del mayordomo.

—¿Qué va a reclamar ahora, Amelie? —preguntó James para acelerar el asunto.

—Volveré a intentar convencerlo de que no contrate a la señorita Hamilton. Ella quiere mi cabeza. Puede buscar a otra institutriz, no estoy ajena a que intenten enseñarme tonterías, pero esa mujer que desea meter a la casa convertirá mi vida en un infierno, y si eso llegara a ocurrir, yo convertiría su vida, milord, en algo similar a la mía —Lo amenazó. Después ella se bebió de un trago lo que tenía en la copa.

—Se ha portado mal en el pasado, Amelie, y eso no es culpa mía. Si de convertir vidas en un infierno se trata, usted ya ha cumplido. No hace las cosas más sencillas, las complica. Resignese, no va a conseguir nada conmigo. —James colocó el libro frente a su rostro para esconderse.

Amelie entrecerró los ojos y se levantó de su sillón. Caminó hasta donde él se encontraba y, con un dedo, hizo bajar el libro del rostro de James.

—Negociemos, lord Carlisle —insistió.

—No hay nada que negociar. La señorita Hamilton empieza mañana. Pagará sus culpas,

Amelie. Siéntese.

Ella no se movió, en cambio, tenía otra idea en la mente: besarlo, y hacerle dudar de sus decisiones. Descendió hasta quedar muy cerca del rostro de James, mientras él estaba sujeto al posabrazos por el susto.

—Lo adoro hasta cuando es insensible conmigo, milord. ¿Alguien puede culparme por no ser alguien tibio y tener definidas mis convicciones? Quizá esté equivocada en algunas cosas, pero no debe ser en posar mis ojos en usted.

El corazón de James comenzó a latir con mayor fuerza por las insinuaciones de Amelie. No tenía a donde huir. Ella no se echaría para atrás sin conseguir algo de él.

—Lo voy a besar y disfrutaré de ello —anunció antes de descender a los labios de James.

Amelie se apoderó de la boca del caballero, a él le encantaba aquel incorrecto contacto entre ambos. Las manos de los dos, se colocaron cada uno en la cabeza del otro para besarse de manera más apasionada. En ese instante solo eran una mezcla de bocas y lenguas hambrientas por aplacarse.

—Basta, Amelie —dijo James que con gran esfuerzo debía recuperar la cordura y la compostura, cogió a Amelie de ambos brazos y se puso de pie—. No sé qué busca, pero no lo conseguirá.

—Soy una mujer para usted. ¿No quiere a alguien que lo adore?

—No, no quiero que sea una mujer para mí. No la veo de esa manera. Cuando me besa siento que estoy besando al mozo de cuadra. Posee todos los atributos de uno, Amelie: tiene vestimenta de hombre y aroma de caballo —alegó para desalentarla. Estaba exagerando, pero debía salvarse.

—Oh, oler a caballo es mejor que el aroma del estiércol. —Sonrió, ofendida después de decir aquello.

—Emeline es una dama y no puedo evitar compararlas. Usted carece de todo lo que puede agradarme, desde lo más ínfimo hasta lo más importante.

—¿Y qué es lo más importante para lord Carlisle? —inquirió molesta.

—Darme paz, Amelie.

—Ahora tendrá un poco de paz —sentenció Amelie antes de salir de la biblioteca convertida en la furia con piernas.

Alfred solo sintió la brisa de cuando ella pasó a su lado. Estaba furiosa.

—¿Qué le ha hecho, milord? —indagó el mayordomo que regresó a la biblioteca.

—Salvarme. Amelie no tiene escrúpulos y en lugar de resultar detestable, me agrada, y eso es despreciable —respondió. Cogió su copa, le dio unos sorbos hasta después beberse el resto con rapidez.

—Se le pueden contagiar las mañas, lord Carlisle. Beba con moderación. Juntarse con alguien de la educación de la señorita no es saludable.

—La señorita Hamilton es la única que puede cambiar a Amelie para que continúe aquí, de lo contrario, tendré que devolverla o casarla con alguien poco conveniente.

—¿Poco conveniente para quién? Imagino que compadece al pobre varón que tendrá que tolerarla. Es mejor que ella se case con alguien que tenga dinero, tierras, poco ánimo para dirigir su propiedad y dejarla a ella como encargada. La señorita es un terrateniente en el cuerpo de una mujer bella.

—Pierdo las esperanzas de que comprenda lo que es mejor para ella. ¿Por qué dejar que el sol siga curtiendo su piel? ¿Por qué no hacerla conocer lo que una dama merece? Amelie no tiene idea de que el mundo puede ponerse a sus pies con tan solo desearlo. Belleza e inteligencia en un solo lugar. Vale la pena ser paciente. La institutriz obrará un milagro.

***

Las pisadas de Amelie en la residencia podían hacer temblar la segunda planta. Estaba enfadada mientras se dirigía a su habitación.

—Que parezco un hombre y tengo olor a caballo, ¡bla, bla, bla! —Gruñó al abrir la puerta de sus aposentos—. Piensa, Amelie, piensa en cómo hacer para conquistar al malvado conde que te rechaza, ¡oh, mi dignidad!

En el fondo de su corazón lamentaba no ser lo que él esperaba. Ella no le daba importancia a ese tipo de educación que James deseaba que tuviera, porque eso no servía para el trabajo de campo. No estaría danzando en un gran salón con los animales de la granja. Su padre y su hermano tampoco alentaron a que ella se convirtiera en una dama. A ellos les convenía que ella no terminara siendo despilfarradora en vestidos y bailes. Sí tenía una gran afición por lo que era una casa. Desde la limpieza y las cortinas, hasta los muebles y decoraciones. Ahí podía notarse la mano de sus institutrices y de la señorita Hamilton para que ella le tomara cariño a las cosas del hogar.

Podía lamentar no tener ese apoyo y estar soltera a esas alturas de su vida, de hecho, lo lamentaba. Pero, si no permanecía soltera todo ese tiempo, no hubiera conocido al conde que le arrebataba el aliento. Sus ansias por besarlo cada día eran incontenibles y la convivencia comenzaba a volverse insostenible.

Ella se sentó frente al espejo y comenzó a deshacer su trenza para después peinar su larga cabellera. Amelie no se parecía a ninguna muchacha de las que vio en el pueblo las veces que fue. Aquellas tenían elegantes prendas y peinados, mientras ella solo iba a comprar cosas necesarias para la finca. En varias ocasiones miró los escaparates de las tiendas para damas, pero no se atrevió a entrar y comprar listones, vestidos, sombreros y guantes. No tendrían utilidad. No se arreglaría para los patos que perseguirían las cuentas de un bello vestido.

Después de peinarse el cabello y volverlo a trenzar se acostó para dormir. Tendría que esperar a saber lo que le deparaba al día siguiente con la señorita Hamilton.

Amelie durmió hasta casi la hora del desayuno. Su cuerpo parecía acostumbrarse a vivir como una mujer sin oficio ni beneficio.

—Buen día, señorita Sallow —saludó Anne, la doncella.

—Buen día, Anne. —La tuteó.

—Hay una dama elegante esperándola, señorita —comunicó la muchacha.

—Es la institutriz que contrató lord Carlisle para mí. Algún día pagará esta humillación.

—Ella es muy educada y amable. Considero que podría quitarle provecho a la situación.

—La señorita Hamilton es quien le quitará provecho a este asunto. Tomará venganza contra mí, me torturará con una terrible clase de modales y hará que en el calor más extremo no me sude el sobaco.

Anne sonrió por las ocurrencias de Amelie, ayudó a que ella se vistiera para descender hasta el salón y esperar el desayuno.

Cuando Amelie llegó hasta el último escalón de la escalera, Irina Hamilton la miraba con desaprobación.

—Buen día, señorita Sallow, ¿y los vestidos que tan bien le quedaban? —preguntó Irina.

—Buen día, señorita Hamilton. No me sirven los vestidos. No los necesito. Agradezca que le haré ganar dinero por nada.

—No ganaré dinero por nada, educaré a Amelie Sallow, es un asunto pendiente. Para iniciar nuestras clases, usted no desayunará con lord Carlisle, sino que lo hará conmigo. Quiero ver sus modales. El mayordomo no escatimó en describirla como «grotesca».

—¿Le creerá a un sirviente? —interpeló con gracia.

—Sí, es a usted a quien no se le debe creer nada.

—Qué desconfianza. Ciertamente he descuidado mis modales desde la última vez en que me vio.

—Lo sospechaba. Hay una mesa con dos sillas en el jardín, usted y yo practicaremos en el desayuno. Primero la veré y después le enseñaré.

Amelie suspiró porque pese al rechazo de James, era un deleite verlo mientras desayunaba. Resignada, ella siguió a Irina hasta el jardín. La mesa estaba decorada con una sobria elegancia, tanta que el temor comenzó a invadir a Amelie.

—Siéntese, señorita Sallow —ordenó la institutriz.

Obedeció y recostó su figura en el sillón.

—Espalda recta, manos en los muslos y mirada altiva —mandó Irina para que Amelie hiciera caso.

—Me duele la espalda cuando lo hago… —Se quejó Amelie haciendo exactamente lo que le pidió la señorita Hamilton.

—Es por su mala postura. Como una dama, deberá corregirse y eso solo se consigue con la práctica.

—Si me disculpara por haber mentido sobre usted, ¿no me torturará?

—Es tarde para corregir ciertos errores, pero le agradezco que las cosas fueran así para no sufrir la muerte de su hermano —musitó Irina un deje de tristeza en sus palabras.

Un silencio se cernió entre ellas. La muerte de Alan Sallow les dolía a ambas mujeres.

—Lo lamento… —confesó Amelie con la cabeza agachada.

—Estuve a un paso de convertirme en la esposa de su hermano, pero el destino no lo quiso así. Fue lo mejor —dijo Irina, con media sonrisa—. No la voy a torturar, esa nunca fue mi intención, solo cumplía con mi trabajo.

—Hice lo mismo con todas las institutrices, aunque lo de usted devastó a mi hermano. Nunca le dije que eran mentiras…

—Debe mantener la mirada, señorita Sallow. Coloque la servilleta sobre sus piernas y desayunemos —pidió la institutriz, no quería volver a poner el dedo en la llaga.

Capítulo 26

La señorita Hamilton necesitaba una fusta para educar a Amelie, aquella no hacía el menor esfuerzo por comprender sobre las actitudes propias de una muchacha. Irina intentaba hacerle una conversación sobre lo que hablarían las damas a su alrededor, y Amelie solo le bostezaba en el rostro sin siquiera probar si le saldría bien el cotilleo. Llevaba una semana con sus intentos, la pupila de lord Carlisle era difícil de educar.

—¿Cómo le ha ido con Amelie, señorita Hamilton? —preguntó James, que llevaba varios días sin tener una sola comida con Amelie porque la institutriz quería que se educara puesto que consideraba lamentable la falta de delicadeza de la muchacha para sentarse a la mesa de un conde.

—No he progresado mucho. Con suerte está sentándose recta —dijo Irina, observando a Amelie que estaba en un sillón intentando bordar sin éxito alguno.

—No me desaliente, señorita Hamilton. Emeline debe llegar esta semana y Amelie no usa un vestido.

—Y le advierto que seguirá sin usarlo porque ella no quiere. Se ha negado de manera tajante.

—Estaba pensando, lord Carlisle, que compró pocas semillas para la siembra —interrumpió Amelie lo que estaban hablando el conde y la institutriz en voz baja.

—Es cierto, tiene razón, la próxima le consultaré a usted para comprarlas —concedió James, sabiendo que ella le hizo unos cálculos y que él por capricho no quiso hacer caso. Debía reconocer que Amelie lo estaba ayudando con la compra de insumos para las plantaciones. Le pasó información que tenía una libreta que perteneció a su padre y que ella atesoraba con oro.

Ella se sonrojó al escuchar que James admitía que tenía capacidad para dar un buen consejo.

A Irina no le pasó desapercibido el gesto de Amelie, aquella estaba enamorada del conde de Carlisle. Reconocía aquellos síntomas porque los tuvo con el hermano de la muchacha, aunque ella tuvo esperanzas con Alan Sallow, sin embargo, Amelie no tenía oportunidades.

—Continué intentando una línea recta —ordenó la institutriz para que dejara de distraerse con el atractivo del conde.

—Me he pinchado el dedo muchas veces, esto quedará manchado de sangre. No soy buena para estos menesteres. Debería estar domando caballos.

—Puede montar, pero con la silla —Especificó Irina.

—Si será de esa manera, me quedaré aquí. Hay más interés en no pincharme que salir como si fuera una tontuela —masculló Amelie, disconforme—. ¿Qué viene después? ¿Cazar mariposas?

James se rio por lo que dijo Amelie. La señorita Hamilton lo reprobó por aquello. Sabía que no debía festejar las tonterías que salían de la boca de la muchacha, pero las burlas de ella eran irresistibles.

Anne, la doncella, se acercó a donde se encontraban reunidos el conde y sus acompañantes para anunciar que un carruaje se estaba acercando.

—Disculpen por la interrupción, milord, pero un carruaje pronto llegará a la entrada —avisó Anne.

James se levantó del sillón con gran impulso y sonrió antes de caminar a largas zancadas hacia la entrada, mientras se alisaba las prendas por si tuvieran alguna arruga.

Amelie tenía el corazón en la mano. Su adorado conde estaba entusiasmado por ver a la viuda que sin duda era la única persona que los visitaría en aquel sitio.

—Debemos saludar a la visita, señorita Sallow —comunicó Irina, que abandonó su asiento.

—No estoy interesada en saludar a esa mujer —agregó con una mueca desagradable en el

rostro.

—Pero es importante para el caballero que la tiene de pupila. Debe demostrar sus buenos modales con la visita.

Entre dientes Amelie masculló una maldición tras otra. Tendría que tolerar ver a otra dama cerca de James, y para empeorar sus males, era la mujer que él quería y que le parecía perfecta.

A James se unieron las sus acompañantes que estuvieron con él en el salón y los criados. Cuando el carruaje se detuvo frente a la residencia, todos esperaban expectantes para saber quién iba en aquel coche tan elegante.

Un paje se apresuró para abrir la portezuela del carruaje. De él descendió una elegante y joven dama de cabellos rubios como el sol de verano, sus ojos eran grandes y brillantes del color de una elegante y magnífica esmeralda, la sonrisa de su rostro opacaba cualquier belleza ajena a ella. Su postura era segura y hacía lucir aquel vestido lavanda que la ataviaba como si estuviera hecho solo para la dama.

Amelie tenía el alma en el piso. Hasta ella quedó enamorada de la exuberante belleza que estaba frente a ellos. James tenía razón al considerarla como si no fuera nadie. No era digna de aquel hombre, sería un sacrilegio que él la mirara teniendo a aquella diosa Venus delante de él.

—Sea bienvenida, milady —saludó James, nervioso, por tener a Emeline frente a él después de tantos años.

La condesa viuda de Seaford hizo una inclinación para saludar a James. Ella tenía una sonrisa genuina al verlo y parecía feliz de estar en visitándolo.

—Gracias, milord. Me ha sorprendido su recibimiento. Estoy solo de paso por un par de horas, debo continuar el viaje a casa de mi tía —Correspondió lady Seaford.

Él se acercó para besar la mano enguantada de Emeline y ofrecerle su brazo para entrar a la residencia.

—Al menos concédame la gracia de quedarse dos días, dudo que su tía se enfade —pidió James, lo dijo con tal dulzura que Emeline no podía negarse—. Le presentaré a algunas personas que quizá no conozca… Ella es la señorita Amelie Sallow, mi pupila, no es mi prometida, hubo una confusión desde un principio. Amelie, ella es lady Emeline, condesa viuda de Seaford.

Emeline observó a Amelie de pies a cabeza y la escrutó con ese vistazo. Su mente quiso pensar que la mujer elegante que estaba junto a la muchacha era Amelie Sallow. Sin embargo, se llevó una gran y agradable sorpresa al ver que esa joven no representaba un problema como pensó en un primer momento cuando James la invitó.

Amelie sentía vergüenza de cómo se veía frente a aquella dama que esparcía elegancia con cada movimiento. Incluso consideraba que sí olía a caballo como le dijo James. La situación era humillante.

—Es un placer conocerla, señorita Sallow. Espero que tal confusión, como dice milord, no la incomodara.

—El gusto es mío, milady —Hizo una reverencia forzada hacia la dama. Amelie deseaba salir corriendo de ahí y no regresar jamás. Nunca se había sentido tan inferior frente a una dama que quizá no tuviera los conocimientos que ella poseía.

—Ella es la señorita Irina Hamilton, la institutriz de Amelie —Continuó James con su presentación.

—Es un placer conocerla, milady —Irina la reverenció con la gracia de una institutriz de amplia experiencia.

—¿Institutriz? —curioseó Emeline, mirando a Amelie—. ¿Le faltaron cosas que aprender a la señorita Sallow?

El pozo de la vergüenza tragó a Amelie en ese instante. No tenía explicación, ni escapatoria ante lo que dijo aquella dama.

—Eso está a la vista. Pasemos dentro de la casa, lady Seaford. —James la trató con respeto y pasaron a la residencia.

Kate le acarició el brazo a Amelie, ante la mirada de Alfred que se apresuró a seguir a su patrón. La expresión de la viuda hacia la pupila del conde fue inapropiada, más el mayordomo atribuyó aquello a los celos de la recién llegada.

—Las damas se ven como la condesa —informó Irina a Amelie, que tenía la mirada pérdida en el paisaje.

—Es exactamente como yo no deseo ser. Perdió su tiempo conmigo dos veces, señorita Hamilton —musitó Amelie antes de irse corriendo hacia las caballerizas.

—Alcanza a la señorita Sallow, Anne —mandó Kate para que aquella no se alejara, tenían visitas.

Anne obedeció y corrió tras Amelie sin descanso.

—¡Señorita Sallow, no continúe! —pidió Anne, cansada de correr. Sin embargo, Amelie no se detenía. Recién lo hizo al llegar hasta una de las cuadras.

La doncella se acercó con lentitud hasta ella para observarla y convencerla de volver a la residencia con la visita.

—Señorita, debemos regresar, tiene visitas en la casa.

—No iré, ¿qué haría cerca de una mujer tan fina y educada, pero con una lengua mordaz?

—Sé que me mintió con respecto a su compromiso con el conde, y me entristece saber que no será mi patrona, pero usted debe ir y enfrentar las cosas. Tiene todas las armas para no sentirse mal por milady. Posee preciosos vestidos que están guardados en el armario, es inteligente y más que nada está la señorita Hamilton para ayudarla.

—Discúlpame con ellos, Anne, y diles que fui a montar por un momento. —Declaró Amelie abriendo la tranquera para sacar a un caballo.

Ensilló el caballo, subió a su lomo y partió para despejar su mente. Se estaba ahogando en pensamientos y no quería que nadie la notara llorar, porque sacaría aquella frustración que sentía con unas lágrimas.

Sobre aquel caballo, rememoró el principio del cambio de su vida. Si hubiera sido una niña buena, sería una muchacha sin envidias. En ese instante se estaba ahogando porque no tenía ni la belleza, ni la seguridad de la dama que James amaba. ¿Cómo ella pretendía ser la condesa de Carlisle si no estaba al menos cerca de ser como lady Seaford? En ese instante lamentaba no haber tomado en cuenta las clases de la señorita Hamilton años atrás. ¿Cómo no pensó que su amada familia no era eterna y que ella debía hacerse camino? ¿Quién era en ese momento Amelie Sallow? Era la pupila de un hombre al que presionó para que la cuidara porque no deseaba quedarse con su primo por no ser lo suficientemente capaz de comprender que las que fueron sus tierras en realidad nunca le pertenecieron.

Quedó atrapada en un terrible sufrimiento. No tenía a nadie y estaba enamorada de un hombre que no la miraba diferente a como lo hacía a un mozo de cuadra.

***

Anne regresó a la casa sin Amelie y le dijo a Alfred lo que ocurrió con ella.

—Anne, acompañe a milady para que se instale en su habitación, ayúdela en lo que haga falta —ordenó James.

—Sí, milord —obedeció esperando para llevar a la visita hacia sus aposentos.

—Muchas gracias, milord, el viaje ha sido cansador. Espero poder acompañarlos en la cena.

¿Dónde está la señorita Sallow? —preguntó Emeline percatándose de la ausencia de la joven.

—Acostumbra a montar a estas horas, estará aquí para la hora del té, ella siempre lo sirve —comentó James para disculpar la ausencia de la muchacha.

—No parece alguien que pueda servir un té con elegancia. Después me cuenta cómo llegó hasta aquí su falsa prometida.

Ambos se hicieron una reverencia y Emeline siguió a Anne para ir a acomodarse, pasaría dos días en aquel sitio.

—Alfred —llamó James a su mayordomo.

—Diga, milord…

—¿Dónde está Amelie?

—Anne dijo que ella se subió al lomo de un caballo y que estaba ofendida por la presencia de lady Seaford en la casa. Al parecer no le agradó que milady se burlara de ella por la institutriz.

—Siempre se expuso a eso, pero milady se ha excedido. Su lengua ha venido filosa —alegó James.

—Solo son dos días. ¿Le ha decepcionado milady?

Aquella pregunta que le hizo su sirviente, James no la respondió, solo se fue rumbo a su despacho. Emeline tenía el mismo rostro de siempre, mas su actitud distaba de ser esa que lo enamoró tiempo atrás. Sentía que metió a una serpiente en su casa, una arpía quizá peor que la propia Amelie.

Estuvo sentado sin avanzar en lo que deseaba. Su mente vagaba hacia la turbia mirada de Amelie. No había salido a montar con ella en ninguna ocasión, si salía era en solitario. Lo que más compartían juntos era el té, que era en lo único que la señorita Hamilton no la había reprobado del todo. En esas tardes de té, ella le hablaba sobre el campo y aunque a veces se sentía hastiado por la falta de humildad de Amelie, sabía que ella se sentía confiada en ese aspecto. Era como un pez en el agua cuando le hablaban de plantaciones, crianzas, cosechas y otras cosas relacionadas, además de una experta en cortinas. Le autorizó un pequeño presupuesto para cambiar las aburridas cortinas de la residencia, solo que todavía no se lo dijo porque si lo hacía, no dejaría de perseguirlo. También le envió una carta al señor Powell, el administrador recomendado por ella. Amelie era como un mastín en lo que se refería al dinero que debían dar las tierras en las estimaciones. En ocasiones lo mantenía entretenido y muy concentrado. Ella sabía ocultar su molestia hacia él, después del último beso que compartieron y le dijo palabras desagradables, Amelie continuaba siendo igual de irreverente que siempre. Pronto creería que esa muchacha no tenía arreglo.

Capítulo 27

Llegada la hora del té, Amelie se presentó con la señorita Hamilton, que llevaba la bandeja con la tetera, las tazas y los scones.

—Regresó, Amelie —comentó James, burlón.

—Fui a cabalgar. Nadie quiere montar conmigo, por lo que es mejor hacerlo sola —justificó ella sin mirarlo. No deseaba que él viera que estuvo llorando mientras recorría la propiedad. Solo ese caballo y los pájaros fueron testigos de su tristeza.

—Le dije a la señorita Sallow que es de mala educación dejar a la visita sin una anfitriona —musitó Irina bajando la bandeja sobre la mesita.

—Señorita Hamilton, lord Carlisle puede ser un gran anfitrión cuando se trata de una mujer viuda. La estuvo esperando por semanas, y es muy probable que se quede como futura patrona de este lugar —dijo Amelie, maliciosa.

—Aprenda cosas de la condesa, ella es una dama y le enseñará lo que requiere. Tome el ejemplo —sugirió James.

—¿Cuál de todos? ¿El ser mordaz con mi prójima? Por supuesto que sí —farfulló.

—Señorita Sallow —La reprendió Irina. Amelie no podía contener su lengua.

—Déjela, señorita Hamilton, me tiene acostumbrado a ese trato. Dos días debe convivir con la condesa viuda, Amelie, sea amable.

—Soy tan amable como una serpiente que embosca desde una rama a su presa.

—Es inútil. Póngase un vestido para cenar esta noche, al menos por dos días sea capaz de dejar una buena impresión en la invitada —Presionó James.

—Ya tiene una impresión de mí, cree que le sirvo para sus diversiones. Colocarme un vestido solo hará que me vea como un bufón, sería alentarla a denigrarme.

—Tampoco exagere sobre ella, no es capaz de burlarse de nadie. Es una dama —defendió James a Emeline.

—No discutiré con usted, lord Carlisle, su amor por esa mujer lo tiene ciego —habló Amelie antes de servirle el té a James.

El ambiente tenso durante aquel té era difícil de soportar hasta para la institutriz que era la única que intentaba mantener alguna conversación que era respondida por sus interlocutores con cortas frases o monosílabos que no ameritaban continuar con la charla.

Los tres se retiraron del despacho de James para ir a prepararse para la hora de la cena.

Irina acompañó a una molesta Amelie hasta la habitación para convencerla de que se pusiera un vestido. La institutriz abrió el guardarropa y encontró un par de vestidos.

—Son hermosos, señorita Sallow —halagó Irina acariciando las prendas.

Amelie cerró la puerta del guardarropa y se recostó en el mueble.

—Ni lo piense, señorita Hamilton. No me pondré ninguno de ellos —sentenció Amelie.

—No puedo creer que se niegue a utilizar tales prendas. Es un insulto tenerlas guardadas.

—Piense, señorita Hamilton. Esa mujer ya se burló de mí con solo ver mis prendas, se burlará más si me pongo a su altura estando ella aquí. Pensará que la envidio.

—¿Y la envidia?

—¿Quién no envidia a quien tiene el corazón de lord Carlisle en la mano? Y eso es todo lo que le diré… —dijo Amelie, sonrojada antes de alejarse de Irina.

—Lo lamento, señorita Sallow. Es cierto que lord Carlisle trata con demasiada deferencia a esa dama y considero que; pese a su belleza, es una arpía.

—Qué amable es al decir «demasiada deferencia» yo lo considero una absurda deferencia.

—Serán solo dos días en que estará aquí, después todo será igual que antes —quiso animarla Irina.

—No, no será lo mismo. Él se comprometerá con ella. Desde que llegué aquí me lo ha dicho, pese a que le propuse matrimonio al conde.

—¿Usted le propuso matrimonio a un caballero? —Se escandalizó la señorita Hamilton.

—Sí, he deseado casarme con ese hombre y con esta propiedad desde que los conocí.

—No debe hacer eso. Él no la tomara en serio. Debió enamorarlo con dulzura, con recato y varias negativas seductoras. Es lo que hace una dama para seducir a un caballero.

—Yo lo besé varias veces y le propuse más veces matrimonio, a lo que él con claridad se ha negado.

—Oh, señorita Sallow, ha hecho muy mal al comportarse de esa manera. Debe ser una muchacha recatada, pero inteligente. Las damas utilizan esas artimañas para tener a un caballero en donde quieren. Los varones que buscan esposa lo hacen esperando llevarse un mar de tranquilidad a su casa. Una mujer como usted no tiene lugar en un salón, escandalizaría hasta al más coqueto de los libertinos. No deja nada a la imaginación.

—Tonterías, señorita Hamilton. Vaya a prepararse para la cena, porque tenemos visita.

Irina se fue disconforme con la actitud de Amelie. Sentía que solo le faltaba algo para que ella fuera exactamente lo que deseaba el conde y abandonara la idea de casarse con la invitada.

Durante la cena, Amelie se sentó donde siempre lo hacía. El ceño fruncido de Emeline le decía que aquella actitud era incorrecta. Era un hecho, la institutriz en la mesa ya era algo incorrecto porque la muchacha que estaba ahí no era una niña que necesitaba una instrucción tan estricta como para que estuviera parte de la servidumbre cenando con ellos, pero era la visita y guardaría silencio por prudencia.

—¿Me contará cómo es que en los periódicos estaba la información de que la señorita Sallow es su prometida? —preguntó Emeline, curiosa, observando el rostro de James.

James carraspeó su garganta y miró a Amelie. Ella tenía los ojos más grandes que de costumbre, que parecían rogarle que no desmintiera que estaban comprometidos, si él llegaba a decir aquello quizá la muchacha se ofendiera.

—También me sorprendí, porque yo estaba comprometido con una dama desconocida, lady Daphne Cecil, hija del conde Exeter, era un compromiso que hicieron mis padres, sin embargo, ella fue quien me habló de la señorita Sallow. Ella deshizo el compromiso porque no quería estar en boca de todos, y para que milady no se arrepintiera de romper aquello asumí como cierto el compromiso con Amelie —contó James.

—¿Entonces usted lo inventó, señorita Sallow? —interpeló la condesa viuda, burlona.

—Sí, pero fue beneficioso. Lord Carlisle puede casarse con quien desea gracias a mi mentira. Está muy agradecido y por eso estoy en esta casa compartiendo la mesa con él como su pupila, aunque yo le ofrecí ser su esposa.

Emeline que se llevó la copa a la boca en ese momento, estuvo a punto de atragantarse con el vino. No sabía si escandalizarse o reír sin parar.

El silencio en la mesa era sepulcral. La señorita Hamilton quedó sonrojada por la confesión pública de Amelie. Aquella sí sabía dejar a un auditorio sin palabras. El mismo conde y la servidumbre alrededor estaban patidifusos.

Amelie había logrado que la arpía londinense se callara y supiera que ahí no existiría amistad, ni aprecio, ni un lugar para ambas en el corazón del conde. Sabía que ella era quien tenía perdida la puja por ser la condesa de Carlisle, pero al menos daría batalla para que se deshiciera de ella.

—Amelie sufre de un mal llamado sinceridad, milady —Se disculpó James que observó el rostro de Emeline.

—Es comprensible, ¿quién desearía ser la pupila si puede ser la condesa? La señorita Sallow es alguien fuera de lo común —Logró articular Emeline con una sonrisa forzada.

Ambas se observaron después de ese último comentario que hizo Emeline. La tensión entre ambas se estaba desatando.

Cuando la incómoda cena terminó, los comensales pararon a la biblioteca en donde James deseaba encontrar la paz desde que llegó a Yorkshire, sin embargo, el destino lo impedía cada día con más alevosía.

—Supongo que usted ejecuta el pianoforte, señorita Sallow, ¿sabe que eso le resulta encantador a lord Carlisle? Siempre halagó mis habilidades cuando me escuchaba en los conciertos privados —comentó Emeline, levantando la tapa del pianoforte.

—No, no lo ejecuto. Milord prefiere que yo le ayude a hacer números para la finca —replicó Amelie, aburrida. No quería estar en ese lugar.

—¿Números? Es usted una caja de sorpresas —musitó la condesa viuda.

—Ejecute algo para nosotros, milady —pidió James para que la noche de entretenimiento no fuera tan turbia.

—¿Le sirvo jerez, milady? —preguntó Alfred a la condesa viuda.

—Sí, por favor —respondió.

—¿Para usted brandi como siempre, señorita Sallow? —interpeló el mayordomo.

La señorita Hamilton se sentía desfallecer por la mala imagen que su instruida estaba mostrando y no solo ella, sino además el resto de los miembros de la casa.

Amelie deseaba no sonrojarse por la vergüenza, pero no pudo evitarlo.

—Esta noche no beberé nada. Ha sido suficiente con el vino de la cena —replicó.

La condesa viuda hizo una soberbia interpretación de una clásica pieza en ese pianoforte. Aquello hundía más a Amelie en la depresión de no saber hacer absolutamente nada de eso que las damas acostumbraban a hacer. Notaba al conde entusiasmado con la gracia y destreza de la visita. Mientras ella ni siquiera podía bordar una línea recta sin perforar sus dedos con la aguja.

Amelie colocó una mano sobre el hombro de su institutriz, era el momento de irse. Por esa noche había sido suficiente con la invitada. Tendría que dejarlos solos y ella sabía lo que podía acontecer en esa biblioteca.

—Buenas noches a ustedes. La señorita Hamilton y yo nos retiraremos, estamos cansadas —comunicó Amelie.

—¿No se queda más, Amelie? —interpeló James, esperando a que ella decidiera quedarse.

—No, quizá mañana. Adiós.

—Que tenga buena noche, señorita Sallow. Quizá le pida mañana a milord que me muestre la preciosa propiedad. Deseo que nos acompañe. —Despidió Emeline.

—Sí, la finca es hermosa. Hasta mañana.

—Hasta mañana. —Se despidió Irina.

Ambas salieron de la biblioteca e Irina siguió a Amelie que iba a largas zancadas por el pasillo.

—Señorita Sallow, más despacio —pidió la institutriz.

—¿Puede alguien odiar tanto a una persona? Yo odio a esa mujer —masculló, irritada.

—Usted provocó a esa dama.

—De dama tiene ella lo que yo tengo de no decir mentiras. Me falta el aire, señorita Hamilton.

—No puede hacer nada si no lo desea. Admito que milady quizá tenga sutilezas indebidas, pero su posición de viuda la deja mejor que a usted.

—Espero que se le cierre la tapa del pianoforte por los dedos —Deseó Amelie, maliciosa.

—No diga eso, si llegara a pasar, quedaría más tiempo en esta casa y con toda la atención de milord. Es poco conveniente para usted.

—Entonces que algo me ocurra, así lo tengo para mí —dijo entre suspiros.

***

En la biblioteca quedaron el mayordomo, James y la condesa viuda.

Emeline abandonó el pianoforte y se acercó a James para sentarse cerca de él. Tenía la copa de jerez en la mano y le daba vueltas. No se animaba a decir lo que en su mente se formó sobre Amelie, parecía ser que él la tenía en demasiada estima.

—Lord Carlisle, ¿cuál es el verdadero motivo de su invitación? Me atrevo a preguntar porque se han abierto las esperanzas en mí al saberlo soltero.

Instintivamente, James miró a Alfred para que él le dijera las razones por las que estaba ella en aquel sitio. Él las había olvidado por completo. Sentía que sobraba en aquel sitio, que quien debería estar ahí era la tosca Amelie.

Alfred le hizo una seña como indicándole la palabra matrimonio. Hizo el gesto de un anillo colocándose en el dedo. Era esa la razón por la que esa mujer viuda se encontraba en la propiedad.

—Lord Carlisle —dijo Emeline para llamar la atención del hombre que estaba frente a ella sin dejar de ver a su criado.

—¿Sí? —respondió con una pregunta.

Ella sonrió, comprensiva.

—Oh, sí, me distraje un momento —alegó James, que se rascó la nuca, nervioso—. La invité para saber si estaría interesada en casarse conmigo.

—Lo sabía. He deseado este momento durante años. Apenas estoy dejando el luto por mi fallecido esposo, pero para la próxima primavera esperaré su propuesta. Soy una mujer respetable.

James suspiró de alivió. Se consideró obligado a pedirle matrimonio en ese momento, mas no estaba convencido de que esa decisión fuera la correcta.

Capítulo 28

Después de conversar sobre los planes de Emeline para casarse en la próxima primavera, James la acompañó hasta la habitación que le asignó como visita de la casa.

—Que tenga buena noche, milady —se despidió James cuando la dejó frente a sus aposentos.

La condesa viuda no tenía la misma intención que James de despedirse.

—¿No me hará compañía? ¿No me diga que nunca lo ha deseado? —preguntó Emeline, que lo cogió del antebrazo.

Él no sabía qué responder. Estaba deseoso de ir a su habitación y acostarse hasta que amaneciera. La libido en ese momento no formaba parte de sus pensamientos. Ella le estaba haciendo una invitación abierta para pasar a su habitación, sin embargo, él no apetecía de nada en ese instante, ¿cómo se lo diría sin ofenderla?

—Si esperé unos años, puedo hacerlo un poco más. Que descanse —James la cogió de una mano para plantar un beso al dorso.

—Qué caballero, lord Carlisle. Buenas noches.

Emeline abrió la puerta de su habitación, dio un paso dentro y después la cerró lentamente sin perderlo de vista.

James suspiró cuando dejó de observar a la dama. Caminó despacio por el pasillo para ir rumbo a sus aposentos. Necesitaba descansar de esa pésima noche. No comprendía lo que estaba ocurriendo con él, solo sabía que le molestaba la presencia de Emeline en la casa. Antes la consideraba encantadora, sin embargo, demostraba una actitud que no percibió en ella tiempo atrás. La imagen de una dama correcta, generosa y llena de carisma, se desvanecía ante sus ojos. Sí era hermosa, graciosa y sofisticada como la recordaba, pero no le resultaba atractivo compartir el tiempo con ella.

Entreabrió la puerta de su habitación para ingresar, mas miró el pasillo vacío por donde solía escuchar los pasos de Amelie. Sabía que ella consiguió un secuaz que le daba comida para soportar hasta la hora del desayuno. Era inútil luchar contra la astucia de ella.

Siempre se reprochaba no poder corregir a Amelie, pero para qué hacerlo si ella tenía un encanto propio.

***

El sol había traspasado la ventana de Amelie, pero ella ignoró aquellos rayos durante un par de horas. No quería estar sufriendo en el desayuno por ser el objeto que divertía a la visita.

—Buen día, señorita Sallow, se le han pegado las sábanas —Saludó Irina que entró a la habitación. Recogió la ropa que Amelie dejó tirada la noche anterior y se acercó al borde de la cama donde yacía la muchacha—. Son las diez, y es hora de su amado desayuno.

—He perdido el interés hasta en la comida. No quiero bajar. No deseo ser humillada otra vez. Mi paciencia podría agotarse y terminaría golpeando a una dama, ganándome el rechazo de milord —Se justificó mientras se tapaba la cabeza con la sábana que cubría el resto de su cuerpo.

La señorita Hamilton le quitó la sábana de la cara y descubrió el cuerpo de ella envuelto en un camisón.

—Vístase para desayunar. Enviaré a Anne para que la ayude. Alfred me confirmó lo que milady dijo por la noche: iremos a cabalgar con ellos por las tierras. La condesa viuda se retira

mañana por la mañana.

—Este suplicio parece no tener fin, un día más, solo un día más… —se reiteró.

—Es lo que usted cree. Si lo que pensamos es cierto, es solo el principio del fin.

—¡Oh, señorita Hamilton, estaba cogiendo valor! ¡Ahora debo empezar otra vez! —espetó enfurruñada.

Irina sonrió y salió de la habitación. En el pasillo se encontró con Anne que ya iba con órdenes de Kate para despertar a Amelie.

Anne apresuró el paso hasta el guardarropa.

—Me sorprende que no esté preparada, señorita Sallow —dijo la muchacha queriendo coger un vestido—. ¿Este?

—No. Lo de siempre —replicó mientras se lavaba el rostro para después secarlo con un paño.

—Le pondré esto y me esforzaré por trenzar su cabello con rapidez. Esta mañana estuve atendiendo a milady. Ella huele tan bien y tiene unos vestidos que… son un sueño. Le hice los bucles tan bonitos que me ha felicitado —contó Anne, contenta.

—Entonces ve con ella. Pronto será tu patrona —gruñó Amelie, celosa.

—Lo siento, señorita Sallow. Es que nunca atendí a una condesa y por lo general usted no me deja hacerle nada, no me culpe por emocionarme.

—No te culpo, es que no quiero saber lo perfecta que es esa mujer, estoy cansada.

Anne preparó a Amelie con rapidez para que desayunaran a tiempo y pudieran salir a cabalgar.

—Buen día —saludó Amelie a los presentes. Pasó a espaldas de Emeline y olfateó aquel perfume que le dijo Anne, y ella tenía razón, era una aroma encantador. Mientras Amelie solo tenía el perfume del jabón en el cuerpo.

—Buen día, señorita Sallow —correspondió Emeline, sonriente.

—Amelie, es extraño que no sea la primera en la mesa —musitó James que notó su ausencia.

—Estuve leyendo hasta tarde y no pude despertar a tiempo. Me dijo la señorita Hamilton que saldremos a cabalgar.

—Es así. Milady desea conocer la propiedad. No creo que llegue a conocerla completa, pero le mostraremos la parte más bonita —intervino James sin dejar de mirar a Amelie.

—Le recomiendo el arroyo, tiene paisajes atractivos desde ese sitio —dijo Amelie. No quería intrusos en ese lugar, pero ante lo que decía James no podía negarse a compartir lo que sus ojos deleitaban viendo cada vez que salía de esa residencia.

—Estaré encantada. Me gusta el campo —apoyó Emeline.

Terminaron de desayunar y James llevaba del brazo a Emeline hacia las caballerizas mientras ella buscaba algo en su ridículo. De repente, su pañuelo cayó al suelo y él se apresuró a levantarlo.

Amelie y la señorita Hamilton iban caminando una al lado de la otra, observando a la pareja que iba al frente.

—¡Oh, mire, señorita Sallow, un clásico de la seducción! —indicó Irina muy cerca del oído izquierdo de Amelie.

—¿Qué se caiga un pañuelo es algo seductor?

—Por supuesto. La postura del caballero postrado y la de una dama victimizada por la caída de un pañuelo es la imagen que cualquiera interpretaría como un próximo compromiso. Debo además mostrarle el lenguaje del abanico. Es muy extenso.

—Practicaré que se me caiga un pañuelo, a ver qué hace lord Carlisle —espetó Amelie. Podría comprobar de esa forma que lo que decía su institutriz era una tontería suprema, pero no

tenía un pañuelo que la ayudara en ese momento.

Emeline miró escandalizada que Amelie no usaba una silla de amazona. Aquello verdaderamente la enfadó. No hablaba sobre la buena educación y el recato que debía tener una dama y menos la pupila de un conde, era más de lo que ella podía tolerar en una dama, Amelie Sallow era un problema entre el conde y la quizá candidata a nueva condesa. Pese a que en un primer momento le restó mérito a su competencia, se dio cuenta de que aquella tenía ventajas impropias y sucias que solo mujeres atrevidas y sin escrúpulos utilizarían.

—¿No usa una silla de montar como esta? —preguntó Emeline, que acercó su caballo al de Amelie.

—No, milady. Soy una mujer de campo y no me acostumbro a hacerlo.

—¿Piensa casarse pronto? Supongo que para educarla está la señorita Hamilton. Tiene el respaldo de lord Carlisle para encontrar un buen partido, pero no lo conseguirá montando como un hombre.

—La verdad es que no deseo casarme, aunque supongo que en algún momento deberé hacerlo.

—Tiene que hacerlo. No puede lord Carlisle encargarse de usted por mucho tiempo. Él necesita ir a Londres, tiene una vida con sus pares. El campo debe ser una de sus aficiones momentáneas. Todos los varones tienen alguna tontería que los distrae por unos meses.

—Esta es la propiedad más importante para el abuelo de milord, no creo que sea una afición de turno. Estaré aquí el tiempo que lo disponga lord Carlisle, él se ocupa de mí.

—Espero que sea por poco tiempo. Es por su bien, señorita Sallow. Es inapropiado que un caballero soltero, viva con una mujer soltera de gustos liberales, y menos con alguien que pretendió ser su prometida aunque fuera mentira.

—Milord lo decidirá. Estamos en deuda el uno con el otro, no será fácil romper esta mentira que nos une y fue provechosa para ambos en su momento —declaró Amelie deseando no escuchar más a Emeline, pues no sería tan paciente y educada como lo estaba siendo.

—Tiene razón, sin embargo, no eche mis palabras en un saco roto —advirtió Emeline.

Ambas se alejaron para continuar con su camino. James oyó lo que Emeline le dijo a Amelie y no intervino porque no era algo que Amelie no supiera, pero la condesa viuda se estaba excediendo en sus atribuciones. Quizá fueran los celos que ambas sentían mutuamente. Sin dudas entre ellas no había una buena relación, ni la habrá.

—Hoy la señorita Hamilton y yo nos ausentaremos a la hora del almuerzo. Ella quedó en enseñarme algunas pequeñas lecciones —comunicó Amelie. Ese aviso dejó a Irina, sorprendida, pues no sabía de lo que Amelie estaba hablando.

—¿Nos acompañarán hasta la casa? —indagó James, curioso.

—No, estaremos haciendo un recorrido más. También deseo visitar un árbol lleno de frutas que vi ayer cuando estuve cabalgando —siguió mintiendo la muchacha.

—Está bien. Cuídese, Amelie. Las esperamos después —se despidió James.

Emeline hizo una inclinación de cabeza hacia Amelie que correspondió a la venia.

—Es una mentirosa, señorita Sallow —acusó Irina a Amelie.

—Mienta usted sobre que tolera a esa dama tan refinada. El conde es el único que puede echarme de aquí y si me echan a mí, eso también la afectará, señorita Hamilton.

—De todas formas regresará en unas horas a la casa. Tendrá que beber el té y cenar con ella. ¿Cuántas veces piensa que puede mentir?

—Como si no me conociera, miento de manera tan natural como respirar. Por ahora nos quedaremos recorriendo. Usted me dará unas clases para montar con una silla de amazonas.

—¿Le interesa montar en esta silla? —indagó Irina, desconfiada.

—Un poco de aprendizaje no es excesivo, y además entre estar aburrida en el campo sin poder meter mi nariz en asuntos ajenos, mejor distraerme con algo. Valore mi predisposición.

—Estoy deseando que la condesa viuda no se vaya si usted está tan predispuesta a aprender —dijo jocosa la institutriz.

—No abuse de su buena fortuna, señorita Hamilton, le he dicho que no le conviene que esa mujer se quede —gruñó Amelie.

Irina le mostró a Amelie cómo debía tomar a un caballo teniendo una silla de amazona. La muchacha prestó atención e intentó hacerlo, logrando aquello con éxito cuando Irina le entregó su caballo.

Amelie necesitaba distraer su mente para no concentrarse en el sufrimiento de saber a James haciendo solo Dios sabía qué cosas. Su imaginación era mala consejera, y como no tenía permitido hacer lo que deseaba en la propiedad, debía resignarse con las migajas de actividades poco atractivas que la señorita Hamilton le sugería.

***

James regresó a la casa con Emeline que le habló durante todo el camino de lo bella que era la propiedad. No era capaz de notar que faltaba mucho para que aquel lugar tuviera la productividad de décadas atrás. Cuando se sentaron a almorzar ella seguía sin guardar silencio.

—¿Cuándo regresará a Londres, lord Carlisle? Las veladas no son lo mismo sin usted —condescendió Emeline.

—No tengo pensado regresar a Londres en quizá más de un año. Tengo el objetivo de levantar esta finca.

—¿Aquí se producen cosas?

—Sí, pero no como antes. Estoy en el deber de devolverle su brío.

—Contrate a alguien que lo haga por usted. No es un hombre del campo. Debería venir para huir del bullicio de Londres y no para trabajar.

—No puedo encargarle esta finca a nadie más. Por haberla, desatendido me han robado y estafado. No me lo vuelva a sugerir —pidió molesto.

Era la primera vez en que trataba de aquella forma a lady Seaford, pero ella lo estaba desquiciando con esas sugerencias tan estériles y ajenas a sus intereses. Amelie era todo lo contrario a la viuda. Amaba al campo, quería despojarlo de sus tierras para poder levantar el lugar y además se ofreció como su esposa. Tenía tantos defectos que tampoco le parecían tan importantes. Sí deseaba que fuera más educada. Era tan bonita para hacerla lucir en un elegante salón que su belleza no podía quedarse en medio de los caballos, las gallinas y las vacas.

Durante la tarde, el té se sirvió en el salón. Las mujeres se sentaron a hacer costura. Amelie lo intentaba, quería solo poder terminar esa flor que llevaba una semana queriendo acabar, pero que la enfadaba y aburría a la vez y por eso no lo lograba. Miró a Emeline que era muy diestra con su bordado, bebía el té que Amelie le sirvió y; que por cierto, fue lo único que aprobó de ella. Era una maestra para servir.

James compartía el espacio con las damas que estaban sin dirigirse palabra alguna. Él podía escuchar las pequeñas maldiciones que decía Amelie cada vez que se pinchaba. Valoraba ese murmullo de palabrotas.

En la cena ocurrió algo similar al té. El silencio estaba sobre ellos como un oscuro manto. Había tensión entre el trío. La única que no tenía inconvenientes era la señorita Hamilton que se quedaba solo para acompañar a Amelie. Gracias a la atenta mirada de ella, la muchacha ya no robaba los panes, ni masticaba como un cerdo. En ese aspecto, el progreso de Amelie era

evidente.

—Esta noche no lo acompañaré, lord Carlisle, necesito descansar para partir mañana. ¿Me acompaña? —pidió Emeline para que la siguiera hacia sus aposentos.

—Por supuesto, milady. Regreso junto a usted y la señorita Hamilton, Amelie —avisó el caballero, dejando claro que no se quedaría en la habitación de la mujer. A James le preocupaba lo que Amelie llegara a pensar.

—Hasta mañana, señorita Sallow, señorita Hamilton —se despidió la condesa, cogiendo el brazo que James le ofrecía.

Amelie los vio desaparecer por el corredor que llevaba hacia las escaleras. Se levantó con premura para seguirlos.

—¿Qué hace, señorita Sallow? —inquirió Irina, sobresaltándose.

—Los voy a seguir.

—Es inapropiado.

—Nunca me ha importado lo inapropiado y menos cuando se trata de la seguridad del conde. Esa serpiente querrá asfixiarlo con su coquetos y refinados modales —dijo antes de escapar y seguirlos con prudencia—. Y ustedes no digan nada —mandó a la servidumbre que la miraba.

—Esta noche no se quedará conmigo, prefiere la compañía de la señorita Sallow y de la sirvienta… —añadió Emeline con desdén mientras tomaba del rostro a James para después besarlo.

Amelie tenía sus ojos puestos en esa dolorosa escena. Aquella viuda estaba besando a su conde, a quien ella también deseosa besó.

James correspondió solo por un momento para alejarla con tranquilidad de él.

—No se trata de eso, milady —respondió ante su acusación.

—Si pretende que nos casemos, lord Carlisle, debo ser clara con usted. La señorita Sallow se tiene que ir de esta casa, es una salvaje que lo avergonzará. Ni con su patronato puede salvarla, es un desbarajuste casi insoportable. Además de inapropiada puede hacerse pasar con facilidad por una mujer ligera.

—Sé que a Amelie le hacen falta un par de detalles para ser una mujer perfecta. Si usted no desea casarse conmigo por causa de ella, lo comprenderé. Esperaré un par de meses y le informaré sobre el asunto. Buenas noches, milady.

—Hasta mañana, milord.

Capítulo 29

James se dirigió de nuevo hacia el salón, pero en aquel momento se encontró con Amelie que debió escuchar todo lo que dijeron.

—¿En verdad se casará con alguien así? —interpeló Amelie.

—No depende de mí, sino de que ella me acepte —respondió James. Al terminar de responder escuchó a su saliva pasando por su garganta.

—Ni crea que voy a despedirme de ella. ¿Esa es la dama que me serviría de ejemplo? Hubiera traído una serpiente de entre los matorrales, que quizá fuera más amable que la «gran dama».

Él se cubrió el rostro. Amelie le estaba haciendo un berrinche que a él no le interesaba oír.

—No dijo nada que no se supiera, Amelie. Usted es salvaje.

—¿Si soy distinta qué ganaré? ¿Agradarle al menos?

—Me agradará más —replicó para no continuar con la discusión.

—Hecho… —dijo Amelie, que se dio vuelta para ir a su habitación.

—Amelie… —la llamó, pero ella lo ignoró con un gesto de las manos.

Amelie entró a su habitación y comenzó su búsqueda incansable de una tijera, pero no la encontró. Maldijo por lo bajo al suponer que aquello estaba en los canastos de costura. Debía regresar al lugar en donde se encontraba la señorita Hamilton. Se volvería a cruzar con James.

Ella salió apresurada de sus aposentos y descendió las escaleras, encontrando a James, Alfred y la señorita Hamilton.

—Señorita Hamilton, traiga el canasto de costura y busque a Kate. Vayan a mi habitación —mandó antes de mirar a James con molestia. Aquel sería el último día en que vería a Amelie Sallow como la conoció.

—¿No irá esta noche a la biblioteca? —preguntó Irina, confundida por el apuro de Amelie.

—No. A milord le hace falta un tiempo en soledad. Despidanme mañana de la víbora que está hospedada en esta casa.

—¿Aparte de usted, señorita Sallow? —indagó Alfred, burlón.

James quiso carcajearse, pero se contuvo. Si no lo hacía significaba tentar a su suerte y Amelie no estaba de buen humor y no sabía en qué podía terminar su locura.

—Sí, y sepa que me quedaré más tiempo, Alfred, para morderlo mejor… —sentenció antes de regresar a su habitación.

Los tres quedaron bastante patidifusos por la forma en que Amelie se había comportado y sin dudas indicaba que algo se traía entre manos.

—Iré a hacer lo que pidió la señorita Sallow, milord —se disculpó Irina, reverenciando a James.

—Vaya, consiéntala. Está enfadada —sugirió James antes de que la institutriz se fuera.

—Por supuesto, con permiso. —La señorita Hamilton cogió el canasto de costura y fue hacia la cocina.

—Los celos de la señorita Sallow han llegado a su límite, milord. Odia a la condesa viuda —afirmó Alfred, mirando a James que tomó asiento en el salón.

—Supongo que también me odia. Escuchó a milady decir que ella era una salvaje, y yo no fui capaz de defender a Amelie porque no tenía argumentos. Más bien estaba a punto de darle la razón a la condesa. Si en algo esta muchacha del campo tiene algo de veracidad es en que Emeline es una víbora.

—Ni que lo diga, milord, ni que lo diga.

—Estoy decepcionado. Pasé de tener a una prometida asegurada, a tener una de mentira y también a la que consideré la candidata adecuada, ahora no tengo nada. Qué difícil es encontrar a la mujer ideal.

—Si me permite decirle, todavía tiene a la prometida de mentira —alegó su mayordomo haciendo una reverencia para dejarlo solo.

En la habitación, Amelie aguardaba a la señorita Hamilton y a Kate para que estuvieran presentes. Vio que ambas entraron a sus aposentos después de un par de minutos.

—Aquí tengo el canasto, señorita Sallow —dijo Irina, enseñándolo.

—Perfecto, páseme las tijeras —replicó con el corazón latiendo frenético—. Kate, quiero que me mires por última vez.

Irina le entregó las tijeras, mientras Kate no comprendía a qué se refería Amelie.

—¿No me diga que se va a matar, señorita Sallow? —preguntó Kate viendo las tijeras que Irina le dio a Amelie.

—No. Me amo demasiado para desperdiciarme de esa manera y más por algo tan desconocido como la muerte —respondió.

—¿Entonces qué ocurre? —interpeló Kate acercándose a Amelie, pero ella se alejó para sentarse frente al espejo de tocador.

—Esto ocurre —espetó antes de comenzar a cortar su larga trenza por la mitad.

—¡Señorita Sallow! —exclamó Kate, viendo cómo cayó una mitad del cabello trenzado en el suelo.

Amelie se miró en el espejo con los ojos aguados. Ella cambiaría por conseguir el amor del conde de Carlisle.

—¿Por qué lo hizo, señorita Sallow? —inquirió Irina presa de la sorpresa.

—Porque, o esa mujer mala se queda con el conde o lo hago yo. Si quiere verme como una dama, me tendrá así, como a él le agrada. Me ha dado cada señal de lo que quiere. El conde no desea a la salvaje con aroma de caballo, sino quiere a la dama fina con un perfume oloroso. Quiere bucles; yo se los daré, necesita que ejecute el pianoforte; yo lo haré, desea a una esposa; yo lo seré —musitó decidida—. Debo dejar de ser salvaje y aceptar lo que la vida tiene para mí. Luché contra la corriente y terminó arrastrándome. No puedo huir del destino de una mujer.

—Anne es quien sabe hacer los bucles, señorita Sallow —avisó Kate, notando el terrible esfuerzo que Amelie hacía por conseguir al hombre que la tenía cautivada.

—Que venga también. Tráela, Kate. No le digas a Alfred lo que sabes, quiero que sea una sorpresa hasta para él por tratarme como lo hace.

—Si que es decidida, señorita Sallow —habló la señorita Hamilton, conforme.

—Lo que Amelie quiere, Amelie lo tiene. Quizá no use pantalones, pero mis convicciones no cambian, seguiré anhelando ser la dueña de este lugar y no pararé hasta conseguirlo.

Amelie no dejó de observarse en el espejo. Su larga y trenzada cabellera se convirtió en ese instante en un lienzo vacío donde se debía pintar un paisaje. Ella arriesgaría lo único que poseía, que era su indomable personalidad por un futuro diferente. Al fin de cuentas, no era distinta a otras damas que buscaban casarse para una mejor posición, salvo que ella se encontraba enamorada del dueño de la casa en donde quería permanecer, y para eso debía enamorarlo. Los besos correspondidos que tuvieron antes, eran esperanzadores para que ella consiguiera lo que esperaba: el corazón del conde.

—Sea juiciosa, señorita Sallow. La falda no debe hacerla tan atrevida como un pantalón. No debe hacerle propuestas de matrimonio a milord, ni besarlo. Lo que una dama hace para seducir a un caballero es negarse a sus insinuaciones, tentarlo al punto de desesperarlo que eso termine en

una declaración y pedida de matrimonio —recomendó la señorita Hamilton.

—¿Tengo que fingir ser tonta? —inquirió Amelie e hizo un gesto con la boca.

—No es necesario fingir ser tonta, sino recatada. Los caballeros son deslumbrados por el recato, la elegancia y una conversación absurda en ocasiones. Desean conversar de trivialidades para que el peso que cargan de los días, sean más ligeros. Usted que desea llevar la carga de una propiedad, sabe que eso conlleva un gran esfuerzo. Milord debe estar agotado, distraerlo con graciosas conversaciones, con una pintura, un té en el jardín, bordando un delicado pañuelo o aprendiendo el pianoforte, sería lo ideal —sugirió su institutriz.

—¿Seré capaz de eso?

—Si Amelie lo quiere… —dijo Kate.

—Amelie lo tiene —Ella culminó la frase que Kate inició.

Al retirarse Kate y la señorita Hamilton, Anne se presentó a la habitación y observó el cabello de Amelie recortado a la mitad.

—Me dijeron que dejará que le haga bucles… —habló Anne, extasiada.

—Sí, y también, mañana me pondrás uno de esos vestidos.

—¡Oh, señorita Sallow! Se verá tan hermosa. Le falta oler mejor, pero con mucho jabón se soluciona eso.

—¿Cómo que con jabón? Entonces es cierto que huelo a caballo y que no es una burla —sopesó Amelie, enfurruñada.

—No, señorita, le falta un perfume, es solo eso.

—¿Un perfume, eh? Sé donde conseguir uno. Me agrada el aroma de la viuda, me quedaré con su perfume.

—¿No estará pensando en robarlo? —preguntó la muchacha.

—Si me he robado, le robé a los caballos, le robé a mi primo… ¿Qué daño me hace robar algo más?

—Es una mala idea, milady lo notará.

—Lo haré durante la madrugada, ni sentirá que alguien se robó algo de la habitación, creerá que lo guardó. Esta gente estirada es así.

Anne no estaba tan segura de eso. Lo primero que pensaría la condesa viuda probablemente fuera que la servidumbre lo cogió. Pese a que no pudo persuadir a Amelie para que no robara, le dejó el cabello atado para que por la mañana pudieran liberarlos y tener unos bucles tan firmes como los de una estatua.

Durante el transcurso de la madrugada, Amelie; que iba con los cabellos atados para obtener la graciosa forma de unos bucles, estuvo al pendiente del pasillo hasta que el sabueso, Alfred, terminara su ronda de apagar lámparas para llevar a cabo su objetivo de ser una mujer perfumada.

Caminó a hurtadillas hacia la puerta de la condesa viuda. Con cuidado procedió a la apertura de la puerta, esperaba que no hiciera el típico crujido de una madera vieja, porque aquella residencia ya tenía sus años.

Para su fortuna, no hubo ruidos y ella ingresó a la estancia en donde dormía la mujer. La luz de la luna pasaba por un pequeño espacio que no cubrió la cortina. Siguió a hurtadillas hasta el centro de la habitación para observar en dónde podía encontrarse el tocador. Prefirió ir con manos y pies al suelo por si la olorosa condesa despertaba.

Encontró el tocador y solo fue necesario acercar la nariz para saber en qué lugar se encontraba el frasco de perfume. Lo cogió y se dispuso a salir cuando escuchó que la dama dio vueltas en la cama. Amelie abrió los ojos, asustada. No deseaba ser descubierta. Lady Seaford se seguía

moviendo y la intrusa tenía el corazón en la mano. Cuando pasaron varios minutos y dejó de escuchar murmullos que salían de la mujer que yacía en la cama, se apresuró a salir de la habitación de la condesa y regresar a la suya. Quedó aliviada porque aquel fue su último delito. Estaba dispuesta a ser la dama que un conde necesitaba: bella, refinada y perfumada.

***

Emeline descendió para desayunar. En el último escalón la esperaba James, impoluto como siempre. Era imposible para ella creer que aquel tuviera al mismísimo desbarajuste encarnado bajo su techo y más siendo su pupila. Comprendía sus buenas intenciones de otorgarle un buen futuro a alguien que quizá no lo aprovecharía como debiera.

—Buen día, lord Carlisle —saludó la condesa e hizo una venia antes de acercarse para acompañarlo al comedor.

—Buen día, milady. Le espera un desayuno digno de hacerla llegar sin hambre a su destino —concedió enseñándole el brazo para que lo tomara.

—Qué agradable saberlo. Tengo lo necesario para partir al terminar de desayunar, aunque creo que perdí el perfume o quizá lo metí por la noche en el baúl.

—Qué calamidad, es probable que su perfume esté guardado en su carruaje, no se preocupe —alegó, sonriente. Estaba muy feliz de que se fuera, y él intentara recuperar la paz. Sabía que sería un intento, pues Amelie fue la primera en robarle la paz.

Llegaron hasta el comedor y James ayudó a Emeline a sentarse. Él le hizo un gesto a su mayordomo para que sirvieran.

—¿La señorita Sallow no desayunará con nosotros? —preguntó sintiendo la ausencia de la muchacha en la mesa.

—Amelie se sintió indispuesta por la noche y le envía sus más cordiales saludos —respondió James, sabiendo que aquello no estaba cerca de representar los pensamientos o sentimientos de Amelie.

—Qué agradable. Regresaré para el invierno y espero que no la encuentre aquí, me alegraría saberla bien casada y que sus esfuerzos, milord, se vean recompensados.

—También espero que Amelie aprecie lo que le brindamos en esta casa. No solo un techo, sino la oportunidad de codearse con personas que le darán un mejor futuro.

Emeline rio ante aquello que James dijo. Se percibía que esperaba demasiado de una muchacha que no pagaría lo que él hacía de la forma en que pretendía.

Al acabar el desayuno, ambos se levantaron y fueron hasta la entrada de la residencia donde estaba el carruaje de Emeline listo para salir.

—Despídame de su pupila, lord Carlisle. Ha sido grato conocer a la fauna de la zona —aludió Emeline comparando a Amelie con un animal, mientras levantaba su mano enguantada para que James la besara como despedida.

—Por supuesto que se lo diré. Amelie quedará entristecida por no despedirse. Buen viaje, milady, la esperaremos en invierno —dijo para despedirla. Besó el dorso de la mano por la plena obligación de hacerlo. Le desagradaba profundamente cada momento que no le hacía el favor de irse.

—Hasta pronto, milord —se despidió Emeline.

James la ayudó para subir a su carruaje. Aquel era el alivio que su pecho esperaba conseguir. Una vez que el coche se puso en marcha, una sonrisa se colocó en su rostro mientras agitaba la mano despidiendo a la viuda.

—Todavía no sé qué me enamoró de ella. Es una arpía —sopesó James, hablándole a Alfred que se acercó a su lado.

—¿Puedo avisarle a la señorita que puede abandonar su cueva? —interpeló su mayordomo, acompañándolo hacia la puerta para regresar dentro de la casa.

—Deja que respire un minuto y después le avisas. Estoy agotado para el vendabal que significa Amelie.

—Siempre lo he dicho —interrumpió la voz de Amelie a James y Alfred que pasaban la puerta con lentitud—: lo mejor de las visitas es cuando se van.

Ni Alfred; y menos James, podían creer lo que estaba descendiendo por las escaleras. Era Amelie, ataviada con un vestido rosa pálido con un listón blanco atado bajo el pecho. La muselina que llevaba puesta, la hacía lucir como una afortunada debutante que deslumbrará a un salón con solo pisar la entrada. El cabello de ella estaba sostenido por unas horquillas que dejaban a su gracioso cabello castaño, moverse como si tuvieran vida propia. Esos bucles eran perfectos.

James no podía imaginar que aquella era Amelie, solo por la voz pudo identificarla. ¿Dónde estaban su pantalón y su camisa? También su larga y trenzada cabellera se ausentó. El cabello de ella en ese momento le llegaba hasta el hombro.

Él distinguía unos ojos pícaros y una sonrisa ladina cuando la muchacha bajaba los escalones.

—No llegué a despedirme, lo lamento mucho —enunció con un coqueto mohín.

Capítulo 30

—¿Señorita Sallow? —inquirió Alfred, pasmado.

—¿Quién más en esta casa representa una visita indeseada? Distinta a la que se fue, por supuesto —afirmó sonriente.

—¿Amelie? —logró mencionar James, no podía alejar sus ojos de la bella señorita que se acercó a él y a su sirviente.

—¿Sí? —respondió. Ella pudo notar que tenía un gran efecto sobre James, él no la dejaba de observar con interés desde los pies hasta la cabeza.

—Yo... ¿no tiene hambre? No descendió para la hora del desayuno.

—Conoce mis motivos. Además, arreglarse como una dama no es algo sencillo. Lleva tiempo y paciencia.

—Pasemos al comedor a desayunar, ¿está de acuerdo?

—Pero si usted desayunó con milady.

—Sigo con un poco de hambre —contestó James que rio nervioso.

Alfred cerró los ojos sabiendo que el conde de Carlisle estaba deslumbrado por la belleza de Amelie Sallow y no solo estaba ciego, sino atontado. Él también sospechaba de su belleza, sin embargo, no se imaginaba que fuera tanta. Consideraba que la muchacha encontró el camino para ser lady Carlisle.

—Gracias por acompañarme —musitó Amelie, sonrojándose, por mirar tanto a James.

James también tenía el rostro sonrojado, Amelie estaba causando más estragos en su vida de los que tenía pensado. Le concedió el paso a la muchacha para que se adelantara y poder observar mejor. No tenía dudas de que ella era esbelta, mas no era lo mismo ver que suponer. Frente a él caminaba la prueba de que el camisón no mentía y de que no estaba perdiendo el buen gusto. Por un tiempo pensó que estaba deseando algo terrible cuando veía a Amelie.

Amelie no pasó a sentarse donde siempre lo hacía, se sentó junto a la punta que ocupaba James.

—¿No se sentará en su sitio? —curioseó James, confundido.

—No. Estoy en su residencia; su casa, sus reglas —otorgó Amelie.

Kate llevó junto con Edwina algunas bandejas para el desayuno. Cuando vieron a Amelie, ambas no podían creerlo, aquella que estaba sentada junto al conde no era la salvaje que llegó hacía ya un mes a esa residencia, se trataba de una dama, al menos por cómo vestía.

Amelie y James se miraban mientras sus sirvientes colocaban el desayuno para ellos.

La muchacha desprendía un ambiente de silencio, timidez, aunque un toque ameno de picardía. James valoraba esa paz que era capaz de tener junto a ella.

—¿En verdad lamenta no haberse despedido de la condesa? —interpeló James, curioso.

—No. Lo que lamento es que no se fuera cuando llegó. Espero que este sea nuestro secreto.

—Después de eso que escuchó, comprendo su rechazo hacia ella.

—Veremos si con el buen nombre de lord Carlisle sí puedo pescar a un excelente partido —declaró Amelie.

Ella desayunó tal como le encargó la señorita Hamilton. Sin masticar como animal y sin parecer hambrienta. Hizo lo posible para que el rugido de su estómago quedase dentro de ella. Tanta belleza no podía verse opacada por el grotesco canto del hambre.

Cuando se levantaron para dirigirse al salón, James le cedió de nuevo el paso para admirarla.

—¿Qué hará hasta el almuerzo, Amelie? —preguntó el conde.

—Estaré practicando costura con la señorita Hamilton.

—¿Y por la tarde después del almuerzo?

—Cabalgaré junto a la señorita Hamilton —respondió—. ¿Y usted?

—Ah, pues yo estaba pensando en adelantar algunos pendientes en la mañana y… cabalgar por la tarde —dijo nervioso—. ¿No les molestará tener compañía?

—Supongo que no, estaría contenta de que usted nos acompañe…

Ambos se miraban en aquel silencio que se hizo entre ellos. No deseaban separarse, pero eso debería ocurrir. Cada quien tomaría su lado, y a pesar de que Amelie deseaba molestarlo para cosas de la finca, ella prefirió seguir con lo estipulado en su mente.

Amelie le hizo una reverencia antes de subir por las escaleras hacia su habitación. La canasta de costura estaba lejos de donde debería.

James la observó subir y suspiró. No sabía si era por cansancio o por algo más. Después de quedarse unos segundos en el salón, fue rumbo a su despacho. Estaba haciendo cuentas de los gastos que llevaba hechos para que funcionara la finca en la brevedad. Solo esperaba la visita del señor Powell.

Alfred interrumpió a James que se encontraba concentrado en sus labores administrativas.

—¿Qué ocurre, Alfred? —pronunció James sin mirar a su sirviente.

—¿No le parece extraño que la señorita Sallow esté tan bonita, y además que huele como a la condesa viuda?

Él quedó pensativo al escuchar a Alfred. Notó lo bella que era Amelie, por supuesto que sí, y lo del perfume, creyó que el aroma de Emeline se quedó en sus prendas hasta que recordó que la condesa creyó extraviar su perfume.

—Amelie no es bonita, es hermosa. ¿Cómo no lo había notado? Es encantadora —confesó para temor de su sirviente.

—Oh, milord, se casará con la salvaje. Lo suponía, ya decía yo que faltaba poco para convencerlo.

—No dije que me voy a casar, solo mencioné que ella es hermosa… demasiado incluso para su propio bien.

—Me preocupa su amabilidad con ella.

—Es lo que esperaba, parece una dama.

—Pero sabemos lo que hay bajo esa piel de cordero. Se encuentra el mismísimo lobo.

—Alfred, es una muchacha malcriada, de malos hábitos acostumbrada a hacer y deshacer a su antojo, no es más que una encantadora mujer caprichosa.

—¿Ya no piensa en casarse con la viuda, milord? —curioseó el mayordomo, sigiloso.

—No. No me puedo casar con alguien como ella. Esa rosa, tenía demasiadas espinas, Alfred —alegó al recostarse por su sillón—. Seguiré buscando una esposa a mi medida.

—No hace falta buscar demasiado… —Soltó Alfred antes de acomodar las sillas que estaban fuera de lugar.

***

Después de buscar la canasta de la costura, se reunió con la señorita Hamilton en el salón. Mientras ambas pasaban una aguja de un lado al otro de forma monótona, Amelie suspiró.

—¿Qué ocurre, señorita Sallow? —indagó la institutriz.

—¿Está segura de que no puedo acompañar a milord? —contestó Amelie con una pregunta.

—No. Recuerde que usted es astuta y quiere al caballero como esposo. Una cazadora acecha a su presa por buen tiempo, y cuando llega el momento, lo atrapa.

—Cierto. Si tengo al hombre, tengo las tierras… debo repetirlo un par de veces.

—No sea tan frívola. Piense mejor en que tendrá al caballero enamorado dispuesto a colocar frente a usted un abanico de oportunidades.

—Es muy romántico como lo dice, pero yo solo quiero ayudarlo con la finca —expresó Amelie, enfurruñada.

—Una vez que usted lo convenza de que es una dama, él la invitará. Los caballeros son básicos y primitivos. Hay que domarlos con astucia e inteligencia.

—¿Y eso cuánto va a tardar?

—Mucho si me sigue exasperando, señorita Sallow. Si usted no puede hacer ese punto cruz, todo se aleja más. Una buena candidata a esposa sabe coser, ejecutar el pianoforte, sobre el té, ser agradable, no molestar y ser educada.

—¡Soy una experta en el té! Supongo que es en lo único que soy buena, señorita Hamilton. El resto es más difícil y supongo que con saber una de ellas solamente, no me ayuda.

Irina asintió a lo que dijo Amelie, y le indicó con un gesto de cabeza que continuase intentando terminar lo que llevaba días haciendo.

Por la tarde, la señorita Hamilton se dio cuenta de que salir a cabalgar sin un traje de montar era inapropiado para la Amelie. Entre lo que le había comprado el mayordomo, no existía ni uno de ellos.

—Me temo que debemos cambiar de planes, señorita Hamilton —musitó Amelie, desganada, pues ella sí deseaba salir a montar con James.

—Bien, volvamos a la costura.

—¡No! digo, no, lo hemos estado haciendo toda la mañana. ¿Podría recordarme los fundamentos básicos del pianoforte? Me resultará desafiante intentar recordar algo de hace tanto tiempo.

—Tiene razón —admitió Irina.

—Entonces iremos a la biblioteca.

Se dirigieron al lugar pasando primero por el salón, donde encontraron que Alfred estaba recibiendo a alguien.

—Señor Powell —saludó Amelie al administrador de las tierras que fueron de su padre cuando lo reconoció.

El administrador observó a la preciosa muchacha que lo saludaba. Su mente no podía relacionar a Amelie con la divina criatura.

—¿Señorita Sallow? —preguntó dudoso.

—No puede ser que no me reconozca, señor Powell —espetó Amelie cruzando los brazos bajo el pecho.

—Está usando un vestido, señorita Sallow. Lamento decirle que llevó demasiados años sin verla vistiendo uno.

—Así visto ahora. No puedo tener ciertas actitudes cuando no vivo en mis tierras…

—Señorita Sallow, sobre eso necesito hablarle. Es una bendición que la encuentre aquí, aunque le diré lo inapropiado del asunto: usted no puede vivir con su prometido, pero eso no viene al caso en este momento. Su primo, el señor Alec Sallow está desesperado buscándola, piensa que le ha pasado algo.

—Si lo ve, dígale que me ha pasado algo muy bueno. Confiaré en que no le dirá que estoy aquí. No me vuelva a traicionar, señor Powell. Lo he recomendado con milord por ser usted capaz y no por sus cotilleos.

—No sea caprichosa, señorita Sallow. No solo su primo la está buscando, sino también su vecino, el señor Ajax. Ese hombre está desesperado por casarse con usted.

—Y yo estoy desesperada huyendo de él. No se hable más, señor Powell. Me encuentro segura en casa de milord, él cuida de mí —dijo orgullosa.

—Debería conversar con su primo para que la autorice a ser visitada por su prometido, pero no puede vivir con él.

—Alfred, lleve al señor Powell junto a milord. Los caballeros necesitan hablar de negocios —musitó Amelie antes de dar por zanjado ese asunto. Le hizo una reverencia al administrador y continuó su camino, seguida por la señorita Hamilton.

—La señorita Sallow es un problema —murmuró el administrador.

—Y qué problema —lo secundó Alfred mostrando el camino al despacho para que aquel hombre se reuniera con James.

Alfred llevó a la visita hasta el despacho de James. Abrió la puerta y anunció al señor Powell.

—Buen día, señor Powell, llevo días esperándolo —habló James, acercándose al administrador para saludarlo.

—Disculpe, milord, hubo un retraso en la correspondencia de mi residencia y cogí por error cartas de menor data que la suya. Fue un error involuntario —justificó el señor.

—No hay inconveniente, siéntese. Alfred, sírvele brandi al caballero, conversaremos bastante —mandó a su sirviente.

—Sí, milord. —acató el mayordomo, que después de cumplir con el pedido, se retiró sigilosamente.

—Amelie me ha recomendado sus servicios, aunque no sin antes ofrecerse ella demasiadas veces para ser mi administradora —comentó James, sonriente.

—La señorita Sallow siempre ha sido diferente a cualquier muchacha. Mientras algunas compraban vestidos, ella estaba domando caballos en las tierras de su padre. El señor Sallow nunca fue estricto con su hija —recordó el señor Powell.

—Ella me ha dado dolores de cabeza, pero es encantadora.

—Lo he notado, es bastante encantadora con un precioso vestido y el cabello arreglado. Ese encanto no lo tenía meses atrás.

James se removió incómodo en su asiento. Resultaba que Amelie le empezaba a parecer hermosa a todos. Esa idea le comenzaba a desagradar bastante.

—Déjeme advertirle algo, lord Carlisle. El señor Alec Sallow está buscando a su prima pensando en que algo malo le ocurrió. El cochero era el único que sabía sobre su paradero, ahora sé que ella se encuentra con usted. Pese a que la señorita Sallow me pidió que no dijera nada, debo decirle lo mismo que le dije a ella: es inapropiado que como prometidos vivan juntos.

El rostro de James se ensombreció al saber que alguien buscaba a Amelie. No podía defraudar a la muchacha y arrojarla a su casa junto a alguien a quien ella no apreciaba, pero eso significaba admitir un compromiso con Amelie y también ser más mentiroso que ella.

—Ella se encuentra bien conmigo. Tratamos de que no parezca indecoroso. Tiene a su antigua institutriz, la señorita Hamilton que la acompaña a todas partes. No le he tocado una sola hebra de su cabello.

—El problema es que su tutor es Alec Sallow y es el único que puede aprobar el matrimonio entre ustedes. ¿Cuándo tienen fijada la fecha? —interpeló el hombre.

No sabía qué responder. James se encontraba en una encrucijada entre dar una falsa fecha o salvarse de otra manera.

—Eso lo conversaremos en otra ocasión, señor Powell. Usted viene por la propuesta de administrar mi propiedad y no mi vida personal.

—Oh, disculpe, milord —dijo de inmediato el administrador. Tenía la misma actitud

prepotente que Amelie. Dios los hizo y el diablo los juntó.

Mientras James le enseñaba los papeles y le hablaba al señor Powell sobre los planes que tenía para la propiedad, ambos hombres escucharon el sonido que desprendía el pianoforte. Aquel había empezado como algo tan terrible que era para olvidar. Sin embargo, con el correr de las horas, mejoraba y aunque sonaba lento, Amelie parecía estar sumergida en el aprendizaje del arte de la música. James consideró que cuando Amelie quería algo hacía lo que fuera para obtenerlo.

Conversar con el señor Powell trajo tranquilidad al corazón de James, si bien lo contrató como su administrador de esa propiedad, Amelie le había dado esos consejos que el hombre también le dio. Tenía que escuchar más a la muchacha y juzgarla menos por su condición de mujer. Podía invitarla a hacer la contabilidad con él para que compartieran mayor tiempo juntos. Él no comprendía la razón por la que abrió su mente para acercarse a ella. Podía ser su radiante belleza o quizá su brillante inteligencia, pero de algo se trataba.

Pasó un mes desde que Amelie había cambiado su forma de ser y de vestir. Aquella muchacha estaba llevando a James al punto del desahucio porque mientras él propiciaba un acercamiento indebido, ella era educada e intentaba restarle importancia a sus intentos. Durante ese tiempo comenzó a extrañar a la Amelie que conoció en un principio: aguerrida, atrevida y luchadora. Frente a él tenía a una dama que le sonreía y pedía cosas para la casa. Tuvo pedidos de muebles nuevos y cortinas que él le autorizó encantado de la vida, hipnotizado por la deliciosa sensualidad que desprendían los frívolos pedidos de la muchacha.

—¿Le agradan las cortinas, lord Carlisle? —preguntó Amelie que lo miraba esperanzada de que le dijera que sí.

—Me resulta encantador —dijo sin perder de vista la muchacha.

—Quería hablarle de los muebles. Hice un cambio en el pedido, será más caro, pero mejor. ¿No se enfada?

—No, lo que usted disponga para la casa está bien, Amelie. Me gusta el resultado de su gestión aquí.

Amelie se sonrojó por lo que él le dijo. La tensión entre ambos crecía cada día. Para su mala fortuna, seguía los consejos de la señorita Hamilton a la perfección porque notaba resultados inmediatos, mas lo sufría en su corazón. Recordó la noche en que accidentalmente quedaron juntos y James con bastante insistencia se acercó y le tocó la mano. Ella fingió recato para rechazarlo. Le dijo: «Es inapropiado, lord Carlisle, no acose a su pupila»

Se arrepintió de haberlo hecho porque ella estaba más tentada que nunca a arrojarse sobre él y devorarlo hasta dejar sin aliento al pobre caballero.

—También quería decirle que me faltan vestidos… quisiera ir a comprarlos mañana, ¿me acompañará?

—Cómprese más vestidos tan hermosos como estos —dijo James que cogió entre sus dedos la suave tela del vestido de Amelie. Cada vez se comportaba de manera más escandalosa. Su deseo por ella se acrecentaba y no conseguía la atención que antes ella sin ningún tapujo le daba.

Con sutileza, Amelie quitó la tela del vestido de entre los dedos de James.

—Por lo que entiendo, no me acompañará…

—No soy bueno comprando vestidos, pero sí apreciándolos cuando usted los tiene puestos, Amelie.

Alfred siempre estaba muy cerca escuchando cada humillación que se hacía el conde en sus intentos de conquistar a la esquiva señorita Sallow. La muchacha se hacía desear como si se tratara de alguien de la realeza. Debía tolerar el alevoso cortejo de James y el refinado rechazo

implícito de Amelie. Con anterioridad, ella era quien con absoluto descaro se ofrecía al caballero, ese momento ese argumento dio un giro inesperado.

—Volveré con un buen vestido para la cena, milord. Es momento de que me prepare —avisó Amelie, riendo.

Los dos se miraron antes de que Amelie se retirara y sonrieron. Cuando ella desapareció al subir las escaleras rumbo a las habitaciones, James suspiró.

El mayordomo recogió una taza de té y un vaso de brandi. Los colocó sobre la bandeja para llevarlos a la cocina. James y Amelie estuvieron conversando al menos por una hora en ese lugar.

—¿Se le ofrece algo más aparte de esa muchacha? —preguntó Alfred sin discreción.

—Sí, necesito quedarme a solas con ella. No quiero a la señorita Hamilton después de la cena en la biblioteca y tampoco a ti, ni a la señora Brown ni a Anne.

—Ha perdido la cabeza, lord Carlisle —afirmó su mayordomo sin duda alguna.

—Me ha tentado de todas las formas posibles. No sé si lo hace por desconocimiento o por la plena causa de condenarme por haberla rechazado y decir que era una salvaje sin educación, apoyando a lady Seaford.

—Pues quizá sea la más infame de las venganzas. Le sugiero, lord Carlisle, que le dé prisa al mal paso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que la pida en matrimonio. La señorita Sallow ha demostrado ser la indicada para usted y no ha hecho mayor esfuerzo que comportarse.

—Matrimonio… —sopesó James con un gesto en el rostro—. Lo pensaré. No hay apuro, supongo.

El mayordomo llevó los hombros hacia atrás, sin quitarle razón a su patrón, aunque también sin apoyarlo.

—Cumple con mi pedido de esta noche —reiteró el conde a su sirviente. Vio asentir a Alfred antes de llevar la bandeja.

La palabra matrimonio cuando se trataba de Amelie era muy fuerte. La deseaba tanto que sería el hombre más feliz si lo pedía, sin embargo, quizá aquella se transformara en la misma criatura que entró a su residencia e incluso lo despojaría de su administración a través de la utilización de sus encantos para seducirlo. Amelie era despiadada y le agradaba muy a su pesar.

Capítulo 31

Amelie mientras tanto se sentía cada vez más segura en su papel de dama. Tenía la atención que buscaba y lo que pedía, James lo ponía a su disposición. Sus esfuerzos de morderse la lengua se veían plenamente recompensados con las palabras que él le decía. Le agradaba recibir halagos sin hacer demasiado. Se sentía privilegiada al tener la certeza de que tenía a ese caballero en sus manos. La señorita Hamilton era una maestra de las argucias. Parecía leer a los caballeros y le sugería las estrategias más adecuadas para cada ocasión. El conde de Carlisle era un individuo de una simpleza espectacular. Valoraba la paz que Amelie le daba al no acosarlo con la idea de ayudarlo con la administración de la propiedad, aunque opinaba de vez en cuando sobre el asunto, obteniendo la aprobación de James. De esa manera ella lograba conseguir sus objetivos sin arremeter contra el dueño de la propiedad, podría decir que tenía al hombre y a las tierras, pero sin ningún compromiso de por medio.

De vez en cuando se sentía perturbada por la presencia del señor Powell, pues era difícil que él guardara silencio ante una situación inapropiada y ciertamente él no sabía que no estaban comprometidos y eso era un agravante si llegaba a enterarse y se lo decía a su primo.

—La vanidad es un pecado, señorita Sallow —interrumpió Kate diciendo eso antes de entrar en la habitación. Vio a Amelie sentada frente a su tocador, arreglándose.

—Me aprecio, aunque me extraño, pero he recibido más siendo una dama que como soy realmente.

—Pero si usted es una dama. No necesita siempre estar cuidándose. Lord Carlisle la conoce, y supongo que se enamorará de las dos mujeres.

—No. Él ama lo que ve. Mi inteligencia es algo invisible que reluce en pocas ocasiones. Hoy soy más una cara bonita que una mente brillante para el campo. Y no digo que esté mal, me agrada ser diferente en ocasiones. Deseo que lord Carlisle enloquezca por mí, y me convierta en su esposa. Lo tendré todo, Kate.

—Todo, menos a la indomable señorita Sallow. De ser una fiera, pasó a ser la dulce gatita del conde —incitó la mujer.

—Es la conveniencia y la inteligencia utilizada de otra forma. Si los números y la lógica no sirven, la belleza, la estrategia y buena predisposición, podrán. Estoy confiada en que milord me dará alas muy pronto para ayudarlo con la propiedad. Me ha consultado y aunque no respondí con la entereza que me caracteriza, supongo que le di a entender lo que necesita.

—Extraño a mi señorita Sallow —lamentó Kate, haciendo que los ojos de Amelie se llenaran de lágrimas mientras ella se observaba en ese espejo que reflejaba una inocente belleza. Sus ojos grandes y llorosos, parecían tímidos. Carecían de aquel fuego que la caracterizaba, pero creyó conseguir el equilibrio necesario para ser quien debería.

—Cambiaré más cortinas de la casa, también pedí muebles más caros y elegantes. Eso es muy Sallow y lo hice sin necesidad de insultar a la casa, me faltaba diplomacia, Kate. Mañana compraré vestidos y…

—Usted quiere comprar semillas, abastecer la casa, plantar, domar caballos, no quiere ir a la modista o a comprar sombreros —discutió Kate.

—Me conformó con gastar el dinero por ahora. Es eso a no tener nada. Estos vestidos son hermosos. Estoy considerando pedirle a milord que me traiga de Londres algunos modelos.

—Se ha vuelto tan hueca, señorita Sallow —la reprendió Kate.

—Fingiendo ser hueca consigo más que con mi inteligencia. Si no puedes en contra de ellos,

únete. Hay que ser versátiles, Kate. No conseguí una sola sonrisa del lord Carlisle siendo Amelie, ahora soy la refinada señorita Sallow y tengo su atención.

—Se ha vuelto una cazadora como cualquier otra muchacha. No sé si debo sentir orgullo o lástima por usted.

—Orgullo, porque soy versátil. Pásame ese vestido. Debo vestir para convencer a alguien de que soy la mujer ideal, puedes ayudarme, manos a la obra, mi querida Kate.

—Por supuesto, señorita.

Era una costumbre de James estar listo antes de que Amelie bajara. Él esperaba en el último escalón poder acompañarla hasta la mesa para cenar.

—Lord Carlisle, qué agradable verlo otra vez —dijo Amelie, condescendiente. Hizo una reverencia que James correspondió antes de ofrecerle el brazo para guiarla.

—Quizá el hambre me tenga muy pendiente de usted.

—Debe comer más scones en el té. Es un consejo de su mayordomo: comer más para tener menos hambre hasta la próxima comida del día.

Caminaron del brazo hacia la mesa. La señorita Hamilton tenía la orden estricta de no acompañarlos esa noche en ningún momento. Kate recibió esa orden después de regresar al área de sirvientes.

—¿La señorita Hamilton no estará en la mesa hoy? —indagó Amelie.

—No, supongo que está indispuesta —mintió James que le sonrió a Amelie con coquetería.

Los dos fueron servidos por el personal de la residencia que terminó desapareciendo después de acabar con el servicio.

Amelie notó que había algo extraño en James. Lo percibía desinhibido y hasta atrevido. Conversaron poco en la mesa, más de cosas triviales que de algo realmente importante.

—Deseo escuchar alguna pieza musical que salga de sus dedos, Amelie. ¿Me concede esa gracia? —preguntó sosteniendo con fuerza la mano de ella mientras caminaban solos a la biblioteca.

—Todavía soy muy mala, ¿y si le pedimos a la señorita Hamilton que ejecute para que nos deleitemos? Mientras usted bebe su brandi y yo mi jerez con un libro aburrido en la mano.

James rio ante lo que dijo Amelie, la soltó y abrió la puerta para que ella pasara primero. Cuando la vio dentro del lugar, supo que estaba atrapada y a merced suya.

—Solo usted y yo, Amelie, toque para mí —ordenó James.

Ella entrecerró los ojos sintiéndose desafiada. Si ella quería ejecutar una pieza, lo haría.

—Lo que milord pida —concedió con una venía. Se sentó en el banco que estaba frente al pianoforte y comenzó su ejecución de una perfecta novata. No era lo más agradable que existía, pero lograba su objetivo de no hacer sufrir a los oídos de James.

Mientras él la observaba, sirvió una copa de brandi y también una copa de jerez para Amelie. A cada sorbo que daba a su bebida, más se entusiasmaba por conseguir la atención de su acompañante.

—Creo que esto satisface los deseos de milord —dijo Amelie, sonriente, al cerrar la tapa del pianoforte—. Le ruego que me excuse por mi limitado repertorio, sigo aprendiendo.

Amelie abandonó el pianoforte, cogió su bebida de la bandeja que estaba sobre la mesita, pasó junto a James; que no se había sentado desde que estuvieron en la biblioteca, y se sentó. Con delicadeza se llevó la copa a la boca y se remojó los labios.

Aquel gesto parecía incitar a la poca paciencia que le quedaba a James. Dio unos pasos para acercarse a Amelie.

—¿Un libro, Amelie? —inquirió juguetón.

Ella alzó la mirada hacia el caballero que la estaba observando. Bebió un trago antes de responder.

—Sí.

—¿Desea una sugerencia para no aburrirse? —James continuó su indagación.

—Estaría encantada. Un libro que no me aburra es como un milagro.

—Venga, le mostraré en donde se encuentra.

Ayudó a Amelie para levantarse. En ese instante acarició la mano de Amelie de una manera diferente. El corazón de ella palpitaba como si tuviera a un caballo encabritado en una de las cuadras. Siguió el camino que él le sugirió con un gesto de la mano.

James le señaló la parte alta del enorme mueble que soportaba una gran cantidad de libros.

—No podré alcanzarlo ni en mis más remotos sueños, milord —justificó Amelie con un mohín.

—Le daré la potestad de comprarse un caballo de su preferencia para montar al menos si lo intenta —dijo James, condescendiente.

—Qué propuesta tan tentadora. Quizá algunos sueños están muy cerca de volverse realidad —musitó con una sonrisa ladina.

—Pruébelo.

Amelie asintió y se puso de puntillas para alcanzar el libro. Se esforzó al máximo hasta lograr que su uña lo tocara, pero no pudo bajarlo.

—No puedo alcanzarlo, es inútil —Se excusó—. Puedo coger una silla y alcanzarla sin inconvenientes.

—Eso lo haría la anterior señorita Sallow, ¿qué haría la excepcional dama que está frente a mí? —curioseó pícaro.

—Le pediría que lo baje o que me ayudara a tenerlo —respondió sin perder de vista los ojos del caballero.

—Buena elección, Amelie, la ayudaré.

Para sorpresa de Amelie, él la cogió por la cintura para que alcanzara el libro. Una vez logrado el objetivo, James la descendió de espaldas a él y acarició en ese ínterin la figura de ella.

—Es inapropiado, milord —dijo Amelie que respiraba con dificultad por el acercamiento. Intentaba mantener la calma y recordar los consejos de la señorita Hamilton.

—¿Inapropiado? Si antes estábamos aquí solos, besándonos y eso no le parecía inapropiado, Amelie —reprochó James.

—Soy una dama, milord.

—¿Dónde está el fuego y el encanto de la mujer que llegó a mi casa con la intención de apoderarse de mis tierras?

—Eso era ser salvaje y poco educada. Usted dijo que no le agradaba…

—Dije una tontería tras otra.

—¿Le agrada lo que ve?

—Me tiene fascinado lo que veo, pero extraño su personalidad absorbente, sus airadas discusiones conmigo y su atrevimiento para besarme. Lo que más deseo hoy es verla en ese camisón como la primera vez.

—No me diga esas cosas que la carne es débil y puedo ser salvaje sin inconvenientes.

—Si lo que usted quiere es tener mis tierras, se las doy, pero otórgueme sus atenciones, se lo ruego —pidió abalanzándose sobre los labios de Amelie para devorarla sin tregua.

James estaba envuelto en la interminable vorágine de pasión que sentía por Amelie. Estaba cautivado por su belleza y por aquellos labios rosa, pero deseaba ese fuego con el que la conoció,

la esencia de ella, eso que lo disgustó, aunque a la vez lo encantó.

Amelie no lograba alejarse de James. Ella deseaba ese acercamiento tanto como él. Estaba disfrutando de las desvergonzadas caricias que aquel le hacía a la tela de su vestido. Consideraba que todo eso que tenía puesto le molestaba. Esas sensaciones que le recorrían la espalda, le pedían a gritos que lo dejara hacer a su antojo.

Él la llevó con su figura sin perder el contacto hasta un sillón que estaba muy cerca de la chimenea y que quizá pudiera albergarlos a ambos. Recostó a Amelie y abandonó los labios de ella para recorrer su cuello y clavícula sin remordimientos. Escuchaba los tenues gemidos de la muchacha mientras le daba más espacio para que hiciera con su cuerpo lo que deseaba.

—Tanta tela molesta, pero la hacen lucir esplendorosa —halagó James, diciendo eso en el oído de Amelie con una voz anhelante.

Ella lo estiró hacia su figura, y cambió de lugares con él. Amelie estaba sobre James, teniendo el control del asunto.

—Me encantan sus tierras, sin embargo, no solo quiero la finca, sino también al dueño de ella. Lord Carlisle, esto que ocurre me llena de felicidad, mas usted me usará. Tiene entre sus planes casarse con la arpía londinense.

—Amelie… yo la deseo a usted… —confesó arrebatándole un beso a ella.

—Y yo lo deseo como no tiene idea, pero con el dolor de mi alma y con la convicción de una dama, debo resistir a la tentación y esperar una propuesta suya de matrimonio. Es la condesa viuda o Amelie Sallow.

Amelie se alejó de James e iba a retirarse, pero él la cogió de la muñeca.

—¿Es todo? Ha hecho el esfuerzo de ser una dama para mí, y se da la penosa satisfacción de rechazarme ahora —masculló James, enfadado. Respiraba con dificultad por la rabia que sentía al ver a su presa escapar.

—Una propuesta de matrimonio solucionaría la incómoda situación que nos acontece.

—¿Quiere matrimonio? ¡Le he ofrecido mis tierras! ¡Yo estoy incluido en las tierras, Amelie! —exaltó James—. Estoy enloquecido y quebrantado por usted, ha conseguido cautivarme con su forma de ser y su belleza. ¿No merezco un poco de paz aceptando usted mi propuesta de matrimonio?

—Yo quisiera…

Cuando Amelie se disponía a hablar, el sonido de unos golpes en la puerta los interrumpió.

James abrió la puerta y miró a Alfred.

—Dije que nadie nos molestara. Vete, Alfred.

—Milord, me temo que debo interrumpirlo, tiene visitas.

—No voy a recibir a nadie.

—Disculpe la intromisión, lord Carlisle, pero he venido para llevar a mi prima a su residencia —aclaró Alec Sallow que siguió al mayordomo cuando este se negó a prestarle atención hasta que dijo quién era.

Amelie dijo una maldición en voz baja. No podía ser posible que el señor Powell no pudiera mantener la boca cerrada.

—¿Llevarse a Amelie? —increpó James en desacuerdo con esa idea, recién le había insinuado matrimonio.

—A la señorita Sallow, por favor, milord. Es una muchacha honrada, pero desorientada —dijo el primo, molesto por la intimidad con la que el conde se refería a su prima. Le resultaba escandaloso.

—Señor Sallow, estoy perfectamente bien con mi prometido. No existe nada inapropiado

entre nosotros… —Amelie justificó su permanencia de esa manera, sin embargo, la mirada de su primo decía lo contrario. Sus labios estaban rojos y sus prendas arrugadas, además de permanecer solos en un salón cerrado.

—Le pido, milord, que me conceda una entrevista personal en este instante —expresó Alec sin mirar más a su prima que estaba cambiada por completo, si no fuera por la voz y porque ella le replicó, él tendría dudas de que esa fuera Amelie.

—Si van a hablar de mí, quiero estar presente —rebuznó.

—Es un asunto de caballeros, prima querida. Nuestra decisión será conversada con usted después —anunció su primo decidido a no hacer partícipe a la afectada.

Amelie miró a James. Con esos ojos verdes le rogaba que la ayudara, que le dejara estar presente.

—Salga, Amelie, conversaré con su primo. Alfred, llévatela.

—Sígame, señorita Sallow.

—¡De ninguna manera! —exclamó y cogió del brazo a James.

—Todo estará bien, Amelie…—declaró el conde, cogiendo su mano para besarla.

Capítulo 32

Después de besar la mano de Amelie, él la invitó a salir de la biblioteca con un gesto de cabeza. Amelie estaba reacia, pero era lo mejor, el primo de ella se iría sin la muchacha. Una vez que se retiró y Alfred cerró la puerta, James se dispuso a enfrentar al señor Sallow, un joven de no más de treinta años, alto, elegante y de gran atractivo. Tenía el mismo color de cabello y ojos que Amelie.

—Dígame, señor Sallow. ¿Se lo dijo el señor Powell? ¿Es ese administrador tan indigno para defraudar la confianza de Amelie? —increpó James, sarcástico.

—No. Fue la carta de una dama que no conozco, donde me decía que la señorita Amelie Sallow se encontraba viviendo en pecado con usted.

—¿Qué ha dicho?

—Lo que oye. La condesa de Seaford me previno sobre usted y mi prima. Me ha dicho que no existe compromiso entre ambos. Tanto el señor Powell como los sirvientes de Allmery House me han ignorado en la búsqueda desesperada de mi prima. La señorita Sallow tiene la reputación perdida por vivir con usted. A ella muy poco le importan los convencionalismos sociales, actúa por instinto. Huir de mí es algo que no esperaba, creí que lo que tuvimos en el pasado quedó ahí, pero supongo que sigue odiándome.

—Ella lo rechaza. Me permito preguntar las razones que la hicieron tomar la determinación de irse de su casa.

—Es vergonzoso, pero debo decirle que Amelie es una… —Alec carraspeó su garganta. Tenía al conde de Carlisle pendiente de su lengua, esperando lo que diría de ella— seductora.

—¿Seductora? —preguntó James, sabiendo que sí era una seductora.

—Años atrás, me declaró su amor. Ella no tiene miramientos, ni vergüenza cuando se trata de alcanzar sus objetivos. Yo me vi en la obligación moral de rechazar a mi prima porque es casi una hermana, ¿me entiende? Es tentadora e incluso en ocasiones muy elocuente cuando se trata de convencer a alguien.

James se llevó la mano a la boca, nervioso. Se mordió la uña del dedo gordo mientras sopesaba si podía ser posible que Amelie viviera enamorándose de cualquier caballero que veía para sacar ventaja.

—Señor Sallow, ¿me está diciendo que Amelie seduce a los hombres por conveniencia o que es enamoradiza?

—No, milord, no he dicho eso. Esto fue cuando su padre y su hermano estaban con vida. Pudo ser un amor verdadero, pero no compartimos ese sentimiento.

—Entonces esa es la razón del repudio de Amelie hacia usted —concluyó James. Por un momento su mente hizo mil y una teorías conspirativas sobre Amelie. La pobre tuvo un amor no correspondido hacia el varón que se encargaría alguna vez de su tutela.

—Lo asumo. No lo ha tomado bien. Le pido que me deje llevar a Amelie a su residencia, mi esposa se ocupará de ella, no tema por su seguridad. La condesa de Seaford me ha dicho además que Amelie es su pupila. Lamento informarle que eso es imposible, soy el que debe ocuparse de ella. No tiene derecho sobre ella ni tampoco obligaciones. Me disculpo si mi estimada prima le causó molestias.

Emeline era la causante de la estadía de ese caballero en su casa. Ella percibió a Amelie desde un principio como una amenaza a sus intereses, pero él estaba decidido a no casarse con ella y sí hacerlo con Amelie.

—Debo ser sincero con usted, señor Sallow, no puedo dejar que Amelie se retire de mi propiedad. Le digo con justo conocimiento de causa que la condesa de Seaford se vio afectada en sus intereses particulares e inventó que Amelie y yo no estamos comprometidos. Ha salido en los periódicos y es la realidad. Lo único que haré en este caso, es pedirle la mano de ella, formalmente.

—¿Fue todo un invento de la dama? ¿Por qué lo haría? ¿A qué intereses se refiere? —interpeló Alec Sallow, confundido.

—Que no me casaré con ella, sino con Amelie. Es una pésima perdedora —aseguró Alec Sallow.

—Si usted, que es el afectado, me dice que están comprometidos, deben casarse inmediatamente. Ella no puede vivir aquí hasta que se casen.

—A ella no le va a agradar eso…

Amelie estaba esperando nerviosa en el pasillo. Se abrazaba pensando en qué podrían estar conversando sobre ella sin incluirla.

En el pasillo no solo estaba Amelie, sino también Kate, Anne, Irina y Alfred. Nadie sabía lo que acontecería al final de esa apresurada reunión.

Todos estuvieron atentos a la puerta hasta que la escucharon abrirse.

—Querida prima, el conde autorizó que usted venga conmigo a su casa —dijo Alec acercándose a Amelie.

Ella no podía responder, su corazón dejó de latir y se sintió caer en un vacío. Por nada del mundo quería dejar ese lugar.

—Voy a hablar con el conde —expresó Amelie, apresurada. Ignoró a todos y entró con violencia a la estancia donde se quedó James observando la oscura noche que estaba del otro lado del cristal—. ¿Tan mala he sido que me dejará ir con quien le dije que no deseaba? Me disculpo, pero no me aleje de usted, prometo no meterme en sus asuntos. Arruine esta propiedad, no me importará, lo prometo, solo no deje que me lleve.

James dirigió su mirada a Amelie y no pudo evitar sonreír. Ella estaba agitada, su voz se oía entrecortada por la desesperación.

—Habla demasiado, Amelie —protestó burlón. Se acercó a ella y le cogió el rostro con ambas manos—. El señor Sallow me convenció de que era mejor que usted se fuera, sin embargo, tenemos una propuesta pendiente. ¿Aceptará ser mi esposa para convencerme de que la deje al mando de esta propiedad, o me concederá el placer de llevarla al altar y ofrecerle la propiedad que está en su dote para que haga y deshaga a su antojo?

—¿Si acepto me voy o me quedo?

—Se va y regresa en cuestión de días…

—¿Y la condesa?

—No me importa. Es una arpía… ¿qué dice, señorita Sallow? ¿Convertiremos la mentira en una verdad o prefiere regresar a sus orígenes?

—¡Por supuesto que quiero hacer y deshacer a mi antojo! —respondió arrojándose a los brazos de él para besarlo. Ella aceptó ser la condesa de Carlisle y estar en esa casa en pocos días, pero como la dueña de todo lo que estaba a su alrededor—. ¿No es mejor que mi primo se quede aquí? No deseo abandonar la residencia.

—Las reglas hay que cumplirlas, no desespere.

Amelie tuvo que aceptar esas palabras y cargar en un baúl sus vestidos. Le concedieron llevar a la señorita Hamilton con ella para evitar la agobiante soledad en la residencia de su primo mientras aguardaba que el matrimonio que le prometió James se realizara.

En el carruaje camino a Allmery House, Amelie estaba sentada frente a su primo. Ella lo miraba con rechazo, mas él lo hacía con admiración.

—Está más arreglada que la última vez en que la vi, señorita Sallow —comentó Alec Sallow, respetuoso.

—Y usted sigue igual. Recuerde no humillarme, seré la esposa de un conde —masculló y colocó los brazos cruzados bajo el pecho.

—No sé qué piensa que le haré yo, prima. Nunca estuvo en mi mente despojarla de nada, yo solo cumpliría con mi función de tutor. Mi deber era cuidarla. No me preguntó si qué tenía pensado hacer, solo lo presumió.

—¿Entonces no me pensaba echar de mis tierras?

—Nunca. Las tierras únicamente quedarían para mí cuando usted contrajera matrimonio. He jurado frente a su padre jamás despojarla, solo que no me dejó cumplirlo. No era necesario abandonar su casa.

Amelie agachó la cabeza y lamentó haber dejado sus preciosas tierras. Ese sentimiento le duró unos segundos hasta que recordó que si no llevaba a cabo todo aquello, no conocería al conde de Carlisle ni estaría a punto de convertirse en condesa. Decisiones absurdas la llevaron a tener una nueva vida y otros objetivos. Estaba feliz con sus errores porque gracias a Dios fueron aciertos.

Cuando llegaron a la residencia, la esposa de su primo estaba tan encantadora como siempre. La recibió con cariño en su residencia. Amelie miró a su alrededor y ellos no habían cambiado nada. Estaba tan limpio y ordenado como ella lo dejó cuando abandonó su hogar.

—Señorita Sallow, que honor estar hospedados en su casa —saludó Beatrice Sallow con una reverencia—. Está usted distinta a cuando la conocí. Es grato saber que decidió ser una dama.

—Es un placer verla. Ha sido una decisión difícil, pero necesaria al encontrarme sola.

—Y no solo decidió ser una dama, querida mía, es cierto que está comprometida con el conde de Carlisle —afirmó Alec, acariciando los brazos de su esposa.

—¿Y la carta de esa mujer? —preguntó Beatrice, sorprendida.

—¿De qué mujer están hablando?

—Lady Seaford. Me ha llegado una carta esta tarde. Fue ella quien delató en donde se encontraba, prima. El conde me ha dicho que la dama es una mala perdedora —respondió su primo.

—Pensé que fue el señor Powell quien se lo contó. Le advertí a milord sobre su visita en la residencia —farfulló Amelie. Sabía que esa mujer era peor que el queso rancio.

—Lo importante es que será usted la condesa, señorita Sallow. Pase a acomodarse en sus aposentos mientras espera ese momento. Mi esposo estaba preocupado por la situación que la dama planteó en su escrito, estamos agradecidos de que tan solo sea una manipulación por parte de ella —dijo Beatrice, sonriente.

—La señorita Hamilton necesita una habitación, ella es mi institutriz, quizá no la recuerden… —comentó Amelie, avergonzada. Tenía bastante edad para estar acompañada de una institutriz.

—Yo la recuerdo —admitió Alec—. Sea bienvenida, señorita Hamilton.

—Gracias, señor Sallow —correspondió Irina.

Irina acompañó a Amelie hasta su habitación para ayudarla a acomodarse y colocar sus prendas en el guardarropa.

—¿Está bien, señorita Sallow? —indagó su institutriz.

—Sí, pero se siente extraño volver. He cambiado muchas cortinas en la casa de lord Carlisle. Este ya no es mi hogar y fue porque decidí abandonarlo por pensar inapropiadamente de las

intenciones de mi primo. El capricho me ha cegado, si le hubiera hecho caso a Kate cuando me dijo que el señor Sallow y su esposa eran buenas personas…

—Ha pasado el tiempo de su arrepentimiento. Será la condesa de Carlisle y no la dueña de Allmery House.

—De aquello pasaron solo unos meses.

—¿Se arrepiente de dejar el aroma a caballo y las prendas de su padre y hermano?

—No, pero…

—Escuche, señorita Sallow, con un vestido puede regentar su casa y ayudar con los números a su futuro esposo, es cuestión de no agobiar al caballero y se le serán abiertas las puertas del cielo.

—Milord ha sido paciente. Oh, todavía no comprendo cómo es que no me echó de su propiedad —dijo entre suspiros. James era un varón excepcional para tolerar sus malos hábitos.

—Sí, y también la desposará. Qué afortunada es, señorita.

—No hubiera podido ser así si usted no me aconsejaba, señorita Hamilton. Lamento lo que hice.

—Todo ocurre por una razón. Su hermano y yo no estábamos destinados a estar juntos. Es mejor que deje de pensar. En ocasiones, cavilar demasiado es angustiante. Descanse, señorita Sallow.

Amelie asintió y ayudó a la señorita Hamilton para buscar el camisón y vestirse con él para descansar. Mañana tendría que enfrentar el día sin el conde de Carlisle.

***

Después de que Amelie abandonara la residencia con su primo y la señorita Hamilton, James juntó a los empleados de la residencia en el salón.

—Buenas noches a todos, disculpen si he interrumpido el sueño de alguno —expresó al ver a sus mozos con ropa de cama—, pero debía comunicarles que la señorita Sallow será la condesa de Carlisle en los próximos días.

Anne chilló de emoción y se abrazó a Kate por aquella noticia que los llenaba de gran alegría.

—Eso significa que tendrá libre acceso a la cocina, Edwina —dijo a la cocinera, que sonrió contenta.

En esa casa se acostumbraron muy rápido a la algarabía y ocurrencias de Amelie que quizá a nadie le sorprendiera el próximo matrimonio.

—Mis felicitaciones, milord —celebró Alfred. También acostumbrado a la presencia de la dama salvaje en el lugar, sin embargo, pese a los defectos que ella tenía, lograba hacer feliz a su patrón y de corazón deseaba ver crecer esa propiedad que con lentitud levantaba vuelo.

—Usted siempre habla mal de la señorita Sallow, señor Alfred —reprendió Anne.

—Oh, muchachita insensata. Si ella hace feliz a milord, es suficiente para que me caiga en gracia —replicó Alfred que miró a Kate y esta le sonrió con un gesto para que comprendiera que Anne era tan solo una niña.

—En fin, se encargarán de dejar la casa como a Amelie le encantaría. Los trabajos los guiará la señora Brown que conoce a mi prometida desde su nacimiento. Se lo encargo, señora Brown —mandó James dispuesto para agradar a Amelie.

Sus sirvientes se retiraron contentos, dejándolo en el salón. Se sintió solo al no tener la compañía de Amelie, pero debía pensar en que eso duraría muy poco, que la tendría más que en la casa y en sus asuntos, metida en su cama. Se sobaba la mano como una mosca al pensar en que compartiría su lecho con ella. La ansiedad de poseerla lo estaba matando, debía conseguir a alguien que los casara. Al día siguiente se encargaría de esos asuntos y le compraría joyas nuevas

a su futura condesa. Su belleza no podía seguir sin ostentar grandes y preciosas alhajas.

Amelie llevaba cuatro días viviendo en su antigua casa. Su primo y la esposa de éste, eran amables con ella. Lo dejaban tocar al pequeño niño de cabellos negros y de ojos que se podían decir que eran verdes. Era un pequeño Sallow en toda su regla.

Dos días atrás la había visitado su flamante prometido y le entregó una gran cantidad de joyas, entre ellas: aretes, collares, pulseras y la sortija como prueba del compromiso. Los Sallow estaban complacidos con el trato que Amelie recibía por parte del conde de Carlisle, era evidente que el interés por ella era verdadero e indudable.

Ella salía por las tardes con la señorita Hamilton para pintar los paisajes de la propiedad. Ella estaba aprendiendo en esos meses lo que debió saber años atrás, pero ese aprendizaje actual le servía para mantener su mente ocupada.

—Señorita Sallow… —dijo la voz de alguien que Amelie conocía.

Ella dejó de pintar y observó a su vecino, el señor Ajax, un hombre rubio y robusto, cuya piel estaba cuarteada por el sol.

—Señor Ajax, buenas tardes —saludó con tranquilidad.

—Es un placer saber que ha vuelto después de una larga ausencia en sus tierras, supe lo de su padre. Mis condolencias…

—Fue hace tiempo, señor Ajax, pero gracias por el gesto.

—Deseaba conversar con usted sobre su compromiso con el conde de Carlisle —mencionó cauteloso.

—¿Dígame?

—Le ruego que lo reflexione, señorita Sallow. Siempre he considerado que usted es la yegua más bella de Yorkshire y que debería casarse con alguien que posee tierras al igual que usted.

La señorita Hamilton casi desfallece al escuchar palabras tan desagradables como llamar «yegua» a una próxima condesa.

Amelie siempre sospechó del interés que su vecino tenía por ella, pero esos cincuenta años, su aroma a cebolla y caballos, combinados, no le agradaban.

—Es muy considerado al tenerme en tan alta estima, pero mi primo ha concedido mi mano a lord Carlisle y estoy muy feliz con ese compromiso.

—Es evidente. Tiene un vestido, joyas y ostenta una belleza impecable —aludió mirándola de pies a cabeza con desdén.

Ella se estaba removiendo incómoda en su sitio. Decidió bajar en la pequeña mesita su pincel y su paleta de colores, al igual que la señorita Hamilton por si necesitaba defender a Amelie.

—Es mejor que nos vayamos, señorita Sallow. El sol está dificultando tener los mejores colores —expresó Irina.

—Es cierto. Nos disculpará, señor Ajax, pero es mejor que nos retiremos.

—Usted no se irá a ningún lugar, señorita Sallow —espetó el hombre que quitó un arma y le apuntó a ella.

—¡Señorita Sallow! —exclamó Irina queriendo cogerla del brazo para correr, pero el vecino de Amelie también le apuntó a ella.

—Señor Ajax, ¿qué está haciendo? —increpó Amelie que estaba bastante asustada por el comportamiento demente de su vecino.

—Estoy cansado de ser el vecino amable que ha intentado durante años congraciarse con su familia para tomarla en matrimonio y apoderarme de sus tierras.

—¡Qué vil, señor Ajax! Yo sabía que usted no era de fiar.

—Eso no impedirá que la despose y tenga sus tierras como dote —dijo el hombre que tomó a

Amelie del antebrazo y la acercó a su cuerpo—. Se casará conmigo, señorita Sallow.

—¡Estoy comprometida, no me voy a casar con usted, ni siquiera en mis pesadillas ha ocurrido eso! —espetó.

—Camine, señorita Sallow. Iremos a mi casa y después partiremos a Gretna Green. Regresaremos y le reclamaré a su primo las tierras.

—Es usted muy ingenuo si piensa que estas tierras son parte de mi dote.

—No trate de convencerme de lo contrario, escuché decir a su padre que esta sería su dote, por eso siempre quise cortejarla. Camine —mandó empujándola.

—¡Usted no puede llevarse a la señorita Sallow! —exclamó la señorita Hamilton, decidida a no dejar ir al hombre.

—Voy a dispararle —musitó antes de apuntarle otra vez a Irina.

—No se le ocurra hacerlo porque lo mataré con mis propias manos —gruñó Amelie entre dientes.

—Entonces camine para que no la mate. Si usted no se mueve mataré a esa mujer —amenazó el señor Ajax que sonrió como un demente.

Amelie le hizo un gesto negativo con la cabeza a Irina para que no insistiera, sería más útil pidiendo ayuda.

—No se mueva, señorita Hamilton, no quisiera que este demente le disparara por accidente.

Paul Ajax bufó y empujó a Amelie para que emprendiera la caminata e ir a la casa del hombre. Ella estaba dispuesta a dilatar el mayor tiempo posible su secuestro para que Alec la ayudara porque suponía que su adorado prometido no sabría nada hasta que el hombre decidiera llevársela a Escocia.

Irina no dudó un segundo y corrió hacia la residencia, desesperada. Tenía la falda hasta la rodilla porque llevaba mucha prisa para que ese hombre no se llevara lejos a Amelie y fuera fácil alcanzarlos.

Epílogo

—¡Señor Sallow! —exclamó la institutriz llamando al primo de Amelie.

Alec se encontraba en el salón leyendo un periódico y fumando. Aquel era un caballero pacifico que intentaba no sobresaltarse con facilidad, sin embargo, la señorita Hamilton lo alteraría de sobremanera.

—¡Señor Sallow! —insistió esta vez entrando al salón—. ¡Han secuestrado a la señorita Amelie, su vecino, el señor Ajax! ¡Se la ha llevado a punta de pistola!

—Repita eso, señorita Hamilton —ordenó Alec.

—¡Qué su vecino el señor Ajax se llevó a la señorita Sallow para casarse con ella en Gretna Green!

—¡Eso no puede ser posible! —expresó el primo de Amelie, pálido.

—Apresúrese, señor, o ese hombre se la llevara a Escocia.

Alec corrió hacia el despacho, sabía que dentro de un cajón del escritorio había un arma que perteneció a su tío. La cogió y a toda prisa salió para buscar un caballo de las caballerizas. No había tiempo para dar explicaciones ni siquiera para su esposa que lo vio salir.

James estaba cerca de llegar a la finca en la que se encontraba Amelie, deseaba darle la buena nueva de que se casarían en solo una semana. Estaba acompañado de Alfred que se encargaba de pensar en las cantidades de comida y bebida de acuerdo a los invitados que asistirían. Su sirviente deseaba una fiesta acorde a su título, aunque eso distaba de lo que podría desear Amelie que no era dada a tantas personas.

Cuando ambos descendieron del carruaje, solo pudo notar una gran movilización de los criados de la finca.

James que ingresó a la residencia con el ceño fruncid y miró a su alrededor. Estaba la señorita Hamilton acompañando a la señora Sallow que tenía a su pequeño hijo en brazos.

—Buenas tardes —saludó.

—¡Oh, milord! —clamó Irina—. ¡Ha ocurrido una desgracia!

—Cálmese, mujer —mandó Alfred al notar la histeria en la institutriz—. ¿Qué ocurre?

—¿Le ocurrió algo a Amelie? —increpó James que tenía un mal presentimiento.

—El señor Ajax se llevó a la señorita Sallow. Le apuntaba con un arma. Dijo que quería casarse con ella en Gretna Green para tener estas tierras. El señor Sallow partió hace un par de minutos…

—Necesito un caballo y también un arma —mandó a su sirviente.

Alfred sacó una pistola de su levita y se la entregó.

—Tenga cuidado con su pie, milord —recomendó Alfred, preocupado.

—¿Hacia dónde fueron, señorita Hamilton?

Irina intentó explicarle por cual camino debía ir para continuar por donde el hombre fue, pero James iría a esa residencia, pues el dato más relevante que le dio la quebrantada institutriz era que irían primero a ese sitio.

Él consideró hacer una línea recta desde la propiedad en la que se encontraba, hasta las tierras del hombre que limitaban con las del señor Sallow. Podía ser arriesgado, pues quizá se perdiera o llegara muy tarde, si fallaba en Inglaterra no lo haría en Escocia.

Se subió al lomo de uno de los caballos que Amelie adoraba ensalzar, para ella no existían mejores animales que los de Allmery House. A todo galope abandonó las caballerizas para salvar a la muchacha que le había robado no solo la paz y la tranquilidad, sino también su corazón y le

abrió la mente sobre las mujeres.

En su cabalgata desesperada pudo sonreír al pensar que Amelie echaría fuego por la nariz al darse cuenta de que era una dama en apuros, y eso ella no lo deseaba. Le parecería una ofensa.

***

—Camine, señorita Sallow —La presionó el señor Ajax, empujándola.

—Soy una dama, señor Ajax. Tenga más cuidado. Es difícil caminar con falda y zapatos —dijo quejosa.

—Es más bonita así y también será más fácil de tomarla —rio el hombre, mirando libidinosamente a Amelie.

Ella lo miró con despreció. Preferiría quitarse la vida a que ese señor la tomara en contra de su voluntad. También se arrepentía no haber llegado más lejos con el conde de Carlisle, al menos de su mano podría haber conocido lo que era el placer. Trató de olvidar los pensamientos de una eventual derrota que la abrumaron por un segundo. De su irreverente cabeza debía salir una buena idea para sobrevivir.

—Ya no puedo caminar, tengo ampollas —anunció quedándose quieta.

—Quítese los zapatos, deberá caminar más rápido en la pradera, en este bosquecillo nadie la verá, así que hágalo.

Amelie se sentó entre la arena y las hojas de aquel sitio. Observó que su zapato tenía un pequeño taco que era bastante duro. Se quitó el par y los colocó en su mano derecha. Caminaría solo con sus medias. Debía aprovechar algún momento para escapar, solo le preocupaba el arma que no dejaba de estar pegada a su cintura mientras caminaba. Cuando alcanzaron un claro, ella miró a Paul y cogió los zapatos por el extremo para golpear al hombre con el taco de ambos lados. Juntó fuerza para asestar el golpe que la libraría de aquel infeliz. Lo tumbó sin ninguna compasión y corrió tan deprisa como le permitieron sus pies.

—¡Maldita! ¡No se escapará! —exclamó el hombre, furioso. Se recobró para seguir a Amelie que no podía esconderse en una pradera.

Mientras corría, miraba también sobre sus hombros a qué distancia se encontraba su perseguidor, no existía cansancio que la hiciera parar, mas no contaba con la tela de su vestido que la llevó de bruces al césped. Amelie se maldijo por usar vestido y aunque intentó escapar el señor Ajax, le dio alcance.

—¡Alto ahí! —mandó el hombre apuntándole otra vez con el arma cuando se acercaba.

Respiraba con dificultad viéndolo acercarse. ¿Acaso su vida era sufrir casada con alguien que quizá hasta la matara por interés? Solo pudo cerrar los ojos al pensar en que al acercarse más a ella, la golpearía, pero de repente sintió que alguien la cogió con violencia de la cintura.

—¡Amelie, hoy está despeinada! —afirmó James que la colocó frente a él en el lomo del caballo.

—¡Nunca estuve más feliz de verlo! —exclamó entre sollozos y se aferró al pecho del gallardo jinete.

—Pensé que su orgullo estaría herido al ser una dama en apuros —dijo James que besó la cabeza de Amelie.

—Qué malo es usted. Es evidente que estoy en esta situación por usar un vestido. No pude huir con tranquilidad.

—Es libre de no usar vestidos, Amelie. Puede volver a sus pantalones, solo el camisón será el requisito para ser mi esposa.

Amelie sonrió entre aquel mal rato que le hizo pasar su vecino y el buen humor del conde. Si estaba con James significaba que estaba en un lugar seguro.

—Debo dejarla en un sitio seguro, Amelie, e ir para matar a ese rufián —comunicó su prometido, dispuesto a destripar al hombre.

—Él tiene un arma, milord, no vaya.

—Yo también tengo una pistola, y la usaré para matarlo por pensar en tocar a mi condesa —declaró.

—Yo puedo matarlo si me da el arma.

—No, iré yo. Seré su salvador y tendré eso a mi favor cuando desee llevar los pantalones en mi casa.

James la llevó a varias millas del lugar en donde quedaría a salvo y lejos de la vista de su secuestrador.

—Se quedará aquí, Amelie. Ajustaré cuentas —aseguró después de bajarla. Le hizo una reverencia a ella y partió a todo galope para atrapar al hombre.

Cuando llegó hasta el lugar en donde estaban los zapatos de Amelie, encontró al señor Ajax capturado por Alec Sallow y sus sirvientes. James descendió de su caballo y se acercó al hombre.

—Ahora no llevará a nadie a Escocia. Haré caer el peso de la ley sobre usted por tocar a mi prometida —bramó el conde que le asestó al señor Ajax un puñetazo en el rostro.

—¡Milord, suéltelo! Somos caballeros, no podemos comportarnos de esta manera, me encargaré de él. Hay que buscar a Amelie —espetó Alec.

—Sé dónde está. No quiero a este señor en Yorkshire, y menos siendo vecino de la familia de Amelie —aclaró, enfurecido. Trató de mantener la calma, pero el hombre parecía burlarse de ellos, tenía una sonrisa cínica en el rostro.

—Este hombre es un demente, milord. Creyó que la propiedad en donde estamos viviendo era la dote de Amelie, sin embargo, no le corresponden esas tierras, sino otras que mi tío dispuso para que ella demostrara su valía como administradora. Es una propiedad virgen.

—Amelie estará contenta con eso y yo también. Señor Sallow, lamento decirle que mi prometida se irá conmigo a casa. Sus tierras no son seguras. Nos casaremos en una semana y es todo lo que importa. No me interesan las habladurías que puedan existir sobre su prima y yo. Me llevo un caballo, solo hay que sacarlo de la dote —dijo James, sonriendo—. Envíe a mi mayordomo a casa cuando llegue a la suya.

Alec asintió y el conde se dispuso a regresar junto a Amelie. No le importaba nada más que ella estuviera segura y a su lado. La encontró sentada en el césped casi imitando a una niña obediente.

—Vamos a casa, señorita Sallow —ordenó James, mostrándole su mano para que la cogiera y subiera al caballo.

—El señor Sallow no lo aprobará… —bromeó ella, subiendo frente a James antes de darle un beso.

—No le di tiempo de replicar. Aprendí malos hábitos de cierta señorita...

—Me pondré celosa, milord…

Cabalgaron hasta llegar a la residencia del conde. Anne se apresuró a preparar un baño mientras Amelie le contaba su terrible experiencia a Kate. James escuchaba atento lo que contaba ella. Sintió que su sangre dejó de circular por su cuerpo y quedó en su cabeza cuando Amelie hizo alusión a que ese señor la tomaría como su mujer. Él no se permitió pensar en que alguien osara tocar a Amelie de esa forma, era inconcebible e imperdonable.

—Su baño está listo, señorita Sallow —avisó Anne que hizo una reverencia.

—Me retiro, estoy muy sucia e impresentable —aludió ella mostrando su vestido.

—Vaya, Amelie, esperaré a Alfred…

Amelie se despidió y subió con serenidad las escaleras. Estaba contenta de estar en aquel lugar que sería su casa muy pronto. No podía creer su buena fortuna de convertirse en la condesa, dueña de esas tierras y del corazón del conde. Pese a las vicisitudes que le acontecieron, terminó siendo afortunada. De creer que lo perdió todo, se dio cuenta de que no estaba sola en el mundo. Su primo resultó ser una persona adorable, razón por la cual se creyó enamorada en su momento. Beatrice era amorosa y perfecta, quizá el ejemplo de mujer que ella necesitaba, hasta tenía un sobrino. Lo tenía todo. Un prometido envidiable y una nueva familia.

Dentro del agua, Amelie no dejaba de sonreír y también de sopesar que en ese momento si su amado no intervenía, ella estaría rumbo a Escocia y quizá hasta violentada por el señor Ajax. Aquello se revolvió el estómago.

Estaba tan perdida en sus cavilaciones, que no notó que había alguien más en la habitación y que se acercaba a ella.

—No pude evitar entrar —confesó James, colocándose detrás de ella.

Ella casi saltó del agua por el susto que él le dio.

—¡Lord Carlisle! —exclamó—. Es inapropiado que esté en mi habitación, estoy desnuda.

—Me cansé de esperar a Alfred —dijo e hizo una mueca—. Miento, deseaba verla desnuda. ¿Desde cuándo a Amelie Sallow le preocupan las buenas costumbres?

—Le recuerdo que me puso una institutriz… —farfulló—. Estoy aprendiendo y sé que no hay cosa más inapropiada que un caballero soltero esté en la habitación de una dama soltera.

—Es una excelente alumna, Amelie, pero extraño a la señorita que amaba lo inapropiado…

—Pero vestía como mozo y olía a uno. Usted me lo dijo —lo acusó, riendo.

—Tonterías…

Después de decir aquello James cogió a Amelie del agua sin importarle que él se estaba mojando. Llevó a la muchacha sobre la cama y la observó con deseo.

—Si me permite, Amelie, quisiera hacerle el amor. Estar a punto de perderla solo hace que me cuestione mi lentitud. Debí hacerla dueña de mí mucho antes.

Amelie se arrojó a los brazos de James, para ella no hacía falta el discurso, él solo debía proceder a sentir placer junto a ella.

—Entonces lord Carlisle no es tan intachable como dice —habló burlona.

—Es un gusto culposo que me encante su salvajada e incluso la desee…

James se apresuró para sacarse las prendas y poder colocar su piel contra la piel de ella, volverse un solo cuerpo y disfrutar de ese deseo que los consumió desde que se conocieron. Él no perdió detalle de la preciosa figura de Amelie, besó cada lugar por más recóndito que ese fuera, no tuvo vergüenza de demostrar su deseo y su instintos con ella, porque su inapropiada prometida no se guardó ni el más tímido gemido para ella.

Amelie se desesperaba cada vez que él acercaba sus labios a sus rozagantes pezones y los succionaba con avidez, para después devorar su cuello y desatar en ella las más increíbles y fogosas sensaciones que la devastaban. Tenerlo dentro de ella, arremetiendo sin piedad alguna, magullando cada espacio de su ser, la llenaba de placer. Tenía al caballero más apasionado que cualquier mujer podía desear y era enteramente suyo.

Una semana después…

Amelie y James contrajeron matrimonio en la capilla de la propiedad que durante mucho tiempo no tuvo un encargado. Fueron invitados los familiares de Amelie y algunos amigos que James conservaba después de sus años de ausencia.

La casa estaba lista para un gran banquete y para que varios de los invitados se hospedaran hasta cuando quisieran antes de regresar en el otoño a Londres.

—Supongo que alguien no estará muy contenta con nuestro matrimonio, mi querido conde —mencionó Amelie, que abrazó a su reciente esposo.

—Puedo adivinar a quién se refiere, mi amada condesa.

—Quiero que la invite a no venir. Fue muy mala y creo tener derecho a exigir que no pise mi casa.

—Lo que usted diga. Estoy de acuerdo. Como mi esposa quería concederle más privilegios…

—Privilegios, siento que me hablan… —rio pilla—, puede comentarme sobre esos privilegios, soy toda oídos.

—Alguien se ha ganado el puesto de administradora de la propiedad, y puede hacerlo con sus pantalones. Se lo concedo, solo en Londres estará obligada a usar ropa decente y a masticar como una dama.

—Qué generoso, milord, pero lamento declinar la oferta de los pantalones. Puedo administrar esta propiedad con caros vestidos que usted pagará. Me he acostumbrado. No críe cuervos…

—La amo, Amelie. Estoy feliz de que hubiera mentido, de no ser así no tendría el gran gusto de conocer a la prometida desconocida.

—Y yo no hubiera abierto los ojos de no ser por usted, mi amado lord Carlisle. Ahora admita que se enojó en demasía por eso de los caballos.

—Aún debo ajustar la dote con su primo. Según tengo entendido, son grandes extensiones de tierra las que adquiriré por nuestro matrimonio —dijo con suficiencia, intentando molestar a su esposa.

—Extensiones que yo manejaré, mi buen esposo. Contrataré al señor Powell y usted me financiará.

—Por supuesto, Amelie, sabe mejor que yo sobre mis finanzas.

Amelie se abrazó a su esposo antes de regresar al salón en donde se encontraba toda la gente esperándolos para seguir festejando la unión.

Un año después…

James y Amelie observaban por la ventana a Alfred que se acercaba con el pequeño Alan en abrazos. Al poco tiempo de su matrimonio fueron bendecidos con la llegada de un niño.

Alfred era quien más disfrutaba del pequeño, sería el cuarto y último conde con el que estaría, y esperaba guiarlo por el mejor camino.

—Milady, hay una carta muy extraña para usted, viene de Francia —anunció el mayordomo entregando el escrito a Amelie.

—¿De quién podrá ser? —preguntó James con el ceño fruncido.

—No tengo idea —dijo.

Rompió el sello de la carta y la extendió. Al mirar la escritura, reconoció cada movimiento de la pluma. A Amelie sus ojos se le llenaron de lágrimas y rio sin parar.

—¿Qué ocurre? —interpeló James, preocupado.

—Es Alan, mi hermano. Está en Francia, con vida… ¡no puedo creerlo!

—No lo puedo creer…

—Tampoco la señorita Hamilton. Es mi oportunidad de hacer bien las cosas, ¡señorita Hamilton, no va a creer lo que ocurrió!

Fin...

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, tengo nacida el 05 de Julio de 1988, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.
También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón por que más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre Un romance real, y otra para novela histórica: Tan perversa como inocente. En 2020 salió a la venta Desavenencias del amor.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: Una perfecta señorita, la ventana de los amantes y mi amada señorita Angel.

También he incursionado en la auto-publicación en amazon, con: Los mandatos de rey, que es un cuento corto y Una dama infortunada. Otros títulos: Corazón de invierno, una heredera obstinada, una beldad indomable, la esquiva señorita Millford, las peripecias de los amantes, nuestro tiempo perfecto, la dama de Sandbeck Park, las oscuras intenciones de Lord Coventry, el amante de Londres, Anhelos de primavera, una candidata inadecuada, el silencio de los amantes, amantes en la eternidad y amantes en guerra.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: Mi gran sueño londinense, nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford, la traducción en inglés de la novela corta la esquiva señorita Millford.

Si te gustó La prometida desconocida, podría gustarte:



¿La cálida personalidad de una muchacha, podrá superar los helados caminos a la restitución de un corazón que hiberna?

Ofelia Weatherly, una joven llena de principios y expectativas en la vida, pertenece a una acomodada familia rural de Derbyshire, pero después de la muerte de su madre, ella y sus hermanas quedan a la deriva y expuestas a la discriminación social. Lo único que podría salvarlas de pasar miserias, era un matrimonio ventajoso, pero ante la falta de pretendientes por su carencia de dote, se ve obligada a trabajar como doncella en la hacienda del **Señor Lornell Horstman** para asegurar el futuro de sus hermanas.

El señor Horstman quien es un hombre duro, altanero, egoísta y huraño, desata su amargura con las gente que trabaja para él y sus arrendatarios, Ofelia a pesar de las humillaciones que Lornell le hacía no había desvirtuado sus objetivos ni tampoco la habían arrojado al piso para no poder levantarse, al contrario, se había trazado como objetivo cambiar al señor Horstman tan solo enseñándole lo que la nobleza de un corazón puede hacer.

Haz click o pincha para seguirme en redes: